HARLEQUIN Bianca™



El regreso de los CHATSFIELD

LA POSESIÓN DEL MILLONARIO

MELANIE MILBURNE



LA POSESIÓN DEL MILLONARIO

MELANIE MILBURNE



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La posesión del millonario, n.º 120 - septiembre 2016
Título original: Billionaire's Ultimate Acquisition
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8665-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

LIMPIAR la bola de pelo que acababa de vomitar su gato era lo último que Isabelle quería tener que hacer antes de una reunión tan importante como la de ese día. Miró consternada a Atticus.

–¿Cómo puedes hacerme esto ahora? –le preguntó.

Atticus ronroneó mientras levantaba con indolencia una de sus patas delanteras para lamérsela. Era como si le estuviera echando en cara que le hablara de esa manera.

Isabelle dejó escapar un suspiro. Cada vez estaba más nerviosa.

–¿Por qué no lo hiciste ayer, cuando tenía tiempo para llevarte al veterinario? ¿Por qué hoy, cuando tengo que reunirme con casi un centenar de personas en la sala de juntas dentro de…?

Echó un vistazo a su reloj y gimió desesperada.

–Dentro de cinco minutos…

Se imaginó al clan Chatsfield entrando en la sala como si fueran los dueños. Iba a tener que enfrentarse con Gene y sus ocho hijos. También estarían allí su sobrino, Spencer Chatsfield, y los dos hermanos menores de este. Le bastaba con pensar en Spencer para que le hirviera la sangre. Como si no hubiera sido suficiente lo que le había hecho hacía diez años. Le parecía increíble que se hubiera podido enamorar de manera tan rápida e intensa de ese hombre. Sobre todo cuando para él solo había sido un juego. Recordarlo hacía que le latiera el corazón a mil por hora y le costara contener la rabia que le producía acordarse de ese momento de su vida. Entonces, había sido demasiado estúpida para darse cuenta de cómo era ese hombre y demasiado crédula e ingenua para ver que estaba jugando con ella solo porque podía hacerlo.

Habían pasado ya siete meses desde que Spencer Chatsfield regresara de nuevo a su vida con una oferta de compra. Aún le costaba creerlo. Lo último que pensaba hacer era venderle algo a ese hombre.

Pero sabía que estaba dispuesto a cualquier cosa para conseguir sus objetivos. De momento, ya había conseguido hacerse con el cuarenta y nueve por ciento de las acciones de los Harrington durante esos últimos meses. Estaban a la par. Ella tenía otro cuarenta y nueve por ciento de la empresa y estaba decidida a que ese hombre no lograra hacerse con su parte. No iba a poder quitarle las acciones, eso lo tenía muy claro. Pero casi le preocupaba más evitar que le quitara la ropa. Eso no podía permitirlo.

–Debería haberme comprado una tortuga –susurró Isabelle mientras recogía la bola de pelo con un pañuelo de papel–. ¿En qué estaría pensando cuando decidí quedarme con una criatura como tú que lo único que hace es soltar pelo por toda la casa?

Atticus la miró con sus grandes ojos verdes y levantó después la pata. Isabelle, que llevaba poco tiempo haciendo yoga, no pudo evitar sentir cierta envidia ante la flexibilidad de su gato.

–O un perro –añadió mientras limpiaba la moqueta–. Uno de esos tan pequeños y monos. El tipo de perros que sí admitimos en los hoteles Harrington.

Se miró rápidamente en el espejo e hizo una mueca al ver su pelo. Lo llevaba cortado a capas, pero esa mañana no le había quedado como le gustaba.

–O cualquier otro animal doméstico, la verdad. Tienes suerte de que me saltara las normas del hotel para tenerte aquí –le dijo con firmeza–. No se te ocurrirá ahogarte por culpa de otra bola de pelo durante mi ausencia, ¿verdad?

Atticus volvió a mirarla y ronroneó. Ella tomó su bolso y su teléfono móvil.

–Espero que eso no fuera un sí.

Isabelle lo vio en cuanto entró en la sala de juntas. Estaba sentado a la izquierda de sus hermanos Ben y James. Llevaba un traje gris oscuro que parecía hecho a medida, una camisa blanca y una corbata negra. Tenía el aspecto de alguien que se movía con comodidad en el mundo corporativo. Sabía que se le daba muy bien negociar y que le atraían especialmente los desafíos y los juegos, ya fueran en la sala de juntas o en el dormitorio…

Sobre todo en el dormitorio. Frunció el ceño al pensar en ello.

Sus ojos, de un color azul que le hacía pensar en zafiros, se encontraron con los de ella y sintió que le daba un vuelco el corazón. Su expresión era inescrutable, pero eso era algo que siempre se le había dado bien. Ella era todo lo contrario. Había tratado de aprender a no ser tan transparente y poder controlar sus emociones, pero era misión imposible.

Levantó la barbilla y miró a su alrededor. Ya estaban allí todos los miembros de la familia Chatsfield que iban a estar presentes y los directivos de la cadena Harrington.

–Siento llegar tarde. He tenido un problema… Un problema de mantenimiento.

Leonard Steinberg, el director financiero, presidía la reunión y le ofreció una sonrisa amable.

–Espero que ya esté todo solucionado –le dijo.

–Por supuesto –repuso Isabelle mientras se fijaba en la silla vacía que había al otro lado de la mesa, al lado de Spencer–. ¿A quién estamos esperando?

–Al accionista fantasma –respondió Spencer Chatsfield mientras la miraba a los ojos.

Isabelle sintió un escalofrío en su espalda al escuchar de nuevo la sensual voz de Spencer, siempre le había encantado su acento británico. Era como una caricia.

Pero no podía pensar en esas cosas, sabía que tenía que centrarse en lo que estaba pasando. Ese era el momento que la familia Chatsfield había estado esperando, el momento de ver quién tenía el resto de las acciones, ese dos por ciento que tanto necesitaba. Ella sí sabía quién iba a entrar por esa puerta. Hacía ya algún tiempo que lo sabía. No entendía cómo nadie más había conseguido unir las piezas del rompecabezas y descubierto de quién se trataba. Sabía que la noticia iba a aparecer en todos los medios de comunicación en cuanto se hiciera pública. La familia Chatsfield parecía tener un talento especial para protagonizar todo tipo de escándalos, pero el que estaba a punto de salir a la luz iba a ocupar las páginas de los periódicos durante semanas.

Se abrió la puerta y entró la madrastra de Isabelle, causando una conmoción entre los miembros de la familia Chatsfield que estaban presentes en la reunión. Era casi como si estuvieran viendo un fantasma.

–¿Mamá? –dijo alguien.

–¿Tú? –susurró otro más.

–¿Cómo has podido…? –preguntó uno de sus hijos.

–¿Liliana? –susurró Gene.

Isabelle sintió lástima por todos menos por Spencer. Le parecía casi un milagro que Liliana hubiera sido capaz de mantener su identidad en secreto durante tanto tiempo. Sobre todo en la era digital, cuando todos tenían cámaras en los móviles y tanto le gustaba a la gente etiquetar a otras personas en las redes sociales. Pero Isabelle siempre había sabido que su madrastra era una mujer reservada e introvertida, alguien a quien le gustaba más la soledad que ser sociable.

Los hijos de Gene Chatsfield habían sido solo unos niños cuando su madre se fue de casa tras sufrir una grave depresión posparto. De hecho, Cara, la más joven, había sido un bebé de pocas semanas.

Después de aquello, no habían vuelto a saber de Liliana. A Isabelle le resultaba difícil entender cómo podía haber hecho algo así, cómo había sido capaz de pasar tantos años sin tener contacto con sus hijos, pero sabía que su madrastra era una persona muy difícil que no compartía con nadie lo que sentía.

No podía siquiera imaginarse lo que estarían sintiendo los Chatsfield

al ver de nuevo a su madre después de tantos años. Acababa de entrar en esa sala como si fuera una estrella de cine venida a menos que quisiera de repente recuperar la fama perdida.

–Sé que esto debe de ser una terrible conmoción para vosotros –dijo Liliana mirando a sus hijos–. Y también sé que no podréis perdonármelo nunca. Aun así, me gustaría explicároslo todo. Pero, antes que nada, quiero centrarme en el tema que nos ha reunido aquí hoy –añadió mirando a Spencer–. Te voy a dar mi dos por ciento de las acciones.

Isabelle se puso de pie tan rápidamente que su silla se cayó al suelo.

–¿Qué?

Liliana se volvió para mirarla a ella.

–Con la condición de que permanezcas tú como presidenta de la cadena Harrington –anunció la recién llegada.

Isabelle abrió la boca para protestar y volvió a cerrarla. No le salía la voz. Sintió que palidecía y que todo le daba vueltas. Era como si estuviera viviendo ese momento en cámara lenta.

Casi podía sentir cómo le bajaba la tensión. No podía creer lo que estaba pasando. Esas acciones iban a ser para ella… Ese era su sueño. Había sido el principal objetivo de su vida llegar a poseer una participación mayoritaria de la cadena Harrington. Había estado trabajando en ese hotel desde su adolescencia.

Y, después de todo, era una Harrington. El personal de esos hoteles era su segunda familia. Todos sus empleados dependían de ella, que era la encargada de conseguir que todo funcionara a la perfección, como un reloj. No se imaginaba que ese hotel pudiera ser entregado a otra persona que no lo iba a amar y cuidar como lo hacía ella.

Era su hotel, no el de Spencer Chatsfield.

–Como accionista mayoritario, Spencer será a partir de ahora el director general del Harrington de Nueva York –les dijo Liliana.

Isabelle ignoró las voces y comentarios de los hermanos Chatsfield. Su padre, Gene, parecía estar a punto de sufrir un ataque de nervios.

Spencer, por su parte, no se había inmutado y seguía en silencio. Nunca había conocido a nadie tan frío como él. Supuso que estaría disfrutando mucho con todo lo que estaba pasando.

Ella, en cambio, no podía evitar que un nudo de resentimiento le retorciera las entrañas. Le dolía pensar en la satisfacción que estaría sintiendo Spencer al ver que ella veía frustradas sus esperanzas de hacerse con las acciones. Estaba segura de que ese hombre ya había sabido cuál iba a ser el resultado de la reunión. Creía que esa era la única manera de explicar su frialdad.

Se preguntó si habría hecho algo para ganarse a Liliana. Isabelle sabía demasiado bien que Spencer era un experto en conseguir lo que quería, ya fuera por las buenas o por las malas.

A ella, por ejemplo, la había colmado de regalos y de detalles románticos en el pasado. Había intentado no sucumbir a sus muchos encantos. Pero, al final, terminó cayendo en sus redes y enamorándose de él. Habían pasado diez años desde aquello. Había sido entonces una joven inocente, sin experiencia. Él, en cambio, se las había sabido todas a la hora de engatusar a la jovencita de turno.

–¡No pienso trabajar con él! –exclamó Isabelle fulminando a Spencer con la mirada.

–Lo he pensado mucho –le dijo Liliana en un tono que pretendía ser apaciguador–. Créeme, Isabelle. Sé que esto es lo que hay que hacer. Creo que es lo que tu padre habría querido que hiciera.

–¿Mi padre? –repitió Isabelle consternada–. ¿Cómo puedes decir eso? Él es el que le dio a mi hermano Jonathan el cuarenta y nueve por ciento de las acciones. ¡Un legado que no tardó en perder por culpa de una estúpida partida de póquer! Yo debería haber tenido esas acciones desde el principio.

Liliana soltó un suspiro de impaciencia.

–Sé que es difícil que lo entiendas, pero creo que es lo mejor –insistió la mujer.

–¿Por qué estás haciendo esto? –le preguntó Isabelle–. ¿Por qué le das las acciones a él? –añadió sin mirarlo.

No podía soportar siquiera tener que mirarlo y ver que estaba allí sentado, regodeándose al ver lo que acababa de conseguir. Se había hecho con algo que le pertenecía a ella.

–¿Por qué no a mí? Sabes de sobra cuánto significa este hotel para mí, sabes lo duro que he trabajado para…

–Solucionadlo entre vosotros –la interrumpió Liliana.

Después, la mujer se volvió hacia su familia. Todos parecían desconcertados.

–Puedo imaginar lo que estaréis pensando, pero os aseguro que cuando conozcáis mi versión de lo que pasó… Cuando sepáis las razones por las que me fui como lo hice…

Gene se levantó y salió de la sala de juntas maldiciendo entre dientes. Dio un portazo tan fuerte que temblaron los vasos de agua que tenían sobre la mesa.

Liliana suspiró de nuevo y miró a sus hijos. Parecían aturdidos, dolidos y conmocionados… Isabelle nunca los había visto así.

–Esa era la primera razón –les dijo Liliana.

Cada uno de sus hijos parecía estar lidiando de manera distinta con lo que estaba pasando. No podía siquiera imaginarse cómo sería para ellos ver de nuevo a su madre después una ausencia tan larga. Vio ira, decepción, desesperación y frustración en sus rostros. Había mucha tensión en el aire.

Pero, antes de que Isabelle pudiera hacer o decir nada, Spencer se

levantó, se acercó a ella y agarró con una mano firme su codo.

–Creo que deberíamos dejar que Liliana y sus hijos hablen a solas –le dijo Spencer.

–Pero… –comenzó ella.

–Además, nosotros tenemos también cosas de las que hablar –añadió él mientras la miraba con intensidad a los ojos.

Todo su cuerpo reaccionó al sentir que la tocaba, recordándole el poder que ese hombre había tenido siempre sobre ella. Poder que aún tenía.

A pesar de todo lo que acababa de pasar durante los pocos minutos que había durado esa reunión, era muy consciente del calor que desprendía su mano.

«Apártate, apártate de él», se dijo. Pero su cuerpo no le hacía caso, parecía seguir firmemente anclado en el pasado. Le daba la impresión de que su cuerpo podía reconocer su mano y respondía al instante, reaccionando sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo.

Esa mano parecía haber despertado un deseo que seguía muy dentro de ella, una necesidad que ella había ignorado o bloqueado durante años. Ese contacto físico con él, por inocente que fuera, había conseguido despertar la necesidad en su interior. No le gustaba sentirse así, era inesperado e incómodo.

Sin soltarla, la guio hasta que salieron de la sala de juntas. Cerró la puerta y se silenció de repente el revuelo que había comenzado allí dentro.

–¡Qué bonito es ver a una familia tan feliz reunida de nuevo! –le dijo Spencer con sarcasmo.

Isabelle consiguió por fin que su cuerpo la obedeciese y se apartó de él. Creía que era una suerte que hubiera conseguido hacerlo antes de que sus sentidos se volvieran del todo locos.

–¡No me toques! –exclamó entre dientes.

Spencer levantó las cejas como si su comentario le hubiera parecido divertido.

–Eso no es lo que me dijiste hace diez años –repuso arrastrando las palabras con mucha intencionalidad en su tono.

Isabelle apretó las manos con tanta fuerza que se le clavaron las uñas en las palmas. Sentía tanto odio hacia ese hombre. Era una sensación que la recorría de arriba abajo, era casi sofocante. Lo fulminó con la mirada mientras trataba de recobrar el aliento.

–Pensé que ya te había dejado claro hace siete meses lo que pensaba de ti y de tus propuestas de negocio –le recordó ella.

Spencer se llevó la mano a su propia mejilla, acariciándola sin dejar de mirarla a ella.

–Puedes darme otra bofetada si te atreves, pero debo advertirte que esta vez sí habrá consecuencias.

Isabelle sintió un escalofrío al oír sus amenazadoras palabras. Nunca había sido el tipo de persona que recurría a la violencia. No había golpeado ni abofeteado a nadie en toda su vida. Al menos hasta la reunión que tuvo con él hacía siete meses. Por algún motivo, ese hombre había conseguido hacerle perder la compostura.

No se le había olvidado el sonido que había hecho su mano cuando le dio en la mandíbula ni la forma en la que Spencer había echado hacia atrás la cabeza cuando lo abofeteó. Recordaba también la marca rojiza que su mano había dejado en la cara de ese hombre.

Spencer ni siquiera se inmutó, se limitó a mirarla con frialdad. Había visto entonces un brillo de acero en sus ojos que le había hecho temblar.

Era el mismo brillo que tenía en ese momento en los ojos mientras le advertía de lo que iba a pasar si se atrevía a abofetearlo de nuevo, era casi como si estuviera desafiándola para que lo intentara. Y esa mirada estaba teniendo el mismo efecto en su cuerpo. No podía dejar de temblar, pero no era temor lo que sentía, había algo más, un cosquilleo entre sus muslos que no terminaba de comprender. No entendía cómo podía tener aún ese efecto en ella.

Sabía que no podía permitirlo, tenía que detenerlo. Por mucho que le costara conseguirlo, tenía muy claro que debía hacerse de nuevo con el control de la situación.

Se apartó de él y se alejó por el pasillo en dirección a su despacho. Cuando estuvo a unos metros de distancia, lo miró por encima del hombro.

–Tengo mucho trabajo –le dijo.

Spencer la alcanzó con un par de largas zancadas y agarró su brazo para hacer que se detuviera.

–Tenemos mucho trabajo –la corrigió Spencer.

La llevó sin soltarla hasta su despacho y cerró la puerta tras ellos. Se estremeció cuando oyó el cerrojo.

Odiaba esa manera que tenía Spencer de hacerse cargo de la situación y estaba segura de que él lo sabía. No entendía por qué tenía que tocarla como lo hacía. Le habría gustado tanto que la dejara en paz… Era como si quisiera probar algo, como si deseara hacerle ver que seguía siendo una presa tan fácil e ingenua como lo había sido a los veintidós años.

Aunque llevaba una blusa de manga larga, podía sentir el contacto abrasador a través de la seda. Le sostuvo la mirada de manera desafiante mientras se libraba de su agarre. Tuvo que quitarle dedo a dedo hasta conseguir que soltara su brazo. Después, frotó la manga como si estuviera tratando de limpiarla, como si Spencer la hubiera ensuciado con su mano.

–Parece que no terminas de entender lo que te digo –le dijo ella

entre dientes–. No quiero tener nada que ver contigo ni con tu empresa. Si quieres entretenerte con hoteles, busca a alguien con quien jugar al Monopoly.

Spencer le dedicó media sonrisa.

–Después de diez años, ¿aún sigues enfadada conmigo? –le preguntó él.

Isabelle tuvo que apretar con fuerza los dientes para tratar de calmarse y disimular las muchas emociones que luchaban por salir al exterior. Le parecía increíble que se atreviera a burlarse de ella por seguir sintiéndose traicionada. Creía que lo raro habría sido que no se sintiera aún así. Sabía que la había seducido para presumir después con sus amigos y contarles con todo detalle cómo había conseguido acostarse con Isabelle Harrington. No se le había pasado por alto que había tenido entonces fama de ser fría y engreída.

Se los había imaginado muchas veces riéndose de ella mientras bebían en algún bar. Creía que era una suerte que ella nunca le hubiera llegado a confesar a Spencer que él había sido su primer amante. Suponía que eso le habría hecho ganar aún más puntos a la hora de fanfarronear con sus amigos sobre sus muchas conquistas.

Y también tenía otro secreto, uno que solo había compartido con su amiga Sophie.

Pero prefería no pensar en el pasado, era demasiado doloroso. Creía que tenía todo el derecho del mundo a estar enfadada con él y nada que Spencer pudiera hacer o decir iba a cambiarlo. Ese hombre nunca iba a llegar a saber hasta qué punto le había afectado lo que le hizo.

–Ni estoy enfadada ni todo lo contrario. En lo que a ti respecta, no guardo ningún sentimiento en mi interior. De eso puedes estar seguro –le dijo ella con firmeza.

Antes de que pudiera alejarse, Spencer levantó la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara para colocarlo tras su oreja. Ese breve contacto provocó un frenesí de sensaciones en su cuerpo, era como si hubieran despertado de repente todas las terminaciones nerviosas que tenía bajo la piel. Quería apartarse de él, pero quería demostrarle que ya no tenía sobre ella el mismo efecto que había tenido en el pasado… Esa era al menos la razón que se dio a ella misma para no moverse.

Sabía que era peligroso dejar que estuviera tan cerca de ella, pero también era irresistible. Spencer era un poderoso imán y ella, una pequeña diminuta limadura de hierro. Cuando lo miraba, podía sentir ese campo de fuerza que la atraía hacia él. Era algo que estaba allí mismo, en sus ojos. Por mucho que lo quisiera, no podía eludir esa atracción.

Contuvo la respiración mientras Spencer dibujaba con un dedo perezoso la línea de su mandíbula. Apretó los dientes, era una sensación insoportable. Su caricia iba dejando un cosquilleo en la piel

que no podía ignorar. Hacía mucho tiempo, meses incluso, que nadie la tocaba de ese modo y su piel ansiaba ese contacto. Todo su cuerpo estaba temblando de deseo y no pudo evitar estremecerse. Deseaba más, mucho más.

Se le fueron los ojos a la boca de Spencer sin que pudiera hacer nada para impedirlo. Se le encogió el estómago mientras admiraba el contorno de sus labios y su apariencia suave. Sabía que esa boca podía ser tierna y agresiva a la vez. No había olvidado el sabor de esos labios. Eran tan sensuales como adictivos. La habían besado otros hombres desde que lo hiciera Spencer, pero no de la misma manera. Ninguno se había siquiera acercado a la fascinante experiencia que había vivido con él. Ningún otro había podido lograr que su cuerpo se sacudiera con la misma intensidad, con el mismo placer. Lo que había compartido con Spencer había provocado en ella una respuesta tan aterradora como excitante. Era como si con esa boca pudiera desbloquear una parte de su personalidad a la que nadie más había tenido acceso. Ese hombre podía hacer que se deshiciera entre sus brazos, que se entregara completamente a él. Tenía también la capacidad de dejarla rota en mil pedazos.

Su dedo se deslizó hasta la barbilla y la levantó levemente para obligarla a mirarlo a los ojos.

–Supongo que es mejor así. Después de todo, ahora soy tu jefe –le dijo Spencer.

Isabelle se apartó rápidamente de él y se cruzó de brazos.

–No pienso aceptar que me des órdenes –replicó mirándolo con frialdad.

Spencer le dedicó de nuevo esa media sonrisa tan irónica.

–Ya has oído lo que ha dicho tu madrastra. Ahora tengo la mayoría de las acciones.

Abrió los brazos y apretó los puños. Estaba cada vez más enfadada.

–¿Cómo conseguiste que te las diera a ti? Supongo que le contarías alguna mentira que otra para conseguir que se pusiera de tu lado. Esas acciones deberían haber sido para mí.

Spencer levantó una ceja al oír sus palabras.

–Lo dices como si te creyeras con más derecho que cualquier otra persona –repuso él.

Isabelle apretó la mandíbula con tanta fuerza como pudo.

–He trabajado para este hotel desde que era una adolescente –le dijo–. He pasado la mayor parte de mi vida aprendiendo todo lo que había que saber sobre el negocio de la hostelería y lo he hecho empezando desde cero. He trabajado en labores de limpieza y también en la cocina. Me he ocupado de conocer bien todos los aspectos que componen un hotel para poder gestionarlo de la mejor manera posible. Cuando tu tía sedujo a mi padre, fui yo la que tuvo que

encargarse de todo para que el hotel siguiera a flote y el personal siguiera implicado en su trabajo. Fui yo la que trabajé durante interminables horas para mantenerlo funcionando como un reloj y fui yo la que diseñó un plan de futuro para esta empresa –añadió con firmeza–. He sido yo la que he dejado en suspenso muchos otros aspectos de mi vida para poder mantener viva la marca Harrington y ser cada vez más competitivos en un mercado que cambia constantemente. Y Liliana es consciente de ello. No tenía derecho a entregarte las acciones a ti.

–Bueno, eran sus acciones y podía hacer con ellas lo que quisiera –le recordó Spencer.

Isabelle resopló al oír su respuesta.

–Sí, eso resume perfectamente a Liliana. Hace todo lo que quiere y espera que el resto del mundo lo acepte y entienda.

Spencer se quedó estudiándola durante un buen rato.

–¿Hace cuánto tiempo que lo sabes? –le preguntó después.

–¿El qué? ¿Que el misterioso accionista era Liliana?

Spencer asintió con la cabeza. Su expresión era tan inescrutable como siempre.

–Hace algún tiempo.

–¿Cuánto tiempo?

Isabelle apretó los labios.

–Supongo que tú también lo sabías antes de que entrara en la sala de juntas hoy, ¿no?

–Terminé de atar cabos durante las últimas veinticuatro horas –repuso Spencer sin dejar de mirarla a los ojos–. Hoy en día, es difícil ocultar tu identidad. A veces basta con hacer una búsqueda rápida en Internet para saber casi cualquier cosa sobre otra persona, aunque esta haga todo lo posible por ocultarlo.

No pudo evitar preguntarse si estará refiriéndose también a ella. Era algo que no podría nunca echarle en cara. Ella llevaba años siguiéndolo gracias a Internet. Había descubierto así con quién salía, qué lugares visitaba y dónde pasaba sus vacaciones. Había llegado a la conclusión de que cambiaba de acompañante tan a menudo como lo había hecho su primo Lucca Chatsfield antes de sentar la cabeza y casarse.

–Hablé con ella hace unos meses para decirle lo que pensaba. Me parecía cruel que se empeñara en mantener a su familia en la más completa ignorancia durante tanto tiempo. Entiendo que alguien quiera cambiar de vida y llevar una existencia solitaria, pero no me cabe en la cabeza que se fuera de casa y abandonara a sus hijos como lo hizo. ¡Cara solo tenía seis semanas!

–Al parecer, sufrió una grave depresión posparto –repuso Spencer.

–¿Durante veintitantos años? –le preguntó ella en un tono muy

cínico.

–Supongo que llegaría a la conclusión de que no iba a poder seguir manteniendo su identidad en secreto durante mucho más tiempo –le dijo Spencer encogiéndose de hombros.

–¿Acaso la has sobornado? –le preguntó ella con suspicacia.

–¿Cómo puedes tener una opinión tan mala de mí, querida? –repuso entre risas.

–No me llames así –protestó molesta ella.

Spencer se apoyó en su escritorio y extendió las piernas frente a él, cruzándolas a la altura de los tobillos. Parecía tan cómodo allí, casi como si fuera el dueño de ese despacho. Y de ese hotel. Se dio cuenta entonces de que ya lo era.

–Tuvisteis a Liliana como madrastra –le recordó Spencer–. ¿Cómo era?

Isabelle soltó de repente el aire que había estado conteniendo.

–Mantenía las distancias con mis hermanos y conmigo, como si le asustara tener que asumir lo que significaba ser nuestra madrastra. Mi padre y ella estaban muy unidos. En cuanto llegó a su vida, lo absorbió por completo y ya nunca tenía tiempo para nosotros. Mi padre dejó incluso de lado su trabajo. Algo que nos sorprendió a todos. El hotel siempre había sido lo más importante para él –le confesó ella–. Adoraba a Liliana. Podía conseguir que hiciera cualquier cosa por ella, supongo que por eso mi padre no nos desveló su identidad. Era un secreto que compartían ellos dos.

–Hasta que descubriste quién era.

–Me sorprende que no se haya sabido hasta ahora. Una simple foto habría sido suficiente para descubrir el secreto, supongo que por eso le molestaba tanto que le hicieran fotografías. Siempre tenía alguna excusa para no salir en ellas –le dijo cruzándose de nuevo de brazos.

Había sido muy decepcionante y doloroso que su madrastra la traicionara como lo había hecho.

–Ahora todo tiene sentido –añadió ella.

–Si tan tensa era tu relación con ella, ¿por qué creías que iba a darte su dos por ciento? –le preguntó Spencer.

Lamentó haber hablado más de la cuenta. Se dio cuenta de que había revelado demasiado sobre su vida. Le había dicho lo mucho que había sacrificado por esa empresa y lo que había esperado conseguir. Sabía que Spencer iba a usar esa información contra ella. A lo mejor, ya lo había hecho. Aunque durante la breve relación que tuvieron en el pasado nunca le mencionó directamente a su madrastra, supuso que Spencer había llegado a la conclusión de que no se llevaba bien con Liliana.

La verdad era que Isabelle había tratado de conectar con la esposa de su padre durante años, pero Liliana no había sido nunca una mujer

maternal ni cercana.

–Supongo que he sido tan tonta como para pensar que Liliana era consciente de lo mucho que he trabajado para la empresa familiar –le confesó ella–. Parece que me equivoqué con ella.

–Bueno, no olvides que quiere que seas la presidenta. Eso es todo un cumplido.

–¿Eso ha sido sugerencia de Liliana o tuya? –le preguntó con suspicacia.

–¿Acaso crees que quiero tenerte trabajando para mí? –le preguntó él.

–No sería para ti, sino a tu lado –repuso apretando los puños.

Vio un brillo burlón en sus ojos azules.

–Juntos podríamos conseguir que este gran hotel, que está algo desfasado, fuera el mejor de la ciudad. Unas cuantas mejoras estéticas, un toque moderno y más joven y podría llegar a ser fantástico. ¿Qué te parece? –le sugirió.

Isabelle se colocó al otro lado de su gran escritorio, usándolo como una barrera entre los dos. Aunque en teoría le estaba hablando del hotel, no podía evitar pensar en otras cosas, en momentos que no había podido olvidar.

Spencer se giró hacia ella y su despacho le pareció más pequeño que nunca. Su presencia era sofocante, se sentía atrapada.

–No sabes nada de hoteles como el Harrington. Son verdaderas instituciones, llenas de clase y glamour –le dijo ella con orgullo–. Vuestros hoteles, los Chatsfield, son todos iguales. Supongo que pensáis que lo único que tiene que ofrecer un hotel es una cómoda cama con un montón de almohadas, toallas suaves y un buen suministro de alcohol en el minibar.

Le pareció que sus palabras habían conseguido ofenderlo, vio algo en su mirada que solo duró un segundo, algo que se habría perdido si no hubiera estado mirándolo a los ojos.

–¿Qué es lo que se ofrece aquí que no puedo conseguir en casa? –le preguntó Spencer.

Ella le dedicó una mirada cautelosa.

–¿Quieres decir en el hotel?

Volvió a ver un brillo muy particular en sus ojos.

–Claro. ¿A qué me iba a referir si no?

Isabelle apretó los labios y se cruzó de nuevo de brazos.

–Estoy segura de que habrás leído la declaración de intenciones de los Harrington. Ofrecemos alojamiento de lujo a una clientela internacional que se caracteriza por pertenecer a una selecta élite.

–Así que nada de gentuza, ¿no? –repuso Spencer con media sonrisa.

Isabelle levantó con orgullo la cara hacia él.

–No, claro que no.

Mantuvieron la mirada durante unos segundos. Sentía que ese hombre la estaba estudiando al detalle. Era difícil no apartar los ojos, pero lo logró.

–Vuestras ganancias se redujeron bastante durante el último trimestre.

Su cuerpo se tensó ante la crítica.

–Ha sido un invierno más frío de lo normal. Todos los negocios relacionados con el turismo descienden un poco durante la temporada baja. Pero remontaremos ahora en primavera.

Spencer bajó la mirada y tomó el pisapapeles de cristal que ella tenía siempre en la mesa. Comenzó a darle vueltas entre las manos. Se quedó mirando ensimismada esos largos dedos mientras se movían sobre el suave vidrio. No pudo evitar recordar esas mismas manos sobre sus pechos. Al ver cómo acariciaba la parte superior del globo con el pulgar, sus pechos se tensaron, recordando también esos momentos de placer.

Pudo sentir un traicionero rubor en sus mejillas y una oleada de calor se extendió por todo su cuerpo, centrándose en la parte más íntima de su ser. Le parecía increíble que ese hombre pudiera tener tanto poder sexual sobre ella, a pesar del tiempo que había pasado. Su cuerpo nunca había olvidado el placer que ese hombre le había hecho sentir. Eran recuerdos que todavía vibraban en su sangre. Sus electrizantes caricias, sus tiernos besos, la forma en la que se había deslizado dentro de ella… Sus cuerpos habían estado en perfecta sintonía, como si hubieran estado hechos el uno para el otro.

Pero sabía que era absurdo pensar de esa manera. Había tenido numerosas amantes antes que ella y muchas más después. Sabía que Spencer Chatsfield disfrutaba con las conquistas y que no le interesaba en absoluto tener ningún otro tipo de vínculo con esas mujeres. Huía por completo de todo tipo de compromiso y siempre parecía estar en busca de un nuevo reto, un nuevo objetivo en su vida. Sabía que por eso no había parado hasta conseguir hacerse con el Harrington. Ese hotel no era más que un trofeo para él. Nada más. Igual que lo había sido ella misma en el pasado.

Spencer dejó el pisapapeles en la mesa y la miró.

–Bueno, Isabelle. ¿Por qué no me enseñas tus mejores activos?

Lo fulminó con la mirada.

–Sé lo que estás haciendo.

–¿Qué estoy haciendo? –le preguntó él con gesto inocente.

–No te va a funcionar. No soy tan tonta como lo era hace diez años, cuando decidiste que sería divertido seducirme.

Vio que Spencer bajaba la mirada hasta su boca y que después volvía a mirarla a los ojos. Su expresión se hizo algo más suave, como si estuviera recordando lo que habían compartido.

–Nunca pensé que fueras tonta.

Trató de no fijarse en cómo había cambiado de repente su voz, pero era más profunda y ronca. También había cambiado algo en sus ojos, se habían oscurecido mientras la miraban.

El deseo que ese hombre despertaba en ella era aterrador. No entendía lo que le estaba pasando ni por qué no se veía capaz de controlar cómo respondía su cuerpo cuando estaba con él. Le bastaba con estar frente a él para que sus sentidos despertaran por completo, como si tuvieran memoria del pasado. Su piel, por ejemplo, parecía recordar dónde la había tocado.

La envolvía el aroma de su loción de afeitado. Olía a madera y a limón, era un aroma fresco y limpio. Sabía que se había afeitado esa misma mañana, pero estaba segura de que, si acariciaba en ese momento su mandíbula, ya podría sentir que su piel se había convertido en un fino papel de lija. Recordaba a la perfección cómo había sido sentirlo contra su piel.

Respiró profundamente, no le convenía dejarse llevar por ese tipo de pensamientos. Debía olvidar el pasado y concentrarse en el presente. Tenía que recordar que Spencer no la quería a ella, que solo quería su hotel. Estaba segura de que estaba jugando con ella, atrayéndola con los muchos encantos de los Chatsfield. Sabía lo que estaba pensando Spencer. Debía estar diciéndose en esos momentos que todo le resultaría mucho más fácil si consiguiera llevársela de nuevo a la cama, que así iba a conseguir que fuera tan maleable y dispuesta como lo había sido en el pasado. Temía que estuviera pensando en seducirla de nuevo para conseguir que firmara cualquier cosa que le pusiera delante, para lograr que estuviera de acuerdo con todo lo que él le pudiera plantear. Suponía que Spencer aún la veía como esa joven aturdida y servil que había sido hacía diez años. Pero ya no era tan ingenua, no iba a dejar que hiciera de su hotel uno similar a los muchos que los Chatsfield tenían por todo el mundo. Esos hoteles eran sinónimo de estilo, pero también estaban unidos a los escándalos de la familia. No iba a dejar que Spencer profanara la reputación de los elegantes Harrington.

Levantó la cabeza y enderezó la espalda.

–Me encargaré de que el subdirector te enseñe el hotel.

–No, quiero que lo hagas tú.

Isabelle frunció el ceño al oírlo. No entendía cómo podía tener tanta facilidad para conseguir que unas palabras tan simples sonaran de una manera tan descaradamente sexual.

–No puedo, tengo una reunión.

–Pues cámbiala para otro momento.

–¿Qué vas a hacer si me niego? ¿Despedirme?

Spencer le dedicó media sonrisa. Era como si le hiciera gracia tener

ese tipo de poder sobre ella. A ella no le parecía divertido, todo lo contrario.

–Podría decirte lo que haría contigo, pero no sé si me creerías –repuso él con una sonrisa enigmática.

Cada vez estaba más acalorada y sabía que seguía ruborizada, podía notarlo. Trató de mantener la calma y la compostura, pero ese hombre podía hacer que se echara a temblar con solo una mirada. Sabía que tenía que conseguir alejarse de él antes de que terminara por traicionarse a sí misma.

–¿No has oído que hay leyes contra el acoso sexual en el lugar de trabajo? –le recordó ella.

Sus ojos la estudiaron durante un buen rato.

–¿Estas saliendo con alguien? –le preguntó Spencer.

–Sí –mintió ella para salir del apuro.

Solo esperaba que no tuviera que demostrarlo. Pensó rápidamente en sus contactos. Esperaba tener a alguien en su agenda a quien pudiera convencer para que se hiciera pasar por su novio si llegaba a verse en la situación de tener que probar que esa relación. Y, si no encontraba a nadie dispuesto, estaba dispuesta a recurrir a una web de citas.

Si a él le había decepcionado su respuesta, no lo demostró.

–¿Cuándo va a terminar esa reunión tan importante que tienes esta mañana? –le preguntó Spencer.

–¿Por qué?

–Porque me gustaría hablar contigo de algunas ideas que tengo.

–¿Qué tipo de ideas? –le preguntó con los ojos entrecerrados y mucha suspicacia.

Spencer se echó a reír.

–¿Acaso piensas que voy a derribar el hotel en cuanto pueda?

–No me sorprendería. No puedes presumir de tener unos métodos de actuación sutiles.

Su media sonrisa la dejó sin aliento. No entendía lo que le estaba pasando.

–Te veré en mi oficina a las cinco. Antes de hablar contigo tengo que ver un par de cosas…

–De acuerdo –repuso ella con frialdad mientras miraba las piernas de Spencer.

Seguía con ellas extendidas y le estaba impidiendo el paso.

–¿Te importa? –le dijo ella con dureza.

Spencer se apartó y le hizo un gesto para que pasara Isabelle y pudiera salir del despacho.

–No, tú primero. No pienso dejarte solo en mi despacho.

–¿Por qué? –le preguntó Spencer–. ¿Crees que voy a abrir tus cajones y husmear?

Isabelle se sonrojó de nuevo. Contuvo el aliento y pasó a su lado para salir de allí cuanto antes. Pero él se puso en pie en el peor momento posible. Estaba tan cerca de ella que podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

Spencer acarició la mano de Isabelle con uno de sus dedos.

–¿No crees que ya ha llegado la hora de que dejes de tratarme como si quisieras batirte en duelo conmigo? Después de todo, ahora jugamos en el mismo equipo.

Ella apartó deprisa su mano y lo miró. Apretó con fuerza los labios antes de responder.

–Siento un profundo desprecio hacia ti. Todo es un juego para ti, nada más. Has estado planeando esto durante meses, pero no me voy a rendir sin luchar. Es posible que tengas la mayoría de las acciones, pero a mí no me puedes controlar.

Vio que le brillaban de nuevo los ojos. Había conseguido agujerear esa fachada de frialdad y seguridad que lo rodeaba siempre.

–Tiene gracia que me acuses de malas artes. Después de todo, tú fuiste la que trataste de hacerme daño usando a tu amiga periodista para sacar a la luz un escándalo sobre mi hermano James. Pero te salió el tiro por la culata, ¿no?

Isabelle se echó a reír con incredulidad al oír sus palabras.

–¿Y tú? ¡Te encargaste de que tu hermano Ben fingiera estar comprometido con mi hermana para atraer a la prensa! Pero eso sí que no salió tal y como lo habías planeado. Seguro que no te esperabas que Ben y Olivia se enamoraran de verdad.

–Bueno, peor para ellos…

–Sabía que ibas a decir algo así –replicó ella furiosa–. Los compromisos no van contigo. Tú prefieres usar a las mujeres y deshacerte de ellas.

–¡Maldita sea, Isabelle! –exclamó Spencer–. Yo no te utilicé.

Ella levantó la cara hacia él y lo fulminó con la mirada.

–¿Cuánto dinero ganaste?

Spencer frunció el ceño, aparentando muchos más años de los treinta y cuatro que tenía.

–Fue una broma de mal gusto entre amigos. No debí hacerlo y siento que te enteraras de ello.

–¿Sientes que me enterara de ello? –replicó indignada–. ¿Quiere eso decir que no sientes lo que hiciste?

Spencer se pasó la mano por el pelo mientras maldecía entre dientes.

–Está bien –le dijo después unos segundos en silencio–. Lo siento.

No iba a dejar que esa simple disculpa la ablandara. Creía que llegaba demasiado tarde, diez años tarde. Nunca iba a perdonarlo por lo que le hizo ni por cómo la hizo sentir.

Por culpa de ese hombre, había tenido que lidiar con un trauma emocional que le había costado superar. Y eso sin hablar del embarazo, algo en lo que prefería no pensar. Su breve relación había hecho que perdiera la poca confianza que había tenido en sí misma. Había tardado años en volver a salir con nadie y aún le costaba confiar en la gente, sentía que nunca podía relajarse, ser ella misma. No bajaba nunca la guardia para evitar que alguien se pudiera aprovechar de ella. Había cambiado mucho su manera de ver las relaciones. Se limitaba a usar a los hombres como Spencer la había usado a ella. El sexo no significaba nada para ella, solo una simple necesidad física que tenía que satisfacer, como la sed o el hambre. Era algo que trataba de conseguir cuando le apetecía sin buscar nada más, aunque tenía que reconocer que no tenía una vida social demasiado agitada. De hecho, ni siquiera podía recordar la última vez que había tenido relaciones sexuales con alguien. Pero no se le había olvidado que no había sido una experiencia demasiado satisfactoria.

–Quédate con tu disculpa –le dijo ella con frialdad–. En lo que a mí respecta, nunca vamos a dejar de ser enemigos. No odio a nadie en este mundo tanto como te odio a ti.

–Ya sabes lo que dicen. Conviene mantener a los amigos cerca y a los enemigos aún más cerca.

Isabelle lo fulminó con la mirada.

–Sigue soñando, Chatsfield. Yo no estoy disponible.

Capítulo 2

SPENCER apretó los labios cuando la puerta se cerró de golpe frente a él. Había ido incluso peor de lo que había imaginado. Dejó escapar un largo suspiro, se dio la vuelta y observó el ordenado despacho. Aunque Isabelle le había dicho que no pensaba dejarlo allí solo, acababa de hacerlo. Los muebles eran antiguos y de gran calidad. Como le pasaba al hotel Harrington, esa sala también emanaba clase y elegancia por los cuatro costados. La decoración era algo anticuada para su gusto, pero suponía que ese estilo atraía al tipo de clientela que tenía ese hotel.

Isabelle lo había acusado de estar jugando, de no estar de verdad interesado en el mundo de la hostelería, pero la verdad era que los Harrington no habían conseguido buenos beneficios desde que muriera el padre de Isabelle el año anterior. No quería echárselo en cara, pero estaba dispuesto a hacerlo si ella se empeñaba en seguir insultándolo. No iba a dejar que nadie pudiera asociar su nombre con algo que no fuera exitoso. Tenía algo que demostrarle a su familia y no iba a dejar que esa mujer se interpusiera en su camino.

Había sido divertido usar todo tipo de tácticas durante los últimos meses para conseguir superarla. Le había encantado enfrentarse al reto de demostrarle que era más listo que ella. Tenía que reconocer que Isabelle había sido una oponente que había estado a la altura. De hecho, había conseguido impresionarlo. No había sido consciente hacía diez años de lo terca que podía llegar a ser.

–Diez años… –susurró.

Le parecía increíble que pudiera haber pasado tanto tiempo. Creía que era aún más bella a los treinta y dos. Su pelo negro era tan brillante como el azabache, sus ojos castaños le hacían pensar en un buen whisky de malta y tenía una piel tan clara y pura como la porcelana. Tenía una figura esbelta sin ser demasiado delgada, con curvas donde tenía que tenerlas.

No podía creer que hubiera olvidado lo hermosa que era. Había sentido la misma conmoción en su interior hacía siete meses, cuando volvió a verla después de diez años. Se había quedado entonces sin aliento, como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. Y le había ocurrido lo mismo esa mañana al verla entrar en la sala de juntas. Aunque había evitado reaccionar de modo alguno, por supuesto. Sabía que no le convenía que Isabelle supiera lo que

pensaba de ella. Recordó su sonrisa de seguridad y el movimiento de su melena cuando llegó a la reunión de accionistas. Se preguntó si acabaría de salir entonces de la cama de su amante. No había oído nada sobre su vida amorosa. Había tenido la impresión de que era el tipo de persona que vivía por y para el trabajo. No entendía por qué, pero no le gustaba nada imaginarla con otro hombre. No era celoso, nunca lo había sido… Entre otras cosas, porque nunca había estado con una mujer el tiempo suficiente como para sentir que tenía derecho a exigirle lealtad.

Pero, durante esos últimos meses, Isabelle había conseguido afectarlo más de lo que quería admitir. Había sido algo que había ocurrido poco a poco. Le había gustado mucho comprobar que era una oponente a su altura. Era inteligente, disciplinada y toda una estratega.

Le había quedado muy claro que a Isabelle no le intimidaba la familia Chatsfield, aunque ella no tenía ni idea de que, en realidad, Spencer no tenía ningún derecho ligado a ese apellido. Además de él, su hermano Ben era el único que sabía que Michael Chatsfield no era el verdadero padre de Spencer.

Era muy dolorosa la sensación de vacío que tenía en su interior cada vez que pensaba en ello. Descubrir la verdad le había provocado una crisis de identidad. Lo había sabido cuando escuchó de manera accidental una violenta discusión entre sus padres.

–Sus padres… –susurró mientras sonreía con amargura.

En realidad no eran sus padres. Su madre siempre lo había tratado como si su mera existencia la avergonzara. Apenas se había atrevido a tocarlo ni a mostrar ningún tipo de afecto hacia él. Y no había sabido por qué hasta esas terribles navidades, cuando tenía veintinueve años y oyó las palabras de sus padres.

Por muy duro que trabajara, nunca había conseguido que sus padres se sintieran orgullosos de él. Tampoco cuando era pequeño y sacaba las mejores calificaciones del colegio o ganaba todos los trofeos deportivos. Por mucho que se esforzara, nada de lo que hacía conseguía una felicitación por parte de sus padres. Nunca se había sentido querido ni aceptado.

A los veintinueve años supo por fin por qué.

Le molestaba darse cuenta de que era algo que aún le hacía sufrir. Creía que ya debería haberlo superado. Después de todo, tenía metas y planes de futuro. Trataba de convencerse de que no necesitaba a su madre ni a Michael.

No necesitaba a nadie.

Se acercó a la ventana con vistas a Central Park. Ya estaban en flor los cerezos y las praderas y árboles estaban por fin verdes. Nueva York era una ciudad vibrante y excitante en cualquier época del año, pero

creía que en primavera tenía una energía mágica que lo invadía todo, había una sensación de esperanza y positividad en el ambiente.

Estaba decidido a lograr que el Harrington de Nueva York fuera suyo en todos los sentidos. Para empezar, era un trofeo que se había ganado a pulso. Por fin iba a poder demostrarle a su familia que tenía derecho a llevar el apellido Chatsfield aunque esa sangre no corriera por sus venas. A lo mejor era algo despiadado, pero creía que era algo normal, un rasgo que tenían todas las personas con éxito.

No podía permitir que los sentimientos se interpusieran cuando trataba de conseguir un buen acuerdo. Pero tenía que reconocer que había una voz en su cabeza que le recordaba que Isabelle no se merecía lo que le había hecho. Su hermano mayor, Jonathan, era un inútil y lo había demostrado cuando le aseguró que Isabelle iba a estar de acuerdo con su oferta de adquisición. Spencer ya le había asegurado a su tío Gene Chatsfield que el acuerdo iba a salir adelante. Así que, cuando Isabelle se negó de manera rotunda a vender su empresa, él había tenido que dar un paso atrás, reagruparse y diseñar un plan diferente para convencer a su tío de que no había cometido un error al nombrarlo director general.

Sabía que iba a tener que contarle en algún momento a Isabelle que su propio hermano la había traicionado. No iba a ser agradable. Sabía demasiado bien lo difíciles y complejas que podían llegar a ser las relaciones familiares. Le había costado mucho reconciliarse con su hermano Ben después de que este descubriera la verdad sobre su padre.

Y sabía también que iba a tener que decirle que él no había sido el que había orquestado la estúpida apuesta de la que ella se había enterado después de estar juntos unas cuantas semanas. Había sido Tom, su compañero en la universidad, el que le había hablado de una bella americana que había conocido en una fiesta en Londres, cuando ella estaba estudiando Empresariales en esa ciudad. Sin su conocimiento, Tom y otro amigo decidieron jugarse en una apuesta cuánto tiempo iba a tardar Spencer en llevársela a la cama. Isabelle se había enterado de la apuesta a través de un amiga que había pensado que había sido el propio Spencer el que había estado detrás de ese juego tan pueril y ofensivo. Le había ofendido que Isabelle asumiera que era el responsable de algo así, pero en ese momento había sido demasiado orgulloso y terco para defenderse de sus acusaciones. No le gustaba disculparse ni dar explicaciones. Había decidido entonces que, si le creía capaz de semejante disparate, ella no merecía la pena. Después de todo, no había sido su intención luchar por esa relación, al menos no en un primer momento. Él vivía en Londres y ella, en Nueva York. Sabía que, de todos modos, su relación no tenía futuro.

Pero, con el tiempo, le molestó el hecho de que hubiera sido Isabelle

y no él quien diera por terminada la relación. Era una herida que no terminaba de curar. Tuvo la tentación de llamarla y explicarle lo de la apuesta, pero Tom falleció unas semanas más tarde en un accidente de esquí y Spencer decidió que no merecía la pena hablar de ello, prefirió no manchar la reputación de su amigo.

Creía que ya nada podía hacer por cambiar el pasado, pero ver que Isabelle lo odiaba con tanta vehemencia le había dejado una sensación muy amarga. No entendía que no lo hubiera perdonado. Conocía a mucha gente que era capaz de llevarse bien con sus exparejas, personas que superaban sus diferencias con el tiempo y que llegaban incluso a hacerse amigas. Sabía que el hecho de que acabara de hacerse cargo del hotel no iba a facilitar las cosas entre ellos, pero esperaba que Isabelle, que era una mujer de negocios, dejara de lado lo personal y viera que era lo mejor para la empresa.

Además, no se había hecho con el Harrington para que la gente lo quisiera. Estaba allí para ganar, para mejorar las cosas y conseguir que el hotel creciera en todos los sentidos. Estaba decidido a lograrlo para poder por fin aplacar todas las dudas que había albergado desde que descubriera que no era el primogénito de Michael Chatsfield.

No podía olvidar que era un hijo bastardo, el fruto de la relación adúltera que su madre había tenido cuando sintió que Michael la descuidaba. Ni siquiera había tenido la oportunidad de conocer a su verdadero padre, que había muerto hacía ya unos años. Tenía un vacío en su interior que sabía que nunca iba a poder llenar. Saber que era un hijo ilegitimo hacía que se sintiera fuera de lugar con el resto de su familia, como un perro mestizo y callejero en un concurso para razas con pedigrí. Por muy duro que trabajara y mucho que se implicara en la empresa familiar, sentía que nunca iba a sentirse a gusto entre los Chatsfield.

Isabelle regresó a su habitación para ver cómo estaba Atticus. Se lo encontró tumbado en medio de la cama. Abrió un ojo al verla entrar y lo cerró de nuevo.

–Tienes suerte –le dijo–. A mí también me gustaría poder pasarme todo el día en la cama.

El estómago le dio un vuelco al pensar de repente en Spencer y en cómo había conseguido alterarla esa mañana. Molesta consigo misma, apretó los dientes y frunció el ceño.

–Sola, hablo de pasar el día en la cama yo sola. Lo digo por si crees que aún siento algo por él –añadió mirando a su gato–. Porque no es así. Los Chatsfield son todos iguales. Es un hombre tan arrogante y engreído… Piensa que va a poder hacerme caer de nuevo en sus redes como lo hizo hace diez años. Lo vi en sus ojos. Sé lo que está

pensando. Está buscando a alguien con quien pasar el tiempo mientras esté aquí. Pero conmigo no va a tener suerte. ¡Espero que lo tenga claro!

Tomó su teléfono móvil y buscó el número del veterinario entre sus contactos. Lo llamó y le explicó lo que pasaba, pero el hombre la tranquilizó. Le dijo que solo debía preocuparse si Atticus tosía o vomitaba sin parar. De otro modo, bastaba con que le cepillara el pelo con frecuencia y le diera un poco de crema de malta para ayudarle con la digestión.

Cuando terminó de hablar con el veterinario, dejó el teléfono y miró a su gato. Suspiró y se acercó para acariciarlo.

–No hablaba en serio cuando te dije que debería haber comprado una tortuga en vez de un gato.

Se fijó en su ordenador portátil. Estaba donde lo había dejado esa mañana, al lado de su cama. Siempre había pensado que esos servicios de citas por Internet eran algo patéticos, para gente algo desesperada, pero se dio cuenta de que así se sentía ella, desesperada. Tenía que conseguir encontrar a alguien con quien salir y tenía que hacerlo pronto, antes de que Spencer consiguiera tejer una red a su alrededor y antes de que su presencia le afectara aún más. No podía dejar que se instalara en su cabeza, pero le preocupaba mucho más que se instalara en su corazón.

Encendió el ordenador y entró en una conocida página de contactos. Pocos minutos más tarde, ya tenía una cita para tomar una copa después del trabajo con un informático que se llamaba Jacques y era de Cobble Hill. Le parecía increíble lo fácil que resultaba conocer a hombres y quedar con ellos. Pensó en su hermana Eleanore, que siempre le estaba echando en cara que no tenía vida social y que estaba demasiado obsesionada con el trabajo.

Salió de su habitación y volvió a bajar a las oficinas, pero Enrico, el gerente del hotel, la interceptó cuando se dirigía a su despacho.

–Señorita Harrington, le hemos ofrecido al señor Chatsfield la suite Manhattan, la que está en su misma planta –le dijo.

El corazón le dio un vuelco.

–¿Se va a alojar aquí? –preguntó consternada.

–No hay ningún problema con que lo haga, ¿no? –repuso Enrico–. Solo serán una semana o dos, el tiempo que tarde en tratar todos los asuntos necesarios para su toma de posesión.

Apretó los dientes. Estaba harta de oírlo. Era como si todo el mundo se empeñara en recordarle la maldita adquisición. Nada le molestaba más que tener que ver a Spencer celebrando victoria. Supuso que la noticia aparecería en todos los medios de comunicación.

Durante meses, la prensa había estado siguiendo con interés la batalla entre ellos dos. Había hecho caso omiso de las llamadas que le

habían hecho algunos periodistas durante la última hora. No quería ni pensar en los titulares de ese día, pero no le costaba imaginar que hablarían de la exitosa compra del Harrington por parte de la cadena Chatsfield. Se le revolvía el estómago al pensar en ello.

–¿No se le podría ofrecer otra suite? –le dijo al gerente–. ¿La Madison o la suite de Roosevelt?

Aunque ella lo que habría preferido era que se fuera directamente a otro hotel.

–Las dos estarán ocupadas durante las próximas tres semanas. Podríamos alojarlo en una de las suites standard, pero pensé que le gustaría que le mostrara al señor Chatsfield lo que el hotel Harrington puede ofrecer en términos de lujo y servicio exquisito.

Se mordió el labio inferior antes de contestar.

–De acuerdo –respondió de mala gana–. Pero ¿por qué demonios no se aloja en el Chatsfield? O, si tan rico es, ¿por qué no se compra un piso en el Upper East Side?

–Bueno, puede que sea como usted y esté tan entregado a su trabajo que no le guste vivir lejos de su despacho –le dijo Enrico.

Apretó los labios al oír sus palabras.

–Tengo vida social –repuso ella tratando de defenderse.

–Me alegra oírlo, ha trabajado muy duro por este hotel. Al menos ahora tendrá a alguien con quien compartir esa pesada carga.

Levantó orgullosa la cabeza y se enderezó.

–Yo no considero que este hotel haya sido una carga para mí.

No lo había sido al menos hasta esa mañana, cuando se enteró de que Spencer Chatsfield iba a hacerse con el poder en su empresa.

–¿Tiene previsto añadir algún detalle especial a la suite del señor Chatsfield? –le preguntó Enrico–. Está ahora mismo con su familia en la sala de juntas, así que sería un buen momento para mostrarle algunos de los servicios personalizados por los que el Harrington es tan conocido y valorado.

Una diabólica vocecita dentro de ella le sugirió que aprovechara la ocasión.

–Yo me encargo, me acercaré yo misma para asegurarme de que todo esté listo.

Fue directa a la suite. El personal de limpieza del hotel acababa de terminar con el dormitorio cuando llegó ella con un empleado de mantenimiento. El hombre llevaba dos grandes espejos en un carro de los que usaban para el equipaje de los huéspedes.

–Gracias, Rosa –le dijo Isabelle a una de las limpiadoras–. Me encargo yo misma del resto de los detalles.

–Muy bien, señorita Harrington –repuso Rosa.

Isabelle le hizo un gesto al empleado para que entrara con ella al dormitorio.

–Tienes que colgar uno de los espejos del techo, justo encima de la cama. Y el otro en la pared, a los pies de la misma.

El hombre levantó sorprendido las cejas.

–¿Los ha pedido el nuevo director general? –le preguntó frunciendo el ceño.

Isabelle sonrió.

–Ya sabes cómo son los Chatsfield –repuso ella–. Asegúrate de que quede bien sujeto el del techo. No queremos que se caiga cuando esté haciendo un trío, por ejemplo.

Esperó a que el empleado terminara su trabajo y saliera de la suite para abrir su bolso y sacar los montones de preservativos de todos los colores, sabores y texturas que había comprado en una farmacia cercana al hotel. Colocó todos los paquetes formando una alta torre en la mesita de noche, al lado de un enorme bote de lubricante que también había adquirido. Puso sobre la almohada unos bombones artesanales. Le había pedido al chef que añadiera a los dulces las iniciales de Spencer y sonrió al ver el resultado.

Se encargó también de meter una botella del champán favorito de Spencer en una cubitera y de colocar dos exquisitas copas de cristal a su lado.

Sacó también de su bolso dos largos lazos de raso negro y los ató a los barrotes de la cama. Colgó un par de esposas del pomo del primer cajón de la mesita y puso una venda de terciopelo sobre una de las almohadas. Como detalle final, esparció una bolsa de pétalos de rosas por toda la cama y dio después un paso atrás para admirar su obra.

–Muy bonito –dijo una profunda voz masculina detrás de ella.

Se dio la vuelta tan rápidamente que se sintió de repente algo mareada. Aunque a lo mejor se sentía así al ver de repente a Spencer frente a ella. Trató de ocultar su sorpresa.

–Estaba asegurándome de que todo estuviera a tu gusto en la suite para que puedas satisfacer tus necesidades –respondió ella.

Vio una chispa de humor en sus ojos azules, supuso que aquello era muy divertido para él.

–Tengo que reconocer que los Harrington sois los mejores a la hora de cuidar hasta el último detalle.

Mantuvo la mirada en él como si no supiera de lo que le estaba hablando, pero notaba que se había sonrojado, era algo que no podía evitar cuando estaba con él.

–Si se me ha olvidado algo, no dudes en comentármelo –le dijo ella.

Spencer miró el espejo del techo y después se fijó en la cama y en todos los artilugios que ella acababa de colocar.

–No veo ningún látigo –susurró con una sonrisa diabólica.

Una traidora oleada de lujuria la recorrió al ver que Spencer la miraba de arriba abajo. Pero consiguió reprimir lo que estaba

sintiendo.

–Decidí que era mejor no proporcionarte uno para evitar que empezaras a usarlo en lugares donde no sería bien recibido –le dijo ella con frialdad.

Spencer fue hasta la mesa y sacó la botella de champán de la cubitera.

–¿Te tomas una copa conmigo?

Levantó orgullosa la cara hacia él.

–Nunca bebo en horas de trabajo.

–No creo que pase nada si te tomas un sorbito de champán para celebrar la adquisición, ¿no te parece?

Apretó con fuerza los dientes para tratar de contenerse.

–Estás disfrutando mucho con esto, ¿verdad? Parece que aprovechas cualquier oportunidad para recordármelo. ¿Qué es lo siguiente que vas a sugerir? ¿Que tengamos una fiesta para celebrar tu última adquisición?

Spencer le dedicó una sonrisa indolente.

–¿Cómo lo has adivinado?

–No puedes estar hablando en serio… –repuso atónita.

–Claro que sí –le dijo Spencer–. Es más, quiero que la organices tú.

Isabelle dio un paso atrás mientras maldecía entre dientes. Se cruzó de brazos, apretándolos contra el cuerpo como si así pudiera controlar lo que estaba sintiendo en esos momentos. Le costaba respirar. No podía creer que quisiera seguir humillándola de esa forma, era una auténtica tortura y no sabía por qué le hacía algo así. Le parecía insoportable la idea de tener que celebrar en público la toma de posesión de Spencer, sonriendo a todo el mundo como si todo fuera perfecto. Pero no lo era, todo lo contrario. Ese hombre le había robado lo que era suyo, se lo había quitado de las manos.

–¡Eres…! ¡Eres increíble! –exclamó fuera de sí.

–Ya has organizado otras fiestas aquí en el hotel, ¿no?

Se volvió hacia él y le dirigió una mirada asesina.

–Sí, pero ninguna con chicas haciendo striptease ni saliendo de tartas gigantes –replicó ella.

Spencer le dedicó media sonrisa.

–Bueno, no deberías hacer caso de todo lo que lees en la prensa sobre mi familia. Mi primo Lucca, desde que se casó con Lottie, ya no organiza ese tipo de fiestas.

–Me alegra saberlo.

Spencer se frotó la barbilla entre el dedo índice y el pulgar como si estuviera muy pensativo. Podía oír el suave sonido de su incipiente barba y no pudo evitar que una oleada de deseo la recorriera. Recordaba demasiado bien cómo era sentir su piel áspera contra la de ella. No había olvidado tampoco las marcas rojas que había dejado en

su rostro cuando la besaba. No entendía por qué tenía que recordarlo todo tan bien. Le habría encantado poder borrar de su memoria todos esos recuerdos, lo que había experimentado entre sus brazos, lo que le había hecho sentir. Creía que era la única manera que tenía de poder salir de esa situación con algo de dignidad.

–Yo estaba pensando en organizar algo un poco más elegante –le dijo Spencer.

Isabelle le dirigió una mirada de desprecio.

–La elegancia no es una palabra que asocie contigo –repuso ella.

Él apretó los dientes, pero no le dio tiempo a contestarle. Los interrumpió en ese instante el sonido de un teléfono móvil. Spencer lo sacó de su bolsillo y contestó la llamada sin pedirle siquiera disculpas.

–Ya he publicado un comunicado de prensa esta misma mañana –le dijo Spencer a la persona con la que estaba hablando–. Y concedí una entrevista hace media hora. Sí, eso es. La señorita Harrington está encantada con el resultado de la reunión. De hecho, está organizando una fiesta de gala para celebrar la adquisición.

Isabelle lo miró con el ceño fruncido y la boca abierta.

–¿Qué demonios crees…? –comenzó ella.

Pero Spencer levantó la mano para ordenarle que se callara.

–Sí, tenemos una excelente relación de trabajo… Sí, le doy permiso para que utilice mis palabras.

Spencer se despidió y colgó poco después.

–Periodistas… –murmuró mientras se metía el móvil de nuevo en el bolsillo–. Ya he tenido más de cincuenta llamadas y aún no es la hora de comer.

Isabelle apenas podía contener su ira mientras lo miraba.

–¿Les has dicho que estoy contenta con esto? ¿Estás loco? ¿Quién se lo va a creer?

–¿Es que no sabes nada de marketing? –replicó Spencer.

Cada vez estaba más enfadada y se sentía muy impotente.

–No tienes derecho a hablar con la prensa en mi nombre. Ya me encargaré yo de concederles mi propia entrevista exclusiva cuando esté lista. Y entonces les dejaré muy claro el tipo de persona que eres.

Vio que sus palabras habían conseguido afectarle. La miraba con el ceño fruncido.

–¿Quieres que la gente venga a este hotel? –le preguntó Spencer–. Porque, si es así, tienes que convencer a todos de que aquí pasan cosas. Y no me refiero a escándalos ni a chismes, sino a otro tipo de cosas, a experiencias mágicas y estancias inolvidables. La gente tiene que tener muy claro que este hotel está a su servicio para conseguir cualquier cosa que desee y que tenemos los estándares más altos de calidad. Deberías ser más profesional, Isabelle. Tienes un buen producto, pero no aprovechas todo su potencial.

Lo miró aún más enfadada, el corazón le latía a mil por hora.

–¿Qué me quieres decir con eso? ¿Que he hecho mal mi trabajo? –replicó furiosa.

Spencer alzó los ojos hacia el techo como si estuviera perdiendo con ella la paciencia.

–¿Por qué no nos sentamos y hablamos como dos adultos de…?

Se puso en jarras al oírlo.

–¿Ahora estás insinuando que soy infantil?

Spencer respiró hondo antes de contestar.

–Bueno, la verdad es que pareces una niña con una rabieta, protestando porque las cosas no te han salido como quería. Tranquilízate y cambia de actitud para que podamos pasar página y ponernos a trabajar por el bien de este hotel.

Isabelle se acercó a él y le clavó el dedo índice en el esternón.

–Retira lo que has dicho. Ahora mismo –le ordenó.

Pero Spencer se quedó donde estaba como un gran bloque de mármol. No se movía ni reaccionó de ninguna manera. Se limitó a mirarla.

–No voy a pedir disculpas por lo que te he dicho –le dijo él–. Crece de una vez o sal de aquí.

Le clavó con más fuerza aún el dedo en su fuerte y musculoso torso.

–¿Quieres que me vaya? Entonces vas a tener que sacarme tú porque no me voy a… ¡Eh! ¿Qué demonios estás haciendo? –exclamó al ver que la levantaba en sus brazos–. ¡Bájame ahora mismo!

La llevo a la puerta como hacían los bomberos, sobre uno de sus hombros. Le dio golpes en la espalda con los puños y pateó sin parar en el aire. Sabía que en ese momento sí que se estaba comportando como una niña con una rabieta, pero ya no le importaba. Le parecía increíble que se atreviera a tratarla de ese modo. No quería ni pensar en lo que ocurriría si alguien del personal viera cómo la estaba sacando de la suite. Cada vez estaba más enfadada, no podía contener la ira que crecía dentro de ella. Le clavó las uñas en la espalda, tratando de hacerle tanto daño físico como pudiera. Después de todo, él la estaba humillando.

Spencer maldijo entre dientes y la dejó por fin en el suelo frente a él.

–Ya basta, maldita gata salvaje –gruñó él.

Isabelle trató de recobrar el aliento, pero respiraba con dificultad. Le habría encantado poder borrar con una bofetada esa mirada altanera de su rostro, de un rostro que era demasiado atractivo para su propio bien, pero Spencer la agarró por las muñecas y no pudo hacer nada. Tampoco podía ignorar las sensaciones que tenía cuando la tocaba. Su contacto la quemaba, estaba despertando por completo sus sentidos. Sabía que, si no se alejaba de él en ese momento, terminaría

por hacer algo de lo que iba a arrepentirse.

Trató de levantar la rodilla para darle donde más iba a dolerle, pero Spencer adivinó lo que quería hacer y la empujó hasta que quedó atrapada entre la pared y su torso, sujetando los brazos de Isabelle a ambos lados de su cabeza. Se sintió enjaulada dentro de ese despliegue de fuerza masculina.

–Ni se te ocurra… –susurró él a modo de amenaza.

Lo fulminó con la mirada mientras trataba de ignorar el fresco aroma mentolado de su aliento mezclándose con el de ella. Intentó no pensar tampoco en cuánto le tentaba esa boca que tenía tan cerca ni en la erección de Spencer, presionando contra su vientre. Esa respuesta inmediata de su cuerpo al estar aplastado contra ella era tan obvia como excitante. También su propio cuerpo había reaccionado despertándose con la urgencia de un deseo que había tratado de ignorar durante la mayor parte de su vida adulta. Solo Spencer conseguía que su cuerpo reaccionara de esa forma. Era una fuerza que era tan imparable como la de las olas, podía sentirla recorriendo sus venas. El deseo la consumía por completo, era una necesidad tan fuerte que anulaba cualquier obstáculo mental que se hubiera impuesto ella misma para tratar de resistirse a ese hombre. Su pelvis deseaba estar aún más cerca de él, sobre todo después de sentir el calor y la potencia de su excitación. El aire estaba tan lleno de tensión erótica que apenas podía respirar.

–No recordaba que fueras así, antes no te comportabas como un hombre de las cavernas –le dijo ella–. ¿O es que tienes que tratar así a las mujeres para conseguir lo que quieres de ellas? ¿Tan desesperado estás?

Vio que bajaba la mirada y se fijaba en su boca mientras aflojaba un poco sus muñecas.

–Me encantaría besarte ahora mismo, pero algo me dice que sería muy peligroso –susurró Spencer.

Ella le dedicó una mirada maliciosa.

–¿Por qué? ¿Porque sabes que te sacaría los ojos si lo intentaras?

Spencer se rio.

–No, ese no es el único peligro –respondió Spencer agarrando su barbilla y acariciando con el pulgar su labio inferior–. Me temo que un beso podría terminar en algo más.

–¿En qué? ¿Una bofetada en tu cara? –le preguntó ella con fingida inocencia.

–Dadas las circunstancias, supongo que me lo merecería.

Isabelle frunció el ceño.

–¿Qué circunstancias? Querías mi hotel y no te has detenido ante nada ni nadie para conseguirlo. ¿Qué otras circunstancias puede haber además de tu testarudez?

Spencer la soltó y se apartó de ella.

–Tu hermano me dijo que te parecía bien que tratara de adquirir el hotel –le confesó él.

No podía creer lo que estaba oyendo.

–¿Qué? Y, a pesar de nuestra historia y nuestro pasado, ¿te lo creíste?

Spencer se pasó una mano por el pelo.

–Sí, lo sé. No debía haberlo hecho, pero ¿cómo me iba a imaginar que él pudiera saber lo que había pasado entre nosotros? Casi nadie lo sabía, ¿no lo recuerdas?

La verdad era que lo recordaba muy bien. Cuando terminó su relación, pudo al menos sentir cierto alivio sabiendo que los dos habían sido discretos. Por alguna razón, Spencer la había mantenido alejada de la prensa, algo inusual en él en ese momento de su vida. También había sido inusual para él que hubiera compartido con ella más de una o dos noches. Lo suyo había sido una relación. Eso había sido al menos lo que había pensado. Habían estado viéndose durante casi un mes. De noche y también de día, cuando el horario de trabajo de Spencer y los estudios de ella se lo permitían. Por eso sus expectativas habían sido tan altas. Sabía que había sido muy tonta e ingenua, pero no había podido evitarlo. Estaba segura de que nunca le había mostrado a ninguna otra chica la atención que le había mostrado a ella. Había hecho que se sintiera muy especial. Recordaba perfectamente las joyas que le había regalado, los ramos de flores, los bombones, las cenas con champán y las noches que habían pasado bailando en exclusivos clubes hasta la madrugada.

Había llegado a pensar que Spencer se había enamorado de ella y que, poco tiempo después, llegaría el momento de pedirle de rodillas que se casara con él. Le parecía imposible que hubiera podido estar tan ciega. Después de que todo terminara, entendió por qué la había mantenido lejos de la prensa. Tenía muy claro que Spencer no había querido dañar su reputación de mujeriego.

Todos los sueños que había tenido de niña, esas fantasías en las que un apuesto príncipe azul la conquistaba y le prometía amor eterno, se desvanecieron cuando descubrió que todo había sido una apuesta. El dolor que había sentido entonces había sido devastador, terrible. Spencer había destrozado por completo sus sueños y solo había dejado ira y amargura dentro de ella. Nunca se había sentido tan mal. Ella se lo había dado todo, se había entregado por completo. Pero había descubierto que para Spencer solo había sido un juego.

Y dos semanas después, cuando pensaba que ya no podía sufrir más por culpa de ese hombre, descubrió que estaba embarazada. Se había quedado completamente paralizada al saberlo. Recordaba haberse hecho multitud de pruebas durante varios días, durante semanas.

Había tenido la esperanza de que se tratara de un error, pero el resultado había sido siempre positivo.

Siguió sin aceptar lo que le pasaba a pesar de que ya tenía algunos síntomas. Tuvo náuseas, dolor en sus pechos y un cansancio constante, pero seguía sin creer que pudiera estar embarazada. No dejaba de pensar en ello. Habían tenido cuidado, siempre habían usado protección. No había podido creérselo, no había querido hacerlo. Había llegado incluso a pensar, desde su estado de confusión, que le bastaría con ignorarlo para que todo volviera a la normalidad.

Pero las semanas fueron pasando y siguió sin decírselo a nadie. No dejaba de pensar en cómo iba a poder seguir estudiando y cuidar al mismo tiempo de un bebé. Tampoco quería pensar en lo duro que sería tener que llamar a Spencer para decirle que iba a ser padre. Le angustiaba saber que ese niño iba a atarla de algún modo a Spencer para siempre. No le gustaba la idea de recurrir a un aborto, pero tampoco quería tener que tratar con ese hombre. No quería volver a saber nada de él.

Pero al final no tuvo que hacerlo. Perdió al bebé cuando estaba a punto de cumplir los cuatro meses de embarazo, justo cuando estaba empezando a hacerse a la idea de ser madre. Solo su amiga Sophie sabía la verdad, nadie más. Y lo único que le quedaba de su pequeño bebé era una fotografía de una ecografía. Si todo hubiera ido bien, habría tenido una niña.

–Supongo que debería haberme imaginado que no ibas a soltar el hotel sin pelear –le dijo entonces Spencer–. Pero tu hermano fue tan convincente que creí que de verdad te gustaba la idea de la adquisición. Me dijo que te parecía una operación que sería muy positiva para el Harrington.

Isabelle puso los ojos en blanco y se alejó de la puerta mientras se frotaba las muñecas para tratar de deshacerse así de la sensación de tener de nuevo las manos de Spencer en su piel.

–¿Cómo no se te ocurrió llamarme directamente para ver lo que pensaba al respecto? –le preguntó ella.

–¿Habrías contestado mis llamadas?

Suspiró al oírlo.

–No, supongo que no.

Se quedaron en silencio los dos.

–Sé que estás enfadada, que no te gusta cómo he hecho las cosas –le dijo Spencer–. Si estuviera en tu lugar, también lo estaría. Pero la verdad es que quiero que esto funcione, Isabelle. Quiero que el hotel Harrington sea el mejor y obtenga grandes beneficios. Pero no voy a poder hacerlo si sigues luchando contra mí. Tenemos que hacerlo juntos, como un equipo, o no hacerlo.

Isabelle se mordió el labio inferior.

–Pero ¿qué pasa si no compartimos los mismos objetivos para el hotel? Tú eres un Chatsfield. Tienes esa marca metida en tu ADN.

–No creas… –susurró Spencer.

Lo miró con el ceño fruncido. Apretaba los labios y le dio la impresión de que había dicho más de lo que quería.

–¿Qué quieres decir?

La miró de manera muy distante, dejándole claro sin palabras que no iba a decirle nada más. Se lo dijo incluso con sus gestos, cruzándose de brazos.

–Dime qué es lo que quieres para el hotel, cómo lo imaginas. Explícamelo en tres palabras –le pidió Spencer.

Isabelle respiró profundamente y se pasó las manos por su estrecha falda.

–Privado. Exclusivo. Lujoso.

Él asintió lentamente con la cabeza.

–¿Y en qué se diferencia entonces de cualquiera de sus competidores?

Le costaba mantener su mirada cuando la observaba de una manera tan penetrante e intensa. Era como si estuviera examinándola, como si aquello fuera una entrevista de trabajo.

–En el Harrington ofrecemos un servicio tan lujoso y exquisito que ningún otro hotel puede competir con nosotros.

–¿Cómo lo sabes? –le preguntó sin dejar de mirarla a los ojos–. ¿Te has alojado hace poco en alguno de esos otros hoteles?

Frunció los labios antes de contestar. Hablar con él siempre le había parecido una especie de combate de esgrima. Tenía la impresión de que Spencer trataba de sorprenderla con la guardia baja.

–No, la verdad es que no –repuso ella.

–¿Cuándo fue la última vez que te alojaste en un hotel que no fuera de vuestra cadena?

–A diferencia de algunas personas que no tienen nada más que hacer que viajar por todo el mundo y que parecen estar siempre de vacaciones, yo tengo un trabajo que me lleva mucho tiempo –se defendió ella.

–En un negocio como este, y en muchos otros, es importante aprender qué es lo mejor que puede ofrecer tu hotel, algo que no tienen otros establecimientos, y potenciarlo al máximo, sacar provecho de ese aspecto –le dijo Spencer.

Isabelle levantó las cejas al oírlo.

–Estoy segura de que tú sabes sacarle siempre provecho a tus talentos –contestó ella.

Spencer sonrió al oírlo.

–Veo que, a pesar del tiempo que ha pasado, me recuerdas bien.

–Bueno, ¿para qué se supone que estamos hablando de esto? –le

preguntó algo irritada.
–Si tienes algo en tu agenda el próximo fin de semana, anúlalo.
–¿Para qué?
–Tenemos en una misión.
Frunció el ceño.
–¿Nosotros dos?
–Sí, vamos a pasar esas dos noches visitando a la competencia. Tomaremos notas y compararemos para ver en qué podemos mejorar.
No pudo ocultar su sorpresa y lo miró algo alarmada.
–¿Me estás pidiendo que pase el fin de semana contigo?
Spencer la miró con cara de póquer.
–¿Qué pasa? ¿No te gusta la idea?
–Tienes mucha cara…
–No tenemos por qué compartir habitación, aunque eso reduciría los costes…
Lo fulminó con la mirada.
–¿No se te olvida algo? Tengo novio. No creo que se tome demasiado bien que pase el fin de semana con mi… Mi…
Cerró la boca y le dirigió una mirada letal. Spencer, en cambio, parecía estar esforzándose para no sonreír.
–No puedes decirlo, ¿verdad? La palabra que estás buscando es «jefe». Repite conmigo, «jefe». Dilo, Isabelle. No te va a pasar nada.
Lo miró fuera de sí. Le parecía imposible que pudiera odiar tanto a alguien. No había conocido a ningún hombre tan cruel como él. Sabía que quería humillarla, pero no iba a dejar que lo hiciera. Apretó las manos formando puños. Le habría encantado abofetearlo, pero se contuvo. Cada músculo de su cuerpo estaba en tensión. Le costaba tanto esfuerzo controlarse que estaba temblando. Ningún otro hombre tenía ese poder sobre ella. Le horrorizaba ver la facilidad que parecía tener para alterarla y hacer que desapareciera la Isabelle profesional y segura de sí misma. Ese hombre podía hacer que se convirtiera en una mujer salvaje, una tigresa que se dejaba llevar por completo cuando el deseo la dominaba. Y Spencer tenía también el poder de despertar ese deseo con solo una mirada o una caricia.
Se le acercó y le levantó la barbilla con un dedo.
–Dilo –insistió Spencer.
Isabelle le sostuvo la mirada. Le costaba hacerlo, pero no apartó los ojos.
–No puedes obligarme a hacer nada.
Sus ojos brillaron de una manera muy peligrosa y diabólica.
–¿Estás segura?
–Por supuesto.
Se miraron a los ojos durante interminables segundos. Después, Spencer bajó la mirada para fijarse en su boca y ella contuvo la

respiración. Separó involuntariamente los labios. Era muy consciente de lo cerca que estaban sus bocas, del aliento de los dos mezclándose.

Él se acercó unos milímetros más. Era una tortura insoportable, solo podía pensar en besarlo, pero sabía que Spencer no se movía porque la estaba poniendo a prueba. Todo era un juego para él. Estaba tratando de provocarla para que fuera la primera en rendirse, la que tuviera que ceder a la atracción que siempre había habido entre ellos.

Con una voluntad que no sabía que poseía, se apartó de él y le dedicó una mirada gélida.

–Espero que la suite sea de tu agrado. Si necesitas algo, díselo al gerente, por favor.

La cara de Spencer era tan inexpresiva como siempre. Solo un pequeño destello en sus ojos le dejó claro que sabía lo cerca que había estado ella de sucumbir a la tentación de besarlo.

–Hasta ahora, el servicio ha sido impecable –le dijo Spencer–. Y estoy seguro de que todas mis necesidades serán satisfechas durante mi estancia.

Apretó los labios y fue hacia la puerta con movimientos algo rígidos y nerviosos, como si fuera un muñeco de madera.

–Me gustaría que me presentaras esta tarde una propuesta para la fiesta –le ordenó Spencer–. ¿Podrás hacerlo?

Isabelle le lanzó una mirada asesina.

–¿Algo más? –le preguntó con frialdad.

Spencer se acercó a la mesita, tomó uno de los paquetes de preservativos y los estudió durante un momento.

–Estos son pequeños –le dijo mientras le lanzaba la caja–. A lo mejor le valen a tu novio.

Isabelle resopló, se dio media vuelta y salió de la suite maldiciendo entre dientes.

Capítulo 3

SPENCER sonrió mientras miraba la habitación que Isabelle había preparado para él. Tenía que reconocer que le atraía mucho su carácter combativo. Al verla así, le tentaba la idea de provocarla para ver cuánto tiempo tardaría en conseguir que cediera y se dejara llevar por ese deseo que veía en sus ojos cada vez que sus miradas se encontraban. No había pensado en tener nada con nadie durante ese tiempo en Nueva York, pero la idea de acostarse con Isabelle le parecía cada vez más atractiva, sobre todo cuando ella se empeñaba en demostrarle con su altanería y con sus palabras cuánto lo odiaba. Pero su cuerpo la contradecía cada vez que estaban cerca el uno del otro.

A él le pasaba lo mismo, su cuerpo recordaba bien a esa mujer. No olvidaba cómo se había entregado a él de una manera completa y total, sin ningún tipo de reserva. Su vida sexual había sido emocionante, electrizante y sorprendentemente adictiva. Con ella había roto sus propias normas, esas que le impedían tener más de tres o cuatro citas con la misma mujer. Nunca había sido un mujeriego empedernido, como algunos de sus primos, pero había huido de cualquier tipo de compromiso. Le gustaba estar libre para poder hacer lo que quisiera y no tener que estar sujeto a las responsabilidades de una relación de verdad. Pero había visto algo en la sofisticada Isabelle Harrington que le había hecho romper esas normas.

Con ella había tenido una relación que había llegado a durar cuatro semanas. Su intención había sido estar con ella hasta que Isabelle terminara sus estudios en Londres. Se había dicho a sí mismo que no iba a durar más tiempo y tener esa vía de escape había hecho que pudiera justificar hasta qué punto estaba comportándose de manera distinta con ella.

Por eso le había molestado que fuera ella la que rompiera con él. Pero, en lugar de demostrarle cómo se sentía, lo había dejado pasar. De todos modos, entonces no había querido nada serio. A los veinticuatro años, no quería sentar la cabeza.

Pero había tardado años en olvidar su aroma y el tacto sedoso de su piel. También le había costado dejar de pensar en sus dulces labios, en la manera en la que se entregaba a él, en sus besos, sus suaves mordiscos, sus caricias…

Le estaba resultando muy entretenido coquetear con ella, hacía que

le hirviera la sangre en las venas, era algo que le excitaba, pero no sabía si debía correr el riesgo de tener otra aventura con ella. Después de todo, estaba allí para trabajar. Tenía una tarea por delante muy difícil de conseguir, debía convencer a su familia de que tenía todo lo necesario para conseguir que esa adquisición fuera un éxito en todos los sentidos y creía que una aventura con Isabelle Harrington podría impedir que consiguiera ese objetivo, distrayéndolo en uno de los momentos más críticos de su carrera.

Pero recordó entonces que Isabelle le había dicho que tenía novio. Se preguntó si sería una relación seria. Sabía al menos que no estaban prometidos, no había visto ningún anillo en su mano, pero su experiencia le decía que todas las mujeres que pasaban de los treinta soñaban con casarse. No sabía si sería una relación esporádica o algo más formal, si entre los dos habría amor o solo lujuria.

Sacudió la cabeza molesto consigo mismo, no entendía lo que le estaba pasando ni por qué perdía el tiempo pensando en esas cosas. Después de todo, no era asunto suyo. Ya tenía suficientes preocupaciones en ese momento como para añadir una más.

Se fijó de nuevo en su suite y en los lujosos muebles que la decoraban. Tenía que reconocer que era muy elegante. Las cortinas estaban confeccionadas con telas de primera calidad y la moqueta que cubría el suelo era suave y mullida. Se acercó al cuarto de baño y vio que tenía mármol pulido italiano en el suelo y que los apliques eran de bronce.

Todo lo que veía, esos muebles antiguos, las lámparas de araña, los apliques o los jarrones, hacía que la suite pareciera un palacete, el lugar ideal para gente con dinero y clase. El tipo de hotel que atraía a las grandes fortunas del mundo para que pudieran pasar unos días retirados del ritmo frenético que imponía el mundo moderno. Le parecía que era como retroceder en el tiempo, como viajar de repente a una época en la que el servicio que se ofrecía a los huéspedes era siempre personalizado y sumamente respetuoso. Nada que ver con lo que había visto en otros hoteles más grandes. Sabía que elegir a un personal que reflejara a la perfección el espíritu de ese hotel era de suma importancia y era algo de lo que quería hablar con Isabelle.

Liliana le había dicho esa mañana que Isabelle había entrevistado personalmente a todos los empleados. Al parecer, tenía un alto nivel de exigencia para ellos y esperaba un compromiso total de la gente que trabajaba en el Harrington. Se había sabido rodear de personas en las que podía confiar para mantener la reputación de respetabilidad y sofisticación que tenía ese hotel. Tenía que reconocer que estaba completamente dedicada a ese trabajo, pero tenía la sensación de que Isabelle usaba su carrera profesional como un escudo tras el que se ocultaba como si fuera su armadura y no permitía que nadie se le

acercara lo suficiente como para ver a la mujer apasionada y llena de vida que había tras esa fachada fría y distante.

Se acercó a la cama y tomó la máscara de terciopelo que Isabelle había colocado sobre la almohada. Sintió algo de remordimientos. Tenía que reconocer que no había hecho nada por tenerla de su lado con la manera en la que había realizado la adquisición del hotel. Sabía que podía culpar al hermano de Isabelle de lo que había pasado, pero tenía también que aceptar cierta responsabilidad por cómo habían salido las cosas. Lamentó no haberla llamado para pedirle que se reunieran los dos antes de hacerse con la mayoría de las acciones. Aunque Isabelle hubiera rechazado su oferta, al menos él le habría demostrado que estaba dispuesto a negociar con ella. También lamentaba no haberse disculpado hacía diez años, cuando las cosas terminaron tan mal entre ellos.

Pero no sabía qué le podría haber dicho entonces ni cómo podría haberle confesado que se había llegado a enamorar de ella. Nunca habría sido capaz de reconocerlo. Entre otras cosas, porque no había estado seguro de sus sentimientos. Creía que no podría reconocer lo que era el amor aunque lo tuviera delante de sus narices. Nunca se había enamorado de nadie ni sabía qué era ese sentimiento del que hablaban los novelistas y los directores de cine. No se veía capaz de llegar a sentir algo así, sentía que no podía confiar en sus emociones, no después de lo que le había pasado. Había amado a sus progenitores y había descubierto después que uno de ellos ni siquiera era de verdad su padre.

Después de eso, no podía volver a confiar en nada ni a nadie.

Dejó la máscara de terciopelo y miró el espejo del techo. Había otro a los pies de la cama.

Se dio cuenta de que Isabelle se había tomado muchas molestias para recordarle lo que pensaba de él, que era un mujeriego y que su interés en el mundo de la hostelería era temporal, que era solo un juego del que se acabaría cansando. Ella no podía saber lo que lo estaba motivando a triunfar en ese mundo. No tenía nada que ver con el dinero ni con el prestigio profesional. Ni siquiera estaba tratando de mejorar su reputación, eso no le había interesado. No le importaba lo que las revistas escribieran sobre él. La mayoría de las veces se trataba de mentiras con las que pretendían aumentar sus ventas.

Pero sí le importaba que su reputación profesional fuera impecable. Le gustaba dejar que sus resultados hablaran por sí mismos. Los números eran una realidad objetiva. Creía que, si conseguía que el Harrington se convirtiera en el mejor hotel de lujo de Nueva York, podría relajarse y sentirse satisfecho.

Por fin.

Isabelle imprimió la lista de ideas que tenía para la fiesta y apretó los dientes mientras esperaba a que el papel saliera de la impresora. Lo metió en una carpeta con el sello del Harrington y se dirigió al despacho de Spencer. Pasaban ya de las cinco de la tarde, pero eso no le preocupaba. Si ese hombre pensaba que iba a poder manejarla y darle órdenes para que lo siguiera como un perrito, peor para él.

La puerta de su despacho estaba cerrada, pero pudo oírlo hablando con alguien por teléfono. Dio unos golpes en la puerta y no tardó en oír pasos al otro lado. Segundos después, la puerta se abrió. Sin soltar el teléfono, le hizo un gesto para que entrara mientras continuaba su conversación.

–¿De cuánto dinero estamos hablando? –le preguntó a su interlocutor–. ¿Tanto? –exclamó después de unos segundos en silencio–. Pero ¿quiénes son esos tipos? ¿Tienen un gran éxito y ya se creen unos dioses que están por encima del bien y del mal? Ponte en contacto con nuestros abogados y que presenten una demanda contra esos idiotas por daños y perjuicios. Y sácalos de allí cuanto antes, ¿de acuerdo?

Spencer dejó el teléfono en su mesa y se pasó la mano por el pelo.

–¡Qué pesadilla! –le dijo Spencer.

Nunca lo había visto así de afectado.

–¿Que ha pasado?

–Me acaban de llamar del Chatsfield de Londres para hablarme de un grupo que se aloja allí, creo que son esos chicos que acaban de ganar un concurso televisivo para nuevos talentos musicales. Han destrozado por completo una de las suites. De momento, han calculado daños por valor de cien mil libras, pero seguro que al final sube aún más la factura.

Abrió la boca al oírlo.

–¡Qué horror!

Spencer la miró con el ceño fruncido.

–Pues sí –repuso él–. Y es lo último que necesito ahora mismo.

Se mordió el labio inferior mientras lo miraba. Spencer rara vez mostraba ese lado más humano, el hombre que había detrás de la máscara de acero. Suponía que el estrés de su trabajo como director general de los hoteles Chatsfield era enorme y que eso le tenía que afectar más de lo que aparentaba. Hasta entonces, lo había visto solo como su enemigo, un obstáculo para lograr su objetivo, pero fue en ese momento consciente de que tenía la enorme responsabilidad de asegurarse de que todo funcionara como un reloj en los hoteles que los Chatsfield tenían por todo el mundo.

Lo podía entender mejor que nadie. Era muy estresante intentar tenerlo todo bajo control. Aunque nadie podría haber previsto algo

como lo que acababa de pasar en el Chatsfield de Londres, sabía que la noticia provocaría dudas sobre la gerencia de ese establecimiento y, por extensión, también sobre el director general de la cadena. Además, como acababa de llegar a ese puesto, todo el mundo miraría con lupa sus actuaciones para ver cómo se desenvolvía.

Respiró profundamente. Sabía que era un trabajo complicado, pero no entendía por qué le importaba tanto lo que le pudiera pasar a la reputación profesional de Spencer. Creía que lo único que debía importarle era su hotel, no lo que un grupo de jóvenes músicos pudieran haber hecho en el hotel Chatsfield de Londres.

–La prensa va a sobredimensionar lo que ha pasado y eso va a perjudicar indirectamente a la marca. Después de trabajar tan duro para mejorar su prestigio en todo el mundo… –le dijo Spencer sacudiendo con impotencia la cabeza–. ¿Quién en su sano juicio querría quedarse en un hotel donde hay fiestas tan salvajes como la de anoche?

–¿Las admiradoras de ese grupo? –repuso ella.

Spencer la miró y dejó de fruncir el ceño. Incluso le dedicó una breve sonrisa.

–No me digas que eres fan de ese grupo y te has descargado todas sus canciones.

–No, no todas. Pero sí tienen una que me gusta mucho. De hecho, la escucho cada mañana mientras hago ejercicio.

Spencer la miró entrecerrando los ojos.

–¿Y también tienes pósteres de ellos en tu habitación?

No pudo evitar sonreír.

–No, no tengo doce años.

Spencer miró entonces la carpeta que llevaba ella en las manos.

–¿Qué me propones?

Isabelle deslizó la carpeta hacia él.

–Una fiesta con una decoración en azul y negro. O negro y rosa si lo prefieres –le explicó ella–. Pero nada de recurrir al blanco y negro, demasiado manido. Las invitaciones serán caras, pero se donaría todo el dinero a una obra de caridad.

–¿Cuál?

–No lo sé. ¿Hay algún tema que te interese en especial?

Spencer tamborileó con los dedos sobre la mesa mientras miraba por encima su propuesta.

–Tengo demasiados.

–Pero ¿cuál es el más importante para ti?

Spencer la miró a los ojos.

–¿Cuál es el tuyo?

–Yo te he preguntado primero.

Él sostuvo su mirada durante unos segundos antes de mirar de

nuevo su propuesta.

–Alguna fundación infantil, algo relacionado con niños.

No pudo evitar que sus palabras le produjeran un agudo dolor en el pecho. Si todo hubiera ido bien con su embarazo, tendría en ese momento una hija de nueve años. Pensaba a menudo en ella, se imaginaba a una niña delgada y de piernas largas, con el pelo oscuro y ojos azules. Se preguntaba también muchas veces si habría sido intensa y nerviosa como ella o relajada y segura de sí misma como su padre. También le habría encantado saber si habría tenido una sonrisa tímida como la de ella o si habría sido tan enigmática como la de Spencer.

Se imaginó a Spencer sosteniendo en sus brazos al bebé. Algo que ella había anhelado hacer cuando por fin aceptó que iba a ser madre, una oportunidad que el destino le había robado de la manera más cruel. Tampoco le costaba verlo jugando con la niña cuando diera sus primeros pasos, acompañándola al colegio por primera vez o enseñándole a montar en bicicleta. Haciendo, en definitiva, todas las cosas que los buenos padres hacían con sus hijas.

Se preguntó si Spencer habría querido a la niña tanto como la había querido ella, si habría querido ser su padre.

Respiró profundamente. No entendía por qué estaba haciéndose algo así, por qué estaba dándole vueltas en la cabeza a esas cosas cuando siempre evitaba pensar en bebés y en niños pequeños.

–¿En serio? –le preguntó ella con incredulidad.

–Sí, ¿qué pasa? ¿Crees que no me gustan los niños?

–Todo el mundo sabe que eres un mujeriego y supongo que siempre he pensado que lo último que querrías es tener niños.

–No quiero tenerlos –repuso él con firmeza.

Sus palabras le dolieron más de lo que Spencer se podría llegar a imaginar.

–Pero me gusta ayudarlos. Especialmente a los más desfavorecidos –agregó él.

–Eso es… Es muy generoso por tu parte.

Spencer levantó con suspicacia una ceja.

–Supongo que no imaginabas que pudiera ser un filántropo, ¿no?

–Bueno, es algo que nunca se ha hecho público.

–Prefiero hacer las cosas así, no me gusta publicitarlo –le dijo–. Además, a los niños les da igual quién sea yo. Eso es al menos lo que me dicen los chicos con los que trabajo.

Frunció el ceño, había conseguido sorprenderla.

–¿Trabajas con ellos? ¿Cómo?

–Bueno, hay distintos programas y actividades disponibles –le explicó Spencer–. Trato de enseñarles las mínimas habilidades que necesitamos todos para sobrevivir y también intento potenciar su

confianza para que mejore su autoestima. También hay actividades deportivas, artísticas… Ese tipo de cosas. Incluso los niños procedentes de familias ricas pueden perder un poco el norte, sentirse desplazados por algún motivo y tener problemas de conducta. Mi organización tiene por objetivo atajar esos tipos de comportamiento de raíz, dirigiendo toda esa energía negativa hacia algo positivo.

Se preguntó qué le habría pasado a Spencer durante su infancia para que quisiera ayudar a esos niños. Él había crecido en una buena familia que era además aparentemente estable, a diferencia de la familia de sus primos. Al menos su madre, Emily, y su padre, Michael, habían permanecido juntos mientras criaban a sus tres hijos. Ben y James, los hermanos de Spencer, habían sentado la cabeza hacía muy poco tiempo.

De hecho, Ben se había casado con Olivia, su hermana pequeña, y James, con la princesa Leila de Surhaadi. El único que aún no había comenzado su propia familia era Spencer.

Se preguntó qué querría para su vida, si sería realmente feliz revoloteando continuamente, pasando de una mujer a otra y evitando siempre el compromiso. O quizás fuera parecido a ella y prefiriera trabajar incansablemente, movido por la obligación de triunfar en el plano profesional.

–Muy bien, he pensado que no estaría mal organizar una subasta para recaudar más fondos –le dijo ella–. Podríamos ofrecer artículos de lujo y alguna obra de arte. ¿Qué te parece?

Spencer dejó de leer su propuesta y levantó la vista. La miró como si hubiera olvidado que estaba allí.

–Bien, me parece bien.

–¿Qué pasa? –le preguntó ella frunciendo–. ¿Estás preocupado por lo de Londres? ¿Vas a tener que ir?

Spencer le dedicó media sonrisa.

–Eso te encantaría, ¿verdad? Me pregunto cómo aprovecharías mi ausencia y qué fechorías se te ocurrirían para boicotear mi trabajo.

–Te aseguro que no esperaría a que te fueras para hacerlo. Si quisiera hacer algo, lo haría en tu cara.

–Sí, me imagino que sí –repuso Spencer riendo–. ¿Tienes planes para cenar?

Parpadeó al oír su pregunta. La había sorprendido por completo.

–¿Cómo?

–Podríamos hablar de la fiesta mientras cenamos.

–Lo siento, pero tengo una cita –repuso ella levantando la cara.

–¿Con quién?

–No lo conoces.

–¿A qué se dedica?

Levantó atónita las cejas.

–¿Quieres que te envíe una copia de su currículo? ¿Necesitas también su certificado de nacimiento, la medida de su cintura, su número de calzado…?

–¿Cuánto tiempo llevas con él?

–Mi vida privada no es de tu incumbencia.

–Pero ¿se trata de algo serio?

–¿No me has oído? –insistió ella.

–No olvides lo del fin de semana próximo.

–No voy a ir a ningún sitio contigo.

–Puedes llevar a tu amante si quieres –le dijo–. ¿O crees que no le gustaría tener que compartirte conmigo?

Se giró y fue hacia la puerta. No tenía por qué soportar sus preguntas.

–No voy a seguir hablando de eso.

–De acuerdo. Pero, si las cosas no funcionan con él, dímelo.

Se dio la vuelta para mirarlo con desprecio.

–¿De verdad crees que dejaría que me usaras de nuevo? –le preguntó enfadada.

Vio algo en sus ojos que le dejó claro hasta qué punto le afectaban sus palabras, pero logró recuperarse rápidamente.

–Bueno, podríamos usarnos el uno al otro –repuso él–. Librarnos de la insoportable tensión sexual que hay entre los dos.

Se obligó a sostenerle la mirada y a fingir más calma de la que sentía.

–No sé de qué me estás hablando.

Spencer se rio.

–Claro que sí, sé que lo recuerdas, ¿verdad, cariño? Por eso te ruborizas cuando te miro con intención, porque recuerdas perfectamente cómo era tenerme dentro de ti, llenándote por completo mientras tú te movías y gritabas…

–¡Basta! –exclamó ella tapándose los oídos con las manos–. ¡Ya basta, maldita sea!

Spencer se acercó a ella, le bajó las manos y rodeó sus muñecas mientras la miraba con fuego en sus ojos, podía sentir su calor por todo el cuerpo. El deseo despertó dentro de ella, sus palabras habían conseguido incendiar todo su ser, desencadenando una necesidad casi primitiva en ella. Podía sentir la dura pared de su torso contra los pechos, apenas podía soportar tenerlo tan cerca, era una tentación difícil de resistir. Tanto que dejó de lado su orgullo, se puso de puntillas y sus bocas se unieron.

Sintió una especie de explosión dentro de su cuerpo en cuanto sus labios se tocaron, se le doblaron las rodillas cuando notó la lengua de Spencer explorando su boca.

Le soltó las muñecas para agarrarse a sus caderas y la sostenía con

tanta fuerza contra su pelvis que pudo sentir lo excitado que estaba. Notarlo no hizo sino acrecentar aún más su deseo, hasta tal punto que solo podía pensar en tenerlo dentro de ella.

La dominaba por completo esa necesidad, era un dolor insoportable que iba en aumento con cada segundo que pasaba, con cada caricia de esa lengua que estaba consiguiendo conquistarla.

Llevó las manos a la parte delantera de su camisa, aferrándose a ella con sus uñas y atrayéndolo más aún contra ella mientras su boca seguía explorando los placeres sensuales que ese hombre le ofrecía. Sabía a café, a menta y a un sabor que no reconocía, pero que identificaba con él. Su boca lo recordaba, era como probar de nuevo su vino favorito y dejar que la embriagara. Se sentía como una esclava indefensa, era completamente adicta a ese hombre. Spencer era la droga más potente que había probado en su vida. Le había bastado con besarlo para sentirse tan atada a él como lo había estado en el pasado. Sabía que no podría cansarse nunca de besarlo, de devorar esos labios como si estuviera frente al banquete más delicioso del mundo. Sus lenguas jugaron al gato y al ratón, seduciéndose mutuamente sin que hiciera falta nada más.

Spencer abandonó sus caderas para subir lentamente las manos por su torso. Se estremeció cuando rozó con suavidad sus pechos. Fue una caricia muy ligera, era casi como si estuviera tratando de calibrar cómo iba a reaccionar ella, pero Isabelle la sintió como si acabara de marcar a fuego su piel. Sus pechos respondieron hinchándose bajo su ropa y sintió que se contraían sus pezones, luchando por librarse de la jaula en la que se había convertido su sujetador.

Metió los dedos entre los huecos de los botones de su camisa y ni siquiera se inmutó cuando dos de ellos se descosieron y cayeron al suelo. Fue increíble tocar de nuevo su torso duro y caliente y acariciar esa fina capa de vello. No pudo evitar estremecerse. Le temblaba todo el cuerpo. El deseo que sentía por ese hombre era cada vez más difícil de contener.

Spencer enterró los dedos en su cabello mientras besaba y mordisqueaba suavemente sus labios. No pudo evitar gemir de placer. Era increíble volver a vivir todas esas sensaciones. Spencer siempre había sabido lo duro o suave que podía ser con ella en cada momento, jugando con ese delicado equilibrio entre el placer y el dolor. Le daba la impresión de que la conocía mejor que nadie, que hacía que ella respondiera como un instrumento musical entre las manos de un gran maestro. Era como si intuyera de alguna forma lo que quería, lo que necesitaba en cada momento, cosas que ni siquiera ella podría haber reconocido. Creía que eso era lo que más le preocupaba de tener a ese hombre de nuevo en su vida. Spencer la conocía y estaba segura de que no había olvidado a la desenfrenada y apasionada joven que había

sido en el pasado. Después de su ruptura, había luchado para controlar esa parte de sí misma y enjaularla como si se tratara de un animal salvaje al que no convenía dejar suelto. Pero Spencer acababa de abrir la cerradura de esa jaula y ninguno de los dos sabía lo que podría llegar a pasar…

–Ya te dije que esto podía ser muy peligroso –susurró Spencer contra sus labios–. ¿Lo hacemos aquí o subimos a tu suite?

Isabelle se quedó helada al oír sus palabras. Era como si acabara de leerle el pensamiento y eso le dio mucho miedo. No entendía lo que le estaba pasando, por qué había dejado que ese hombre volviera a seducirla. Estaba furiosa consigo misma al ver que no había aprendido la lección, sino que había vuelto a caer en su trampa.

Pero se dio cuenta de que aún podía ganarle esa partida. Respiró profundamente y se obligó a relajarse entre sus brazos, apoyándose de nuevo contra su cuerpo excitado. Llegó incluso a frotar su pelvis contra la de él mientras lo besaba de nuevo.

–Dame media hora –le dijo ella seductoramente–. Iré a tu suite. Si nos quedáramos aquí, alguien podría interrumpirnos.

Había tanto deseo en sus ojos que se quedó sin aliento.

–Mejor una hora. Te merecerá la pena esperar un poco más, te lo garantizo.

Capítulo 4

ISABELLE se puso un vestido negro bastante conservador y se envolvió los hombros con un chal de seda roja. Había quedado en el bar del Harrington con un hombre al que había conocido gracias a la web de citas. Creía que era buena idea quedar con ese desconocido en un lugar público y, además, así tenía la oportunidad y enviarle a Spencer un mensaje muy claro. No estaba dispuesta a que ese hombre pensara que podía tenerla cuando quisiera. En cuanto a su deseo, estaba decidida a ignorar la atracción que sentía por él. Sabía que iba a ser muy complicado, pero tenía que hacerlo.

No vio al hombre con el que había quedado cuando entró en el bar, así que se sentó en uno de los cómodos sillones que había en la zona más privada del establecimiento y pidió un cóctel de champán.

Le llevó su bebida Carlos, uno de los camareros.

–Buenas noches, señorita Harrington –le dijo mientras miraba el sillón vacío frente a ella–. ¿Quiere pedir ya una bebida para el señor Chatsfield o espero a que llegue?

Frunció el ceño.

–No he quedado con el señor Chatsfield, sino con un… Con un amigo.

–Perdone –repuso Carlos algo nervioso–. ¡Ah, mire! Ahí está él y viene con alguien.

Se giró hacia la puerta para ver a qué se refería el camarero y se quedó boquiabierta al ver a Spencer entrando en el bar con una rubia impresionante colgada de su brazo. La chica parecía muy joven, casi una adolescente. Era muy delgada y tenía unas piernas larguísimas y bronceadas. Llevaba un vestido muy corto y ceñido y vio que movía exageradamente las caderas con cada paso que daba.

No podía creer lo que veía, pero estaba dispuesta a seguirle el juego. Le bastaba con esperar a que llegara el hombre con el que había quedado esa noche. Cruzó las piernas, tomó un sorbo de su cóctel y esperó.

Y siguió esperando.

No podía evitar mirar de vez en cuando hacia donde estaba Spencer Chatsfield. Parecían estar conversando muy animadamente. Él parecía tan absorto que ni siquiera había mirado en su dirección. Se sentía invisible. Spencer solo tenía ojos para la bella diosa con cuerpo de modelo que tenía frente a él.

Suspiró cansada y sacó su móvil para mirar sus correos electrónicos, leer algunos mensajes de Twitter y hacer comentarios en las páginas de Facebook de sus amigos.

Después de un buen rato, por fin vio que tenía un nuevo mensaje de texto y supuso que sería del tipo al que estaba esperando. Se imaginó que estaría atrapado en un atasco de tráfico o algo así.

Se quedó sin aliento al leer el mensaje.

Spencer: ¿Te han dejado plantada?

Levantó la vista y lo fulminó con la mirada. Él sonrió y la saludó levantando la mano. Después, volvió a concentrarse en su bella acompañante. Apretó furiosa los dientes y se le revolvió el estómago al ver que la chica acariciaba los labios de Spencer con el dedo. No podía creer que ella hubiera estado besando esos mismos labios hacía solo una hora.

Sonó de nuevo su móvil. Esa vez, era un mensaje del hombre con el que había quedado y le decía que no iba a acudir a la cita, que había cambiado de opinión. No sabía si sentirse aliviada o decepcionada. Pero lo peor de todo era tener que seguir allí sentada mientras Spencer coqueteaba con esa chica. La otra opción que tenía era irse de allí, pero no quería que Spencer supiera que, tal y como había adivinado, la habían dejado plantada.

Antes de que pudiera decidir lo que iba a hacer, llegó Carlos con otro cóctel.

–De parte del señor Chatsfield.

Le habría encantado pedirle al camarero que se lo tirara a Spencer a la cara, pero no podía hacerlo. Sonrió educadamente y le pidió a Carlos que le diera las gracias de su parte.

Se bebió el cóctel algo más deprisa de lo que debía. El alcohol se le subió enseguida a la cabeza, pero no tardó en sentirse mejor y más relajada. Decidió que, aunque la acabaran de dejar plantada, aún podía divertirse e incluso ligar con alguien. Quería demostrarle a Spencer que él no era el único que podía salir con quien quisiera. Después de todo, había un montón de hombres atractivos en ese bar y algunos estaban bebiendo solos. Se fijó en uno que la observaba desde el otro lado del establecimiento. No era tan guapo ni tan alto como Spencer, pero tenía una sonrisa muy agradable.

Un par de minutos más tarde, se acercó hasta la mesa donde estaba ella.

–Hola –le dijo el hombre–. Te he visto sentada aquí sola y he pensado que a lo mejor no te importaría tener compañía. ¿Te apetece beber algo más?

–Por supuesto –repuso Isabelle devolviéndole la sonrisa–. Creo que me tomaré otro cóctel de champán, muchas gracias.

–No, no lo hará –dijo de repente Spencer apareciendo junto a su

sillón–. Cariño, ¿de verdad crees que te conviene beber alcohol en tu estado?

El otro hombre dio un paso atrás como si acabaran de darle una bofetada y vio que se sonrojaba.

–No…No tenía ni idea de que estuvieran juntos –se disculpó rápidamente.

–Es que no… –comenzó ella fuera de sí.

–Es que no se lo queremos contar a nadie hasta que sea oficial –la interrumpió Spencer.

–Lo entiendo. Bueno, felicidades –repuso el otro hombre sin poder ocultar su sorpresa y mirando a Spencer como si le intimidara su imponente presencia–. Lo siento mucho. La vi sentada aquí sola y pensé…

–No pasa nada –respondió Spencer mostrando su lado más encantador–. La culpa es mía, no debería haberla dejado sola. Siempre hace alguna fechoría en cuanto me doy la espalda, ¿verdad, cariño?

–Bueno, eso es lo que te gusta de mí, ¿no es así, osito mío? –replicó Isabelle con una falsa sonrisa con la que trataba de ocultar cómo se sentía en realidad–. Nunca sabes qué esperar de mí, siempre te sorprendo.

Le parecía increíble que Spencer pudiera bromear sobre algo tan serio. Sabía que él no podía entender el dolor que le estaba causando, pero eso no evitaba que lo odiara de todos modos.

Sus palabras había conseguido que el sufrimiento se extendiera hasta ese pozo profundo que tenía muy dentro de ella, un lugar donde trataba de mantener escondido lo que le había pasado para tratar de no pensar en esa gran pérdida, en su sentimiento de culpa, en tantas esperanzas que habían terminado destrozadas. Todo ese peso caía sobre su corazón, oprimiéndolo tanto que le costaba respirar. Sabía que debía controlarse, que tenía que mantener a raya esas emociones que amenazaban con salir al exterior. Lo último que necesitaba era derrumbarse delante de Spencer, eso tenía que evitarlo por todos los medios. No quería que él se creyera con el poder suficiente como para destruirla y hacerla llorar.

El otro hombre volvió a disculparse entre dientes y se apartó rápidamente de ellos. En cuanto se quedaron solos, Spencer dejó de sonreír para mirarla frunciendo el ceño.

–¿Qué se supone que estabas haciendo? –le preguntó irritado.

Ella lo fulminó con la mirada, no podía creer que se atreviera a hablarle de esa manera.

–¿Te has vuelto loco? Le has dicho a ese tipo que estoy… –comenzó ella con más dificultad de la que había previsto–. Que estoy embarazada.

–Yo no he pronunciado esa palabra –se defendió él.

Tenía un nudo en la garganta que hacía que le doliera hablar, pero no podía quedarse callada, no cuando Spencer le estaba produciendo tanta amargura y dolor. Apenas podía respirar.

–No te hagas el tonto, eso es precisamente lo que le has dado a entender. ¿Y si se lo dice a alguien? A lo mejor sabe quiénes somos. Si es así, no tardaremos mucho en leerlo en las redes sociales y en los medios de comunicación.

–¿Desde cuándo te dedicas a ligar con desconocidos en los bares? –le preguntó Spencer ignorando lo que ella acababa de decirle.

–¿Y tú? ¿Cómo te atreves a hablarme así cuando te acompaña una chica a la que parece que has conocido en una fiesta del instituto?

Spencer le dedicó una gélida mirada.

–Muy divertido –murmuró.

–¿Quién es esa mujer? –le preguntó ella sin poder contener su curiosidad.

–Nadie especial.

Resopló a oírlo.

–Para ti no hay nadie especial, ¿verdad? Te acuestas con ellas y las dejas cuando te conviene.

Spencer agarró con firmeza su mano.

–Vámonos de aquí, el personal nos está mirando.

Trató de zafarse de él, pero la sostenía con tanta firmeza que no pudo hacerlo. Ella tampoco quería montar una escena en el bar del hotel, así que no le quedó más remedio que salir con él. Respiró profundamente y trató de fingir calma, como si no pasara nada, mientras Spencer la llevaba hasta su despacho. Cuando llegaron, abrió la puerta, dejó que pasara antes que él y cerró dando un portazo.

–¿No me habías dicho que tenías novio?

–Había quedado con alguien, pero al final no ha podido venir. Así que decidí seguir tu ejemplo y ver qué tendría el destino previsto para mí esta noche –repuso ella levantando desafiante la cara.

Sus ojos eran tan oscuros que apenas podía distinguir sus pupilas.

–¿Con quién habías quedado?

Apretó los labios y se cruzó de brazos. No le respondió. No le importaba discutir con él. La ira era un sentimiento con el que podía lidiar. La tristeza y el dolor, en cambio, eran insoportables.

Spencer se acercó a ella y agarró la parte superior de sus brazos.

–Dímelo –le exigió de mal humor.

No le estaba haciendo daño, pero no le gustaba que la tocara, era más de lo que podía aguantar en esos momentos.

–Me estás haciendo daño –le dijo ella haciendo una mueca de dolor.

Spencer apretó con menos fuerza sus brazos, pero no la soltó. Le clavó los ojos. Parecía muy enfadado.

–Dime la verdad, no tienes novio, ¿verdad?

Sintió que se ruborizaba, no quería tener que admitir la verdad, que estaba soltera y sin compromiso, que no tenía a nadie en su vida que la deseara.

–Eso no es asunto tuyo.

Spencer había comenzado a mover los dedos sobre sus brazos, masajeándolos con los pulgares, acariciando la piel cercana a sus axilas, una zona muy sensible de su cuerpo. Hasta ese momento, había olvidado por completo lo sensible que era.

–He decidido que sí lo es –repuso él.

–¿Por qué?

–Porque no voy a quedarme mirando mientras tú te lías con alguien solo para demostrarme lo que sea que me quieres demostrar –le dijo él–. Si quieres estar con alguien, preferiría que estuvieras conmigo, no con un desconocido.

–¿Tan desesperada crees que estoy?

–No –respondió Spencer mientras la acercaba contra su cuerpo–. No creo que estés desesperada, pero yo sí lo estoy.

Fue un beso caliente y apasionado desde el principio. Un beso lleno de deseo, hambre y frustración, quizás hubiera también un poco de rabia en la manera en la que la estaba besando, pero no pensaba luchar contra él para tratar de apartarse, ni siquiera se le pasó por la cabeza. Creía que ella podía hacer algo así, podía acostarse con él sin que tuviera que significar nada más. Sabía que eso era exactamente lo que le faltaba en la vida. Llevaba una existencia carente de pasión, de aventuras, de emoción y placer.

Estaba dispuesta a llegar con él hasta el final, pero esa vez iba a ser ella la que dictara cómo y cuándo.

Se sentía tan hambrienta y desesperada como parecía estarlo él. No se cansaba de besarlo, saboreándolo como si estuviera bebiendo un elixir prohibido. Y su mente y sus sentidos se vieron completamente ebrios de placer cuando él profundizó en el beso, abriéndose paso con su lengua, dejándole claro que lo dominaba ese mismo deseo al rojo vivo que podía sentir dentro de ella.

Se estremeció al sentir su áspera mandíbula contra la cara, era increíble volver a estar así con él, volver a sentir tantas cosas. Se entregó a él, aceptando también lo que Spencer le ofrecía, tentándolo y jugando con las armas que tenía en su poder.

Spencer gimió, fue un sonido que salió de muy dentro de su ser y que le hizo temblar de nuevo. Le encantaba ese sonido, lo había imaginado y recordado infinidad de veces durante los últimos diez años. Le estremecía ser consciente de la necesidad que también lo dominaba a él, ver que ella no era la única que ansiaba unirse a ese hombre y tratar así de apagar el fuego que los consumía. Sus cuerpos encajaban como dos piezas de un complicado puzle. Era pura magia,

como si estuvieran siguiendo los pasos de una compleja coreografía que los dos conocieran de manera intuitiva.

Spencer acarició su pelo. No parecía cansarse de besarla y, mientras sus lenguas se batían en un erótico duelo, cada vez estaba más excitada y se sentía además más valiente y descarada. Lo besó con la misma pasión con la que lo hacía él, profundizando en el beso, lamiendo sus labios, mordisqueándolos y recordándole de todas las formas posibles cómo era ella, una mujer con fuego y pasión ardiendo dentro de ella, con un río de lava fundida recorriendo su cuerpo.

Llevó sus manos a la cabeza de Spencer, sujetándolo mientras lo besaba y dejando que los dedos se perdieran en su fuerte cabello. Él gimió de nuevo y la apretó contra su cuerpo para tenerla aún más cerca. Era increíble sentir la dureza de ese hombre contra sus suaves curvas, ver que compartían el mismo deseo, la misma necesidad.

Se estremeció cuando Spencer le bajó con destreza la cremallera que tenía el vestido en la parte de atrás. Pocos segundos después, la prenda cayó al suelo y se quedó solo con su sujetador, sus braguitas y los zapatos de tacón. Le pareció increíblemente sexy y erótico estar en ropa interior en el despacho de Spencer.

Sin poder aguantar más, le bajó la cremallera de los pantalones y Spencer gimió de nuevo y maldijo entre dientes cuando sus dedos rodearon su imponente erección. También había echado de menos esos sonidos, era muy excitante ver que estaba haciéndole perder el control. Ningún otro hombre había hecho que se sintiera tan deseable y no podía terminar de creerse lo que estaba pasando, verse de nuevo en esa situación, acariciándolo de esa manera, sintiendo la cálida firmeza de su piel, los latidos de su sangre en esa parte de su anatomía. Era muy evidente la necesidad que tenía de estar dentro de ella y su propio cuerpo respondió con la misma intensidad, haciéndose eco con un intenso y placentero dolor entre sus muslos.

Nadie había conseguido excitarla tanto como ese hombre. Nadie había hecho que la dominara esa necesidad frenética que parecía consumirla por completo. No podía pensar en otra cosa que no fuera tenerlo dentro de ella, sintiéndolo profundamente en su interior.

Spencer bajó las manos y acarició levemente sus pechos. Después, le desenganchó el sujetador y dejó de besar su boca para trazar un camino húmedo y caliente hacia su pecho, pero ella no tenía paciencia para esperar, no quería que perdiera el tiempo con sus pechos. Empujó su pelvis contra la de él, instándole entre gemidos para que hiciera lo que los dos deseaban.

Él se separó unos centímetros para mirarla a los ojos.

–Tienes mucha prisa, ¿no?

Isabelle le dedicó su mirada más sensual.

–Bueno, creo que sé lo que quieres. Hacerme tuya sobre tu gran

escritorio para celebrar que eres el nuevo director general, ¿no es así?

Le pareció que algo cambiaba en su mirada y dejó de agarrarla con la fuerza con la que lo había estado haciendo.

–Creo que este no es el momento más adecuado para hacer esto –le dijo él.

Levantó sorprendida las cejas, negándose a reconocer lo mucho que le decepcionaban sus palabras.

–¿No me dijiste que esto nos vendría bien a los dos para acabar con la tensión sexual?

Spencer apretó los labios como si estuviera tratando de decidir cómo debía contestarle. Después, apartó las manos de su cintura, dio un paso atrás y se subió la cremallera del pantalón. No podía creerlo.

–Creo que esto no es buena idea –repuso Spencer mientras se pasaba una mano por el pelo.

Isabelle se sentó en la mesa, cruzó sus piernas y colocó los brazos detrás de ella, apoyándose en ellos como si estuviera posando, como si fuera una prostituta que estuviera allí para darle servicio.

–Ven aquí, soy toda tuya –le susurró ella.

Spencer apretó con firmeza los labios y vio que le temblaba un músculo en la mandíbula.

–Vístete –le pidió.

–Tú me quitaste la ropa –repuso ella levantando desafiante la cara–. Tendrás que ponérmela tú.

Vio que apretaba y aflojaba repetidamente las manos formando puños. Después, se las metió en los bolsillos del pantalón. Le dio la impresión de que era contra él mismo con quien estaba peleando, no contra ella. Podía verlo en cómo apretaba la mandíbula, en la fina línea de su boca y en sus tensos hombros.

–No voy a seguirte el juego, Isabelle.

Estaba decidida a ganarle esa batalla, quería que Spencer admitiera que la deseaba. Si no con palabras, al menos con hechos. Creía que era la mejor manera de devolverle la jugada, demostrándole que podía acostarse con él sin sentir nada más, sin emoción ni intimidad, solo para satisfacer una necesidad tan primaria como el comer. Estaba dispuesta a cualquier cosa para conseguirlo y se sintió más imprudente y atrevida que nunca. Era como si una parte de su personalidad, que siempre había mantenido oculta, acabara de salir al exterior para jugar con él.

Descruzó las piernas y las separó descaradamente sin dejar de mirarlo a los ojos. Enganchó el pulgar en una de las finas tiras que tenían sus braguitas en las caderas y la bajó un par de centímetros para que Spencer pudiera ver lo que se estaba perdiendo.

–Vamos, Spencer –le dijo en voz baja–. Me deseas y lo sabes.

Siempre había sido un hombre que había presumido de su fortaleza

y su capacidad de autocontrol, pero vio que estaba consiguiendo agrietar su voluntad. Ver que tenía tanto poder sobre él era casi tan excitante como la pasión que los había dominado hacía solo unos minutos.

–No –replicó él sin mover un músculo.

Isabelle bajó un poco más sus braguitas.

–¿Estás seguro de eso? No sabes lo húmeda y caliente que estoy… Y es todo por ti. ¿No quieres tocarme y comprobarlo por ti mismo?

Notó que estaba conteniendo el aliento, pero no se movió, siguió a un par de metros de ella. Cada músculo de su cuerpo estaba en tensión, era como una estatua de mármol. Solo había vida en sus ojos, que brillaban peligrosamente mientras la miraban.

–No te rebajes de esa manera, Isabelle.

Se echó a reír amargamente al oírlo.

–No, claro. Crees que solo tú puedes rebajarme, ¿no?

–¿Por qué estás haciendo esto?

Parpadeó inocentemente al oír su pregunta y se inclinó aún más sobre la mesa.

–¿Por qué estoy haciendo el qué?

Spencer maldijo entre dientes y se acercó a la hilera de ventanas desde las que se veía gran parte de Nueva York. Su espalda estaba tan tensa que podía ver cada uno de sus músculos bajo la fina tela de algodón de su camisa. Levantó las manos a la altura de sus hombros y las apoyó en los cristales, con la cabeza colgando entre sus brazos.

–Vete de aquí –le ordenó.

–Ya te dije antes que no voy a dejar que me des órdenes.

Sus manos presionaban con tanta fuerza el cristal que le pareció un milagro que no lo hubiera roto ya.

–Te lo advierto, Isabelle –le dijo con tanta dureza que no pudo evitar estremecerse–. Vete antes de que este juego se vuelva contra ti.

Le estaba excitando más de lo que podría haber imaginado la guerra de voluntades que estaban teniendo y sabía que Spencer la deseaba tanto como ella a él. Pero, como le pasaba también a ella, no quería dar su brazo a torcer ni mostrar debilidad.

Se bajó de la mesa y se acercó a él. Era como acercarse a un tigre metido en una jaula de papel. Sabía que era peligroso y temerario, que en cualquier momento podía saltar sobre ella, pero no podía dejar pasar la ocasión de empujarlo aún más para que perdiera el control.

Le pasó un dedo por la columna, desde la base de su cuello hasta la parte baja de la espalda. Sonrió al sentir que se estremecía. Se apretó entonces contra él, dejando que sus pechos presionaran su espalda.

–¿Seguro que quieres que me vaya? –le preguntó en un susurro.

Oyó que inhalaba profundamente y se giraba hacia ella. Agarró con una mano su pelo mientras le llevaba la otra a la cadera, clavándole

casi dolorosamente los dedos en la carne. Sus ojos azules parecían casi negros y seguían cargados de deseo, pero había una sonrisa cínica en su boca. Un gesto que contradecía todo lo que su cuerpo le estaba diciendo.

–¿Acaso crees que no puedo resistirme?

Isabelle se acercó aún más a él, frotando la pelvis sin pudor contra su erección.

–Estoy segura de que, si me pusiera ahora mismo de rodillas, podría hacer que te deshicieras en mi boca en cuestión de segundos.

Sus ojos chocaron con los de ella y libraron su propia batalla durante un buen rato.

Podía sentir lo excitado que estaba. Su atrevida promesa había conseguido despertar en él algo muy primitivo y peligroso. Había mucha tensión en el aire, apenas podía respirar. El ambiente era casi eléctrico, lleno de una energía sexual que tenía que salir por algún lado.

Isabelle bajó la mirada para fijarse en la boca de Spencer mientras se pasaba la lengua por sus propios labios para hacerlos aún más tentadores.

–¿Qué te parece? ¿Quieres terminar en mi boca o sobre mis pechos?

Spencer la apartó de él con manos temblorosas y apretó con tanta fuerza los labios que perdieron su color. Fue después hasta la puerta y puso la mano en el pomo de la puerta.

–Voy a darte treinta segundos para que te vistas antes de abrir esta puerta –le dijo.

Se dio cuenta de que no tenía nada que hacer, Spencer había ganado esa batalla. No iba a arriesgarse a que alguien del personal la viera allí en ropa interior. Pero sabía que iba a tener otras oportunidades.

Se encogió de hombros como si no le importara nada y se inclinó para recoger su vestido. Se lo puso sin dejar de mirarlo y se subió ella misma la cremallera. Lo hizo todo muy lentamente, como una especie de striptease al revés, deteniéndose en cada movimiento.

Tomó después su chal y se lo puso sobre los hombros mientras iba hacia la puerta que Spencer estaba a punto de abrir. Se detuvo cuando llegó frente a él y lo miró a los ojos.

–Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme –le susurró con sensualidad.

Spencer la fulminó con la mirada. Había mucha dureza en sus ojos.

–¿Es esto lo que haces ahora? ¿Vas sola a los bares para ligar con cualquiera? –le preguntó él.

–Vaya… Qué comentario tan hipócrita. Está bien si lo haces tú, pero yo no puedo, ¿verdad?

Spencer abrió la puerta y dio un paso atrás para que ella pudiera

pasar. Su cuerpo seguía muy tenso, pero podía sentir el deseo palpitando tras su máscara de indiferencia. Lo sintió al pasar a su lado, era como una intensa fuente de calor que reconocía su propio cuerpo de manera casi instintiva. Sabía que solo él podía satisfacer su deseo.

Se volvió justo antes de salir.

–En cuanto a ese fin de semana del que me hablaste…

–¿Qué? –replicó él cortante.

–Tenías razón –le dijo ella sonriendo seductoramente–. Lo mejor es que compartamos habitación para ahorrar dinero. ¿Vas a hacer tú mismo la reserva o me encargo yo?

Spencer frunció el ceño.

–No vas a ganar, Isabelle.

Le pasó un dedo sobre su impresionante erección.

–Creo que los dos sabemos que acabo de hacerlo –le dijo ella.

Capítulo 5

SPENCER cerró la puerta con un fuerte golpe. No estaba dispuesto a seguirle el juego. Quería acostarse con Isabelle, pero iba a ser él quien decidiera cómo y cuándo, no ella. No le había gustado ver que jugaba con él de esa manera, desafiándolo y tentándolo como si estuviera empeñada en probar algo.

No había conseguido engañarlo esa tarde, cuando ella le había prometido que iba a subir a su suite. Había estado seguro de que no iba a aparecer, por eso había entrado en el bar con esa joven rubia del brazo, para demostrarle a Isabelle que no iba a dejar que lo manipulara.

Pero lo que acababa de pasar había sido muy diferente. Se le había ofrecido como lo habría hecho una prostituta y él había estado a punto de rendirse. Nunca había estado tan tentado ni se había sentido tan cerca de perder por completo el control. Cuando Isabelle lo había tentado con palabras tan provocativas, había estado a punto de perder por completo la cabeza y dejarse llevar. Poco le había faltado para ir hasta esa mesa y hacerla suya. Se pasó una mano aún temblorosa por el pelo. Sabía que iba a pensar en ella cada vez que viera esa mesa. Su cuerpo seguía dominado por el intenso deseo que sentía por esa mujer.

No entendía por qué Isabelle estaría empeñada en hacerle perder el control, no sabía qué querría probar de esa manera. Quizás quisiera que reconociese que la deseaba más que ella a él. Pero estaba seguro de que la atracción era mutua. Podía verlo en ella cada vez que la miraba, podía sentir la intensa tensión eléctrica que había en el aire y también en su propio cuerpo cuando ella lo tocaba. También estaba presente en sus ojos, en la forma en que sus pupilas se dilataban cuando lo miraba y en la manera en la ella miraba su boca como si estuviera pidiéndole que la besara de nuevo.

Comenzó a dar vueltas por el despacho, se sentía como un león enjaulado y se preguntó si ella estaría haciendo todo eso a propósito para distraerlo. Sabía que lo odiaba por haberse hecho con las acciones del hotel y pensó que quizás estuviera tratando de manipularlo para que fracasara en su nuevo puesto. Tenía que reconocer que Isabelle ya había sido para él una gran distracción en el pasado y las cosas no habían hecho sino empeorar porque tenía mucho en juego en ese momento de su vida. Creía que no podía permitirse tener una aventura con ella cuando estaba recibiendo

presiones de todas partes.

Pero también pensaba que, si no aceptaba lo que Isabelle le estaba ofreciendo, otro hombre lo haría. Y la mera idea lo sacaba de quicio. No podía quedarse quieto mientras ella se ofrecía de esa manera al primer hombre que se cruzara en su camino. Se preguntó si llevaría mucho tiempo actuando de esa manera. A él le había sorprendido mucho. Era conocida en el mundo corporativo por su profesionalismo y seriedad, no podía creer que bajara al bar del Harrington para coquetear con el primer hombre que entrara por la puerta. Sabía que le importaba mucho el hotel y no entendía por qué estaría haciendo algo así.

No le cabía en la cabeza. Tenía la sensación de que algo no encajaba, había visto a veces un odio en sus ojos que solo podía surgir de un dolor muy profundo. Algo le decía que no estaba así con él solo por la adquisición del hotel.

Sonrió y tomó una decisión. Creía que había llegado el momento de ponerla a prueba porque sabía que la tentadora invitación de Isabelle había sido solo un farol.

Isabelle estaba celebrando con champán que acababa de ganarle la partida a Spencer.

–Deberías haberle visto, Atticus –le dijo a su gato–. Estaba tan excitado que podría haberlo tenido comiendo de la palma de mi mano –añadió apurando la copa y sirviéndose otra.

Una voz en su cabeza le advirtió que estaba bebiendo demasiado, pero la ignoró.

–Cree que es más fuerte que yo y puede controlarse, pero…

Alguien llamó de repente a la puerta.

–Debe de ser el servicio de habitaciones –susurró mirando el reloj mientras iba a abrir–. Qué rápidos son, si acabo de…

Se quedó sin habla al ver quién era. Spencer miró la copa que llevaba en la mano y después, la miró a ella.

–¿Qué estamos celebrando?

–¿Qué estás haciendo aquí? –repuso ella.

Spencer levantó una de sus cejas mientras le dedicaba media sonrisa.

–Tú me invitaste, ¿No lo recuerdas?

Se mordió el labio inferior. Atticus estaba tumbado en el sofá. El alcohol había nublado su mente y se le había olvidado meterlo en su dormitorio antes de abrir la puerta. Solo unos pocos empleados sabían que lo tenía. Sabía que, si Spencer se enteraba, querría que se deshiciera de él. Era el tipo de cosa que estaría dispuesto a hacer solo para castigarla.

–Ahora mismo estoy ocupada –le dijo ella apoyándose en la puerta para no abrirla del todo.

Pero Spencer ya había metido un pie dentro de la suite para evitar que pudiera cerrarla.

–¿Demasiado ocupada para hablar conmigo?

Se dio cuenta de que no iba a poder cerrar la puerta si Spencer no quería que lo hiciera. Y ese no era el único problema. Le costaba reconocerlo, pero la verdad era que no deseaba impedir que entrara. Y, cuando pensaba en tener a Spencer dentro, no se refería solo a la suite. Le bastaba con verlo para que el deseo que sentía por él despertara de nuevo, extendiéndose por todo su cuerpo. Era una fuerza sobre la que no tenía control alguno, estaba completamente a su merced.

–No estoy de humor para hablar.

–Me alegro porque, en realidad, yo tampoco quería hablar.

Un escalofrío de deseo la atravesó de arriba abajo al ver cómo la miraba. Aunque cada célula de su ser quería estar entre sus brazos, se dio cuenta de que tenía que deshacerse de él.

–Ahora mismo ni puedes entrar –le dijo ella.

–¿Por qué? ¿Hay alguien en la habitación?

–Sí –repuso ella desafiante.

–¿Alguien del sexo masculino? –le preguntó Spencer frunciendo el ceño.

–Sí.

–No te creo.

–¿Qué es lo que no crees? ¿Que pudiera encontrar a otro hombre tan rápidamente?

Spencer la fulminó con la mirada.

–Abre la puerta.

–Hace media hora me echaste de tu despacho y ¿ahora quieres que te deje entrar? Lo siento, pero la invitación ya no sigue en pie.

Oyó de repente un suave golpe y supo que Atticus acababa de saltar del sofá al suelo. Aunque había una espesa moqueta en la suite, el sonido no se le pasó por alto a ninguno de los dos.

–¿Qué ha sido eso? –le preguntó Spencer mirando por encima de su hombro.

–Nada –repuso ella con el corazón a mil por hora y rezando para que Spencer se fuera antes de que apareciera Atticus–. Por favor, déjame en paz. Tengo… Me duele mucho la cabeza.

–Viendo todo lo que has bebido esta noche, no me sorprende que…

Vio que fruncía el ceño mientras miraba hacia el suelo y notó poco después a Atticus contra sus piernas.

–¿Tienes un gato?

Atticus ronroneó a modo de respuesta.

–Sí, ¿qué pasa? –replicó ella soltando la puerta y tomando a Atticus en sus brazos.

–¡Por el amor de Dios, Isabelle. Esto es un hotel, no un refugio para animales –repuso mientras cerraba la puerta de un portazo–. ¿Qué más tienes escondido en tu suite?

Pensó de repente en la fotografía de la ecografía que tenía escondida entre las páginas de su libro favorito de poesía.

–Nada más –repuso casi sin voz.

–¿Seguro?

–¿Qué tiene de malo que tenga un gato? –le preguntó ella–. No hace daño a nadie. No es como si lo dejara suelto por el hotel. Nunca sale de mi suite.

–Pero los gatos deben vivir al aire libre o tener al menos la posibilidad de salir de vez en cuando.

–No necesariamente –replicó ella–. Algunos prefieren no salir. Por eso son tan buenos como animales de compañía. No como los perros, que hay que pasearlos a menudo.

–No voy a permitir esto –le advirtió Spencer–. Piensa en los problemas de salud que puede acarrear. ¿Qué pasa si un cliente contrae toxoplasmosis o salmonelosis por culpa de tu gato?

Isabelle frunció el ceño mientras acariciaba la cabeza de Atticus.

–Mi gato está muy sano y no tiene ninguna de esas horribles enfermedades.

–Me da igual si está sano o no, tienes que deshacerse de él o…

–¿O qué? –replicó ella levantando con orgullo la cara hacia él.

–O tendré que despedirte.

–No me puedes despedir –le recordó ella–. Liliana dijo que te daba las acciones siempre y cuando yo siguiera siendo la presidenta.

–¿Sabe ella que tienes un gato?

El corazón le dio un vuelco y trató de no mostrar su angustia, pero Spencer no dejaba de mirarla con atención. No quería que viera lo vulnerable que se estaba sintiendo por culpa de su ultimátum. Atticus era todo lo que tenía. Era su compañero y suponía que, en cierto modo, un sustituto del bebé que había perdido, alguien a quien cuidar y dar cariño.

–Te he hecho una pregunta –insistió él con frialdad.

–Muchos hoteles admiten mascotas…

–¡No me importa lo que hagan otros hoteles! –la interrumpió Spencer–. Este no admite mascotas. Ni perros, ni gatos ni nada. ¿Te ha quedado claro?

Isabelle se dio la vuelta para llevar a Atticus de nuevo al sofá. Lo colocó en su cojín favorito y se volvió hacia Spencer, que la había seguido hasta el salón.

–Este es el único hogar que ha conocido –le dijo–. Lo he tenido

conmigo desde que tenía seis semanas de edad. No puedes esperar que me deshaga de él sin más. Es una crueldad que te atrevas siquiera a sugerirlo.

Spencer se quedó mirándola durante unos segundos.

–¿Qué haces con él cuando te vas de vacaciones?

Apretó los labios y apartó la mirada.

–La verdad es que no suelo irme de vacaciones. Prefiero trabajar.

Spencer se acercó a ella y le levantó la barbilla con la punta de los dedos.

–¿Quién más sabe que lo que tienes? –le preguntó mirándola a los ojos.

–Un par de empleados.

Soltó su cara, pero no dejó de mirarla con el ceño fruncido.

–¿Por qué un gato?

–¿No te gustan los gatos? –repuso ella.

–Yo no he dicho eso.

–No, pero me ha quedado bastante claro al ver cómo lo mirabas. Crees que es feo.

Spencer resopló.

–Bueno, la verdad es que tiene el tipo de cara que solo podría gustarle a su madre.

Se mordió el labio al oírlo y se dio de nuevo la vuelta. Esa palabra siempre le dolía como un puñetazo en el estómago. No sabía si había llegado a serlo. Había dado a luz a un bebé muerto, a uno que ni siquiera había llegado a término. No sabía si eso la convertía en madre, pero no podía dejar de pensar en ello. Cada vez que veía a una mujer con un cochecito de bebé, sentía que se le encogía el corazón. Tomó la botella de champán con una mano temblorosa y volvió a llenar su copa.

–¿Quieres tomar algo? –le preguntó ella.

–¿Sueles beberte tú sola botellas enteras de champán?

Isabelle le dirigió una mirada desafiante.

–No estoy sola. Tengo a Atticus.

Spencer suspiró con cansancio.

–Bueno, supongo que me tomaré una copa. Así será una copa menos para ti.

Le sirvió el champán y se lo ofreció.

–No bebo a menudo, si eso es lo que estás pensando –le aclaró ella.

Spencer tomó un sorbo de champán sin dejar de mirarla.

–¿Me vas a explicar a qué venía lo del despacho? ¿Por qué te comportaste como una prostituta?

Se apartó de él y cruzó los brazos sobre su pecho.

–Querías sexo y eso es lo que iba a darte –respondió ella.

–Me dio la impresión de que estabas dispuesta a ofrecerle lo mismo

a cualquiera.

Se quedó en silencio unos segundos tras escuchar sus duras palabras.

–¿Por qué te echaste atrás? –le preguntó ella.

Spencer le sostuvo la mirada durante un momento e hizo una mueca con la boca.

–Créeme, aún me estoy arrepintiendo –le confesó él.

Isabelle dejó su copa en la mesa.

–Sí, bueno. Supongo que había bebido más de la cuenta y que hiciste bien en rechazarme. Eso no hace más que demostrarme que eres todo un caballero.

Spencer puso una mano en su hombro y la hizo girar hacia él.

–No, Isabelle. No soy ningún caballero.

Lo miró a los ojos y sintió dentro de ella una sacudida de deseo. Era muy consciente del peso y el calor de su mano en el hombro. Sus dedos la agarraban con fuerza, era un gesto muy posesivo. El calor que emanaba de ese simple contacto se filtró por todas las capas de su piel, llegando hasta el núcleo de su ser.

–No creo que esto sea buena idea. No ahora mismo… –susurró ella–. Estoy cansada y me he pasado con el champán. Además, eres…

–¿Soy qué?

Tragó saliva antes de contestar.

–Eres un hombre al que me resulta muy difícil resistirme cuando me siento… –susurró sin saber si se iba a atrever a confesarle la verdad–. Cuando me siento sola.

Spencer llevó la mano a la parte posterior de su cabeza y se estremeció cuando sintió su calor en la nuca, la parte más sensible de su cuello. Se estremeció. Esa sencilla caricia estaba despertando en su interior todo lo que había anhelado en secreto durante años, todo lo que desearía tener con ese hombre y no podía. Le resultaba imposible ocultar lo que sentía cuando Spencer la tocaba. No pudo evitar gemir, un suave sonido escapó de su garganta cuando él comenzó a acariciar su piel. La estaba tocando como lo hacía un amante comprometido, no era el tipo de gesto que tendría alguien durante una aventura de una noche. Pero eso le estaba resultando tan difícil resistirse. Aunque habían pasado muchos años, Spencer conocía su cuerpo mejor que nadie, podía sentir el deseo que había dentro de ella, la necesidad que tenía de conectar con otro ser humano.

Necesitaba sentirse viva y deseada. Solo Spencer podía hacer que se sintiera así. Era casi como si ese hombre fuera el único que la conociera de verdad, que supiera que había una mujer realmente apasionada detrás de esa fachada fría y profesional que mostraba a los demás.

–Mírame –le pidió Spencer.

Lo miró a los ojos y vio la necesidad, real y excitante, que se reflejaba en ellos.

–No me quiero sentir así. No quiero desearte, lo odio –le confesó ella–. Te odio por hacerme sentir así.

Spencer sonrió mientras acariciaba sus labios con el pulgar.

–Creo que deberíamos canalizar todo ese odio en otra dirección –le sugirió.

Contuvo la respiración cuando vio que se inclinaba hacia ella para besarla. No esperó a que él recorriera la distancia que los separaba, se puso de puntillas y sus bocas se encontraron a medio camino. Esa vez, no sintió una explosión de deseo dentro de ella, sino que fue un beso mucho más suave y lento, como si necesitaran ese ritmo más tranquilo para explorar sus bocas, para redescubrirse mutuamente.

Poco a poco, el beso fue haciéndose más intenso y urgente. Spencer le pasó la lengua por los labios y ella los separó sin poder ahogar un suspiro de placer que la atravesó de arriba abajo. Se relajó entre sus brazos cuando él la atrajo con más fuerza contra su cuerpo. Una vez más, le maravilló lo bien que encajaban, como dos piezas de un rompecabezas que llevaban demasiado tiempo separadas.

Sus lenguas comenzaron a jugar y danzar entre sus bocas. Estaba casi sin aliento, eran tantas las sensaciones que estaban inundándola… Nadie le había hecho sentir tanto con un simple beso, no había experimentado con ningún otro hombre el placer que Spencer le daba. Era como si conociera su boca mejor que nadie, recorriéndola con sus labios y su lengua hasta lograr en ella las respuestas que buscaba. Estaba consiguiendo que cada parte de su cuerpo resucitara, le estaba haciendo despertar tras una larga hibernación que había durado toda una década.

Spencer llevó las manos a su pelo, peinándola con sus dedos y haciendo que se estremeciera con cada caricia. Hizo girar levemente su cabeza para profundizar en el beso y ella rodeó su cuello con los brazos, tirando suavemente de su pelo como sabía que le gustaba. Spencer gimió de placer y la atrajo aún más cerca, tanto que pudo sentir contra su vientre lo excitado que estaba. Un escalofrío recorrió su espalda, ella tampoco podía controlar su deseo. Era increíble saber que estaba así por ella, que la deseaba tanto como ella a él.

Spencer bajó las manos por sus costados, pero no rozó sus pechos. Sabía que estaba jugando con ella. Volvió a subir las manos y esa vez la provocó acariciándolos levemente. Acercó la pelvis a la de él, dejándole muy claro lo que deseaba.

Cuando Spencer emprendió de nuevo otro tentador viaje por su cuerpo, agarró una de sus manos y se la llevó ella misma a uno de sus pechos, presionándola con fuerza para que él pudiera sentir lo tensos que estaban sus pezones. Spencer siguió besándola sin poder controlar

los gemidos que escapaban de su garganta.

Pero después, disminuyó el ritmo de sus besos, que se hicieron más suaves y lentos, y terminó separándose de ella, sujetándola entre sus brazos mientras la miraba con angustia en los ojos.

–Parece que, después de todo, soy un caballero.

Volvió a sentir, una vez más, que la rechazaba. Había conseguido herir su ego y perdió de repente el poder que había creído tener sobre él.

–¿No me deseas?

Lamentó haberle dicho nada. Sabía que sonaba muy necesitada y decepcionada, muy vulnerable.

Spencer respiró profundamente y se apartó de ella.

–Sé que me odiaría a mí mismo mañana por la mañana si me aprovechara ahora de la situación, no estás en condiciones, Isabelle…

Rio con amargura al oírlo.

–Eso no te impidió seducirme hace diez años –replicó herida.

Vio que había conseguido hacerle daño.

–No te emborraché para llevarte a la cama. Si no recuerdo mal, estabas encantada.

Isabelle apretó los labios y le dio la espalda. Sabía que estaba caminando sobre arenas movedizas, que había bebido demasiado y tenía las emociones a flor de piel. Temía decir más de lo que le convenía. No quería que Spencer le recordara cómo se había comportado en el pasado. Aunque en un primer momento le había costado conquistarla, Spencer no había tardado mucho en hacer que se rindiera a sus encantos. Y, durante su breve relación, ese hombre había conseguido cautivarla con mil románticos detalles, había hecho que se sintiera muy especial, como en un cuento de hadas. Había sido como si Spencer hubiera estado intentado conquistarla, casi como si estuviera enamorando de ella, no había tenido la sensación de que solo quisiera seducirla para ganar una apuesta. En absoluto.

Por eso se había enfadado tanto con él y con ella misma al ver que había caído como una tonta en su trampa. Se había sentido tan ingenua y patética al ver cómo había jugado con ella…

No tardó en darse cuenta de que él no la había querido. Había deseado su cuerpo, pero nada más. Solo había sido un desafío, un trofeo que conquistar, y le dolía no haber sido consciente de ello. Hasta ese momento, ningún hombre le había mostrado mucho interés. Su carácter introvertido y algo frío había hecho que nadie se atreviera a acercarse a ella y no se le daba bien entablar relaciones personales, solo estaba cómoda hablando de temas de trabajo. Cuando vio que alguien como Spencer Chatsfield estaba interesado en ella, su ego se fortaleció y no vio que era todo un engaño.

–Me gustaría que te fueras, por favor –susurró ella.

–No lo haré hasta asegurarme de que estás bien.

Lo miró de nuevo con gesto desafiante y orgulloso, pero se quedó algo aturdida al ver que Spencer tenía el ceño fruncido. No entendía por qué tenía que comportarse de repente de manera tan galante, le resultaba mucho más fácil odiarlo cuando jugaba con ella, el tipo de actitud que esperaba de él. Solo había visto ese lado protector y amable de Spencer durante su breve relación. Era un lado que encontraba muy atractivo, peligrosamente atractivo.

–¿Qué vas a hacer? ¿Meterme en la cama y leerme un cuento como si fuera una niña pequeña?

–¿Has comido algo? –le preguntó Spencer ignorando su comentario.

No le contestó. Se acercó a la cubitera para sacar la botella de champán.

–No, nunca bebo con el estómago lleno –repuso ella lanzándole una mirada descarada–. No me gusta echar a perder el alcohol de esa manera.

Spencer apareció a su lado antes de que pudiera volver a llenar su copa. Le quitó la botella de las manos y la vació sin piedad en el cubo de hielo. Ni siquiera trató de evitarlo. De todos modos, no había sido su intención seguir bebiendo.

–Aguafiestas –le dijo.

Spencer la miró de nuevo con preocupación.

–No me había imaginado que fueras una de esas personas que beben sin control.

Ella se encogió de hombros como si no le importara lo que pudiera pensar de ella.

–Crees que me conoces, pero no es así.

–¿Por qué te estás haciendo esto a ti misma? –le preguntó en un tono más suave y con amabilidad en sus ojos.

Podía lidiar con él cuando discutían, cuando se mostraba despiadado o cruel, pero ese lado compasivo conseguía derrumbar sus defensas. No quería cambiar la opinión que tenía de él, era más sencillo seguir odiándolo. Necesitaba odiarlo para no tener que sacar a la luz esas otras emociones que guardaba a buen recaudo dentro de su corazón. No podía permitir que él se le acercara y viera en ella las necesidades que había escondido durante tanto tiempo. Sabía que debía mantenerse fuerte e invencible.

–Por favor, vete. No quiero seguir hablando contigo.

–Esto no tiene nada que ver con la compra de las acciones y la adquisición del hotel, ¿verdad? Hay algo más…

Puso los ojos en blanco al oírlo, pero tuvo que alejarse de él para protegerse. No podía permitir que él siguiera mirándola de ese modo, era casi como si pudiera ver lo que estaba penando, lo que había dentro de su corazón.

–¿No te parecen motivos más que suficientes para que esté así? –repuso ella.

Spencer se le acercó por detrás y le puso las manos en los hombros. Tuvo la tentación de inclinarse hacia atrás y apoyarse en él. Lo necesitaba casi con desesperación en ese momento.

Pero sabía que tenía que mantenerse fuerte, que el champán que había bebido podía aflojarle la lengua. Respiró profundamente y se giró hacia él, dirigiéndole su mirada más gélida.

–¿Sabes qué? Podrías haber ganado mucho más dinero con esa maldita apuesta si te hubiera contado entonces la verdad sobre mí –le dijo ella sin pensar en lo que hacía.

Spencer frunció el ceño. Parecía perplejo.

–¿De qué verdad hablas?

–Bueno, supongo que todos habríais estado dispuestos a jugaros mucho más de haber sabido que yo era virgen –repuso ella.

Vio que sus palabras habían conseguido conmocionarlo. Se puso pálido y notó que su cuerpo se tensaba. Y ella supo en ese momento que se iba a arrepentir de lo que acababa de confesarle, pero ya era demasiado tarde.

–¿Qué?

Se apartó de él, necesitaba poner un poco más de distancia entre ellos porque, en ese instante, lo que más quería era acercarse a él y dejar que la abrazara.

–No era tan experimentada como te hice creer –le dijo ella.

–Pero… ¿Por qué no me lo dijiste? –le preguntó con la voz ronca y desgarrada–. ¡Por el amor de Dios, Isabelle! Podría haberte hecho daño –añadió frunciendo el ceño–. ¿Te lo hice?

–No.

Vio que tragaba saliva mientras se pasaba las manos por el pelo. Parecía consternado.

–¿Seguro? –insistió él.

Isabelle asintió con la cabeza.

–Quiero que sepas que nunca me habría acostado contigo si lo hubiera sabido, Isabelle.

–¿Y la apuesta? –le preguntó ella sin creer sus palabras.

Spencer apretó los dientes durante un segundo. Después, soltó de golpe el aire como si lo hubiera estado conteniendo durante demasiado tiempo.

–No fue a mí a quien se le ocurrió esa terrible idea –repuso Spencer en un tono de resignación.

Si se lo hubiera dicho diez años antes, no lo habría creído. Pero, por alguna razón, sí lo hizo en ese momento. Había percibido mucha seriedad en su voz y dolor en su mirada antes de que le hiciera esa confesión y se alejara de ella para acercarse a las ventanas.

Se quedaron unos minutos en silencio y le dio la impresión de que estaba preparándose para decirle algo que le costaba trabajo revelar.

–Se le ocurrió a dos amigos míos. De hecho, me enteré de que habían apostado poco antes de que lo supieras tú.

–Entonces, ¿por qué no me lo dijiste?

–Tú ibas a volver a Nueva York un par de semanas más tarde y pensé que no tenía sentido tratar de aclarar las cosas. Los dos sabíamos que nuestra relación tenía fecha de caducidad.

Le dolió que lo diera por hecho, ella había creído que lo suyo podía tener futuro. Se dio cuenta de que para Spencer, en cambio, solo había sido una aventura, algo de lo que podía deshacerse sin echar más tarde de menos.

Ella había invertido mucho en esa relación, había llegado a soñar con su futuro.

Aunque Spencer no hubiera sido el responsable de esa estúpida apuesta, no había luchado por ella, sino que había dejado que se fuera de su lado como si no hubiera significado nada para él.

Creía que, si ella le hubiera importado lo más mínimo, si la hubiera querido, habría intentado que su relación continuara. Pero, al parecer, había significado muy poco para él.

Trató de calmarse. No podía dejar que viera lo afectada que estaba.

–Entonces, ¿a quién se le ocurrió hacer esa apuesta?

Spencer apartó la mirada y frunció el ceño.

–A un amigo mío, Tom –le dijo como si le doliera confesarlo–. Era… Era incorregible.

Algo en su tono despertó su curiosidad.

–¿Era?

–Se mató en un accidente de esquí seis semanas después de nuestra ruptura.

Atrapó su labio inferior entre sus dientes al oírlo. Entendía demasiado bien ese dolor.

–Lo siento.

Spencer aceptó sus condolencias con una breve sonrisa que no se reflejó en sus ojos.

–Espero que, esté donde esté, me perdone por haberlo delatado.

–¿No pensabas contármelo nunca? –le preguntó ella.

–No pensé que nuestros caminos fueran a volver a cruzarse.

Estuvo a punto de decirle que sabía que eso era lo que a él le habría gustado que pasara, pero no lo hizo. Sabía que era mejor que Spencer pensara que estaba de acuerdo con él.

Pero la verdad era que lo que acababa de confesarle cambiaba las cosas. Había estado odiándolo desde que averiguó lo de la apuesta, antes incluso de que se enterara de que estaba embarazada. Pensar que él la había utilizado de manera tan odiosa era lo que había

endurecido su corazón y había provocado que sintiera mucho resentimiento hacia Spencer.

Después de aquello, le había costado permitir que ningún otro hombre se acercara a ella y había blindado por completo sus sentimientos. Se había pasado la última década tratando de demostrarse a sí misma que no necesitaba tener a nadie a su lado.

Descubrir después de tanto tiempo que su ira había estado dirigida hacia la persona equivocada estaba siendo suficiente para hacer que se sintiera confusa e inestable.

Spencer se acercó a ella. Parecía muy preocupado.

–Dime que no bebes más de la cuenta cada noche por culpa mía –le susurró él.

Isabelle se rio al oírlo.

–Tendrías que haber sido para mí algo más importante que una simple aventura para que tuviera que recurrir al alcohol para tratar de olvidar lo que pasó –respondió ella.

Spencer agarró su barbilla entre los dedos para que tuviera que mirarlo. Contuvo la respiración al ver cómo observaba sus ojos. Como si estuviera buscando algo en ellos.

–Nunca has tenido una relación seria –le dijo él.

–¿Es eso una pregunta o una suposición?

La estudió durante un par de segundos más.

–La mayoría de las mujeres de tu edad va en busca del cuento de hadas, quiere encontrar al amor de su vida, casarse y tener hijos. ¿Por qué tú no?

Tuvo que esforzarse mucho para que su cara no la traicionara.

–Porque estoy centrada en mi carrera y en mi trabajo. El hotel lo es todo para mí. No he tenido tiempo para nada más.

–¿Y esto te llena?

–Claro. ¿Por qué no iba a llenarme? –repuso apartándose de él–. También tu carrera lo es todo para ti, ¿no?

Le pareció ver algo en sus ojos, pero no duró mucho.

–*Touché* –respondió Spencer con una sonrisa irónica.

Se alejó aún más de él. Su cuerpo parecía tener la mala costumbre de ir hacia él como si fuera un poderoso imán. Y sus caricias hacían que le ardiera la piel. Era demasiado difícil mantener la cabeza fría cuando lo tenía cerca.

–Me encanta mi trabajo –le dijo con tanta convicción como pudo–. He aspirado a dirigir esta empresa desde que era una niña. Odio que la gente, normalmente me pasa más con los hombres, piense que no estoy completamente comprometida con mi carrera solo porque soy mujer.

–Pero ¿no quieres llegar a tener una familia algún día? –le preguntó él.

Una vez más, le costó no reaccionar ante una pregunta que le dolía más de lo que Spencer podía imaginar.

–¿Lo quieres tú?

Volvió a ver algo en sus ojos que se esfumó tan deprisa como había aparecido.

–He pensado en ello, pero no sé si estoy hecho para ese tipo de vida. Ser padre es una gran responsabilidad.

–¿No te llevas bien con el tuyo?

No se le pasó por alto que Spencer apretaba los dientes antes de contestar.

–No –repuso–. Pero la verdad es que tampoco me llevo demasiado bien con mi madre.

–Bueno, tú al menos aún los tienes a los dos.

Se quedaron en silencio. Un silencio que retumbó en sus oídos y lamentó haber hablado más de la cuenta al revelarle lo sola que se sentía, como si fuera una huerfanita a la que nadie prestaba atención. Le pesaba mucho la responsabilidad que llevaba sobre los hombros, no tenía en su vida un progenitor con quien sobrellevar esa carga. No sabía qué le estaba pasando esa noche con Spencer, por qué sentía que podía desahogarse con él. Ella no era así, no compartía confidencias con nadie, sino que se lo guardaba todo en su corazón.

Vio que Spencer miró hacia el sofá, donde seguía Atticus observándolos a los dos con atención.

–En cuanto al gato… –comenzó él.

No terminó la frase. Era como si no hubiera tomado aún una decisión al respecto.

–No vas a obligarme a deshacerme de él, ¿verdad? –le preguntó Isabelle esperanzada.

Spencer frunció el ceño una vez más.

–¿No sería mejor para él vivir fuera del hotel?

–Pero esta es mi casa –repuso ella con firmeza.

–¿No quieres algo más que esto? –le preguntó haciendo un gesto envolvente con la mano que pretendía abarcar todo lo que los rodeaba.

Ella se esforzó por no desvelar lo que de verdad sentía.

–¿Qué más podría querer?

Sus ojos la estudiaron con detenimiento durante unos segundos más. Después, apartó la vista. Pero esa vez tuvo la sensación de que no había estado mirándola de ese modo para tratar de entenderla. Le pareció mucho más significativa la rapidez con la que Spencer había apartado los ojos, como si estuviera tratando de ocultar algo que no quería que ella descubriera.

Lo observó mientras iba hacia la puerta. Se detuvo un segundo con la mano ya en el picaporte, pero después la abrió y se fue sin



despedirse.

Capítulo 6

SPENCER observó la ciudad de Nueva York desde las ventanas de su suite, pero miraba sin ver, solo podía pensar en lo que acababa de confesarle Isabelle. Le había afectado mucho saber que había sido virgen. Le parecía increíble que él hubiera sido tan insensible entonces como para no darse cuenta. Sentía asco por el Spencer de hacía diez años. Había estado demasiado concentrado tratando de seducirla para darse cuenta de que había sido virgen. Era una imagen de sí mismo que no le gustaba nada.

Volvió a recordar la primera vez que se acostaron y se le encogió el estómago al ser consciente de que para ella sí que había sido de verdad su primera vez. Esperaba al menos no haberle hecho daño. Le preocupaba pensar que podría haber sido tan arrogante como para no darse cuenta.

Se había fijado en ella porque era diferente. Pero, hasta ese momento, no había sido consciente de hasta qué punto había sido distinta al resto de chicas con las que había estado. No se le había pasado por la cabeza que ella no tuviera experiencia. Al principio le había costado convencerla para que saliera con él, pero había pensado que se portaba así por timidez, no por su inocencia.

Isabelle había sido una joven elegante y sofisticada que lo había mirado desde el principio por encima del hombro. Pero había descubierto poco después que tras esa fachada fría y distante se había escondido una mujer apasionada y vibrante.

La había perseguido sin piedad y no había parado hasta tenerla justo donde quería. Pero una noche no había sido suficiente. Tampoco lo habían sido dos ni tres. Pasó una semana antes de que se diera cuenta de que algo era distinto con ella. Siempre había evitado las relaciones largas y los compromisos. Le gustaba tener total libertad para hacer siempre lo quería, sin remordimientos ni recriminaciones.

Pero con Isabelle había roto todas las reglas. No se había limitado a acostarse con ella, habían tenido una relación. Recordó la cantidad de regalos que le hizo durante esas semanas y todos los sitios a los que la llevó, lugares que no había compartido con ninguna otra mujer. Había disfrutado de su compañía y de su inteligencia. Además, los dos habían crecido en mundos paralelos, habían tenido mucho en común.

Se preguntó qué expectativas habría tenido Isabelle de esa relación. Solo era dos años más joven que él, pero sabía que las mujeres

maduraban antes que los hombres y pensó que ella quizás se hubiera imaginado que lo suyo hubiera podido tener un futuro, que su relación hubiera formado parte del cuento de hadas con el Isabelle había soñado desde niña.

Le incomodaba pensar en ello. No le gustaban los cuentos de hadas. Ni en el pasado ni en ese momento de su vida. Además, él ni siquiera era quien todo el mundo creía que era, no era realmente un Chatsfield, sino una falsificación, un intruso que podía ser expulsado de la familia en cualquier momento. Sentía que esa posibilidad colgaba sobre él como la espada de Damocles. Vivía con el miedo de que alguien ajeno a la familia descubriera la verdad.

No entendía por qué Isabelle no le había dicho que era virgen y no podía dejar de pensar en eso. Se sentía muy culpable. Siempre había sido un mujeriego, pero no se consideraba un canalla. Aunque hubiera estado con muchas mujeres, siempre las había tratado con sumo respeto.

Hasta conocer a Isabelle, el sexo solo había sido para él una necesidad física que podía satisfacer fácilmente con una mujer que quisiera lo mismo: una aventura sin compromisos.

Se preguntó si lo que acababa de descubrir sería uno de los motivos por los que tanto parecía odiarlo Isabelle. Quizás se hubiera hecho ilusiones, pensando que iba a sentar la cabeza con ella y que estaría dispuesto a pasar el resto de la vida a su lado.

En el pasado, había llegado a pensar en la posibilidad de casarse y tener hijos que continuaran con el apellido Chatsfield, pero, cuando supo la verdad sobre sus padres, ese plan de futuro se desvaneció por completo. No era un Chatsfield, la sangre que corría por sus venas pertenecía a alguien que no tenía nada que ver con los hoteles.

Había pensado que Isabelle lo odiaba por culpa de la maldita apuesta y por haberse hecho con el control del hotel, pero esa noche había descubierto que tenía más motivos para despreciarlo.

Durante las últimas semanas, se había encargado de que la investigaran de manera discreta y había descubierto que no había tenido ninguna relación seria desde la que tuvo con él. Se preguntó si habría sufrido por su culpa más de lo que se habría podido llegar a imaginar. Si había pensado que lo suyo podía tener futuro, supuso que le habría dolido mucho que rompieran. Pero recordaba que entonces Isabelle había actuado con firmeza y frialdad, no le había parecido que su traición le hubiera dolido demasiado. Él había aprovechado el enfrentamiento para escapar de una relación que no sabía cómo manejar.

No había estado acostumbrado a necesitar a nadie y era algo de lo que siempre había huido.

Isabelle vivía por y para la cadena Harrington. Trabajaba muchas

horas y vivía allí mismo, con un gato al que ocultaba. Le había sorprendido saberlo, no se la había imaginado como alguien a quien pudieran gustarle los animales de compañía. Siempre le había parecido tan distante y fría en su trato con la gente… Pero pensó que quizás por eso se llevara bien con ese gato, que tenían fama de ser animales distantes, independientes y altivos.

Ese gato presentaba otro problema que tenía que solucionar, uno relacionado con la higiene y la salud de los huéspedes. Pero entendía que una mujer soltera como Isabelle, que además vivía en un hotel, quisiera tener un gato. Supuso que le haría mucha compañía y que así tenía alguien con quien hablar cuando estuviera a solas con el animal.

Sonrió con amargura, pensando que quizás también a él le conviniese hacerse con uno.

Se alejó de la ventana y suspiró. Tenía en tensión los músculos del cuello y de los hombros. También le había empezado a doler la cabeza y temió que estuviera a punto de tener una de sus migrañas. Se le encogió de nuevo el estómago al pensar en lo que Isabelle le había confesado. Sentía muchos remordimientos y asco de sí mismo. Le costaba creer que hubiera podido estar tan ciego. Temía haberle hecho daño, aunque ella le hubiera asegurado lo contrario.

«Fui su primer amante», se dijo. Era un pensamiento que no se quitaba de la cabeza. Sobre todo cuando recordaba esa noche, no se había tomado las cosas con calma esa primera vez. Lo había dominado tanto la lujuria que se había dejado llevar totalmente por el deseo. No había habido caricias ni juegos previos, nada. Al principio ella había resistido sus intentos de seducirla, pero eso solo había conseguido animarlo aún más.

El sexo había sido increíble. No solo porque acostarse con ella le había costado más que con cualquier otra mujer, sino porque con Isabelle había sentido una química que no había tenido con nadie ni antes ni después de ella.

Había sido así la primera vez y todas las siguientes. Habían compartido un nivel de intimidad casi mágico, con tanta pasión como ternura. Recordó cómo Isabelle solía bajar los dedos por su columna vertebral, haciendo que se estremeciera una y otra vez. Esa mujer había conseguido tenerlo comiendo de la palma de su mano, había hecho con él lo que había querido.

Y, a pesar de la inocencia que había tenido sin que él lo supiera, no había sido tímida en la cama. Por eso le había asombrado tanto que ella hubiera sabido, de manera casi intuitiva, cómo y cuándo tocarlo para hacer que se volviera loco de placer.

No sabía qué iba a pasar entre ellos dos a partir de ese momento. Seguía habiendo mucha atracción entre los dos, la sentía cada vez que estaba con ella. Isabelle le había confesado que odiaba sentirse así y

no le extrañó. Después de todo, él era su enemigo y, en su trato con ella, no había tenido en cuenta sus sentimientos. Porque ya entonces había intuido que ella sentía algo más por él. Aunque era un analfabeto emocional, un hombre que necesitaba números y hechos, había sido consciente de que Isabelle había esperado más de su relación.

Después de todo, él había sido su primer amante.

En cierto modo, le gustaba saberlo. Aunque no tuviera derecho a ese sentimiento posesivo, no podía evitarlo. Acababa de saber que él había sido el primero en darle placer, en llevarla al clímax con su cuerpo y sus caricias. Él había sido el primero que había conseguido que todo su ser temblara de placer.

No podía evitar sentir algo de orgullo al saber que había sido el primero. Ahora le parecía que sus otras experiencias sexuales, que habían sido muchas y con muchas mujeres, palidecían en comparación.

No sabía si le convenía arriesgarse a tener otra aventura o relación con ella. Ni siquiera creía que pudiera convencerla. Esa tarde se le había ofrecido en su despacho como lo habría hecho una prostituta, rebajándose a un nivel que no le correspondía. Pero él había estado a punto de rendirse a la tentación, su cuerpo había temblado de deseo y le había costado resistirse.

Por mucho que la deseara, no había estado dispuesto a que lo manipulara de esa manera. Sabía que todo había sido un juego, que su intención había sido ganarle esa partida. Pero a él le gustaba ser el que tuviera el control de la situación y no pensaba iniciar algo con ella sin tener claro si le convenía o no. Para empezar, no sabía cómo iba a poder compaginar las complicaciones de una relación con el momento más complicado de su carrera profesional. Se preguntó si ese sería el motivo por el que Isabelle había tratado de seducirlo, si su intención sería distraerlo para que fracasara al frente de ese hotel.

Pero sabía que el odio y la lujuria no eran incompatibles, que se podía odiar a alguien y, aun así, desearlo como deseaba un adicto su siguiente dosis.

Se preguntó cómo vería la prensa una relación entre Isabelle y él. Cabía la posibilidad de que lo interpretaran como una estrategia de marketing, pero lo que le preocupaba de verdad era lo que quería Isabelle. Le había dicho que lo más importante para ella era su carrera, que no necesitaba nada más, pero algo le decía que no estaba siendo completamente sincera.

Ella misma le había contado que perdió a su madre a los diecisiete años, pero no le había dado más detalles. Le había parecido entonces que le daba la información con demasiada frialdad, como si no le hubiera pasado a ella, como si el dolor de perder a una madre lo

hubiera sentido otra persona y no ella. Había oído que la relación con su padre había empeorado después de que se casara con Liliana, pero era algo que le habían dicho otras personas, no ella.

Le estaba dando la impresión de que estaba bastante sola. Los empleados del hotel hablaban muy bien de ella, la veían como una mujer dedicada a su trabajo y muy leal, pero ella mantenía las distancias con todos y se había dado cuenta de que nadie la tuteaba.

Cada vez sentía más deseos de acercarse a ella y de llegar a conocer a la mujer que se ocultaba tras esa máscara de hielo. Creía que a lo mejor estaba siendo egoísta, pero le tentaba la idea de revivir con ella lo que habían compartido en el pasado, comprobar si había sido tan increíble y satisfactorio como lo recordaba.

Cuando Isabelle entró a su despacho a la mañana siguiente se encontró un gran ramo de flores sobre la mesa.

–Son del señor Chatsfield –le dijo su secretaria–. Las trajo él mismo hace media hora.

No pudo evitar sonrojarse al verlas. Le pareció intuir el fresco aroma de la colonia de Spencer mezclado con el perfume embriagador de las flores. Era un olor que, a pesar del dolor de cabeza que tenía, estaba consiguiendo despertar sus sentidos.

–Mándale una nota de agradecimiento –le pidió.

Laura hizo una mueca.

–¿No prefieres escribirla tú misma?

–No, ¿por qué iba a querer hacerlo? –repuso ella fingiendo indiferencia.

Su secretaria suspiró y le entregó un periódico.

–No creo que sea buena idea leer esto antes de tomarse un café, pero…

Vio que el periódico estaba abierto por la sección de cotilleos y que había una foto de ella con Spencer en el bar del hotel. Era de la noche anterior y el título daba a entender que la fusión de sus empresas no era la única fusión que había tenido lugar entre un Chatsfield y una Harrington. Y el resto del artículo iba aún más lejos.

La batalla entre el David y el Goliat del mundo hotelero, la exclusiva cadena Harrington y la gigantesca Chatsfield, ha terminado con una tregua… O puede que incluso con algo más.

Al parecer, el inglés Spencer Chatsfield y la neoyorquina Isabelle Harrington salieron anoche juntos del bar del hotel Harrington de Manhattan. Según nuestra fuente, detrás de la adquisición del Harrington por parte de los Chatsfield parece haber más de lo que ha llegado a la prensa.

¿Sería falsa la resistencia inicial de la señorita Harrington a la toma de posesión? Hay quien piensa que pudiera haber sido solo una manera de ocultar la relación secreta que parece haber entre el principal accionista, Spencer Chatsfield, y ella.

Apartó el periódico, no quería leer nada más.

–Tenías razón. Necesito un poco de cafeína para enfrentarme a esto.

–Si tuviera cuarenta años menos, intentaría tener algo con él –le confesó su secretaria.

Laura había trabajado desde siempre en el Harrington. Recordaba que solía darle caramelos cada vez que visitaba a su padre en el despacho. Sabía que debería haberla reemplazado por una persona más joven y menos interesada en su vida privada, pero no había sido capaz de hacerlo.

–¿No tienes nada que hacer? –le preguntó mientras la fulminaba con la mirada.

Su fría respuesta no amedrentó a Laura, que casi la había visto nacer.

–Me parece muy injusto que tu madrastra le diera las acciones a Spencer Chatsfield. Has trabajado tanto por el bien del hotel… No quiero que pase a ser como el resto de los hoteles de su cadena y pierda su encanto especial. Son buenos establecimientos, pero no como los Harrington.

–No, tienes razón –susurró Isabelle.

–Es muy guapo, ¿verdad? –comentó Laura mirando la foto–. Bonitos ojos azules.

–¿Has terminado los informes que te encargué ayer? –le preguntó Isabelle para cambiar de tema.

–Y ese acento inglés… Me encanta. Me pregunto si iría a Eton como el príncipe Guillermo.

Isabelle se llevó los dedos a las sienes. El dolor iba en aumento.

–No quiero café. Mejor tráeme un té, por favor. Sin azúcar.

Laura levantó las cejas y la miró con suspicacia.

–Pero si nunca tomas té…

–Tráeme el té y encárgate de que no se me moleste durante el resto de la mañana –le ordenó.

–¿Y si quiere hablar contigo el señor Chatsfield?

–Sobre todo si se trata del señor Chatsfield.

–Pero ahora es el jefe, ¿verdad? No puedes tratarlo como si no lo fuera.

Isabelle apretó los dientes con fuerza.

–También es tu jefe, así que ándate con cuidado, a lo mejor quiere sustituirte con una secretaria que no esté al borde de la jubilación.

–La verdad es que ese hombre me gusta. Sé que te parecerá desleal

que diga algo así, pero pensé que iba a ser un engreído y me ha sorprendido gratamente. Me habló como si pensara que soy importante para el hotel. Y la verdad es que llevo aquí el tiempo suficiente como para saber bastante sobre este negocio –le dijo riendo–. Las historias que podría contarle… Podría escribir un libro.

–Todo el personal del hotel es importante –repuso ella con firmeza.

Laura frunció el ceño y se metió el periódico bajo el brazo.

–Voy a por tu té.

Cuando se quedó sola, apoyó los codos en la mesa y se frotó la cabeza con las manos. No había pensado en lo que la prensa iba a decir de ellos si los veían juntos. En realidad, había preferido no pensar en ello. Spencer, como les pasaba también a sus primos, salía a menudo en la prensa del corazón. Ella, en cambio, había hecho todo lo posible por mantenerse alejada de los medios de comunicación, no había querido empañar el prestigio de sus hoteles con nada que pudiera ser malinterpretado. Apenas tenía vida social, pero lo que hacía lo llevaba con total discreción y tenía la intención de seguir haciéndolo.

Oyó que se abría la puerta del despacho y no se molestó siquiera en levantar la cabeza.

–Déjalo en la mesa, por favor –susurró.

–¿Resaca?

Se incorporó tan rápidamente al oír la voz de Spencer que sintió que se mareaba, pero solo duró un segundo. Después, parpadeó y apartó la mirada.

–Si no tienes té ni un paracetamol, no te acerques a mí.

–No tengo esas cosas, pero sí una disculpa.

Se arriesgó a mirarlo entonces.

–Gracias por las flores –le dijo ella–. Te iba a enviar una nota…

–Sí, ya me lo ha dicho tu secretaria –repuso Spencer.

–Supongo que te ha enseñado el periódico, ¿no? –le preguntó ella mientras lo miraba.

Tenía un aspecto increíble, fresco y vibrante. Supuso que habría dormido mejor que ella, que había pasado media noche en blanco por culpa de toda esa energía sexual que no había podido encontrar salida. Se preguntó si él habría recurrido a alguna de sus conquistas para solucionar ese problema. Le bastó con pensar en ello para que se le hiciera un nudo en el estómago.

–¿Viste anoche a alguien haciéndonos fotos? –le preguntó ella.

–No, pero todo el mundo tiene buenas cámaras en sus teléfonos móviles.

–No me gusta que se hable de mí –le dijo Isabelle–. Mi vida privada es asunto mío.

–¿Tienes vida privada? –le preguntó Spencer.

–Como acabo de decirte, eso es asunto mío.
Spencer la estudió durante un buen rato.
–¿Has leído mi tarjeta?
–¿Qué tarjeta?
La sacó del ramo de flores y se la entregó a ella. El estómago le dio un vuelvo cuando sus dedos se rozaron. Sacó la tarjeta del pequeño sobre y la leyó. *Lo siento, S.*, decía sin más.
Guardó de nuevo la tarjeta y le dedicó una mirada maliciosa.
–¿Significa eso que me vas a dar el dos por ciento de las acciones?
–No, no significa eso –repuso Spencer.
–Entonces, quédate con tu disculpa.
–Maldita sea, Isabelle –comenzó Spencer con impaciencia–. Si lo hubiera sabido habría…
–¿Qué? –lo interrumpió ella en un tono burlón–. ¿Habrías sido más tierno y delicado conmigo?
–Si te hice daño, lo siento mucho.
–Más daño me hiciste robándome el hotel.
–Nadie obligó a tu madrastra a darme esas acciones. Ya oíste lo que dijo. Pensó que, dadas las circunstancias, era lo mejor.
–¡Claro! Liliana sabe lo que es mejor para mí… ¡Mentira! Esa mujer ni me conoce ni me entiende. Si lo hiciera, nunca te habría dado las acciones a ti.
–¿Sabía Liliana de nuestro pasado?
–No.
–¿No le hablaste a nadie de ello?
–No –repuso ella enfadada–. Yo no soy de las que le cuentan todo a la prensa.
–¿Crees que soy el responsable de lo que ha publicado hoy el periódico?
Alguien llamó de repente a la puerta y entró Laura con té para dos en una bandeja. Le dedicó una gran sonrisa a Isabelle mientras dejaba todo en la mesa.
–He pensado que los dos tendríais mucho de lo que hablar. También he traído galletas.
–Gracias –susurró Isabelle con frialdad.
–Gracias, Laura –repuso Spencer sonriendo–. ¡Con chocolate! ¡Mis favoritas!
La mujer salió sin dejar de mirar a Spencer, era como si estuviera hipnotizada con él.
–Bueno, parece que puedes añadir otra mujer a tu larga lista de conquistas –le dijo ella.
–¿Cuánto tiempo lleva aquí?
–La heredé cuando empecé a trabajar en dirección. Era la secretaria de mi padre. Es muy buena y conoce bien el negocio –le explicó con

vehemencia.

Le preocupaba que Spencer quisiera sustituir a Laura por alguien más joven.

–Parece que le tienes mucho cariño –le dijo él.

Se encogió de hombros.

–Esto es una empresa, no un sitio donde se venga a hacer amigos. Si no hiciera bien su trabajo, la despediría mañana mismo.

Spencer la miró con media sonrisa en su boca.

–Mentirosa.

Levantó con orgullo la cara hacia él y enderezó la espalda antes de mirarlo de frente.

–¿Para qué venías a verme? Tengo trabajo que hacer, así que preferiría que fueras al grano…

–He estado pensando en nuestra situación.

–No hay ninguna situación en la que pensar. Lo único que pasa es que eres un jugador despiadado que toma lo que quiere sin tener en cuenta al resto de la gente.

Hubo un momento de tenso silencio.

–Muy bien, puede que me mereciera ese comentario –le dijo Spencer suspirando–. Tengo que reconocer que, cuando te conocí en Londres, hice todo lo que pude para seducirte. Eras un reto al que no me pude resistir. Entonces no tenía la sensibilidad necesaria como para darme cuenta de que, si al principio me costó convencerte, fue porque estabas esperando a que llegara tu príncipe azul.

–¡No estaba esperando a nadie! –protestó ella–. Era virgen porque aún no había tenido la ocasión de acostarme con nadie, estaba demasiado ocupada tratando de que el hotel siguiera a flote y cuidando de mis hermanas –añadió mientras se levantaba y servía el té–. ¿Sigues tomándolo con leche y medio terrón de azúcar?

–¿Cómo puedes acordarte? –le preguntó Spencer sorprendido.

Isabelle apartó la mirada.

–Si no recuerdo mal, bebimos entonces mucho té –repuso ella ofreciéndole uno a él.

Muy a su pesar, vio avergonzada que le temblaba la mano y la taza traqueteaba sobre el platillo.

Spencer dejó la taza en la mesa, se levantó y se acercó a ella. Tomó sus manos y tiró suavemente de ellas para que se pusiera en pie. La miraba de una manera que hizo que se le encogiera el corazón y se estremeció cuando empezó a acariciar el dorso de sus manos con los pulgares. Le temblaban las rodillas.

–Las cosas no tienen por qué ser así entre nosotros, Isabelle.

Tenía un nudo en la garganta. Ese hombre parecía tener la desconcertante habilidad de desarmarla por completo cuando menos se lo esperaba. Con esa voz y esas caricias, estaba derrumbando sus

defensas. No le parecía justo.

–¿Qué quieres decir?

–No tenemos por qué ser enemigos ni rivales todo el tiempo.

–¿Qué estás sugiriendo? –le preguntó con la voz entrecortada al ver que se fijaba en sus labios.

–Podríamos hacer lo que la prensa cree que estamos haciendo.

No pudo evitar preguntarse qué motivos tendría, qué beneficios querría sacar de esa situación. Supuso que, si la gente pensaba que estaban juntos, mejoraría la imagen de los Chatsfield, a los que en ese momento veían como el gigante implacable que había conseguido devorar a un pequeño hotel como el Harrington.

–¿Estás hablando de tener una aventura? –le preguntó casi sin voz.

–Ninguno de los dos estamos casados, así que no sería una aventura.

–¿Qué sería entonces?

–Una relación.

Se quedó sin aliento. Le parecía imposible tener algo serio con ese hombre, que siempre había huido de las relaciones. Pero su corazón comenzó a latir con fuerza y no pudo evitar pensar que quizás pudiera así curar sus heridas. Esa vez, se veía capaz de mantener el control y no soñar con imposibles. No tenía por qué pensar en formar una familia con él ni en preciosos bebés, no tenía por qué enamorarse. Podía ser una relación basada solo en el sexo y en el placer, una de la que pudiera salir antes de que Spencer rompiera con ella. Creía que así podría devolverle el daño que le había hecho. Sería lo más justo.

Trató de que su cara no mostrara lo que estaba pensando.

–¿De cuánto tiempo estaríamos hablando?

Spencer la miraba con tanta intensidad que se estremeció.

–¿Por qué no vamos poco a poco, día a día? –le propuso Spencer.

Aunque sabía que era absurdo, su respuesta la decepcionó. Casi como si hubiera estado esperando que le dijera que quería estar con ella para siempre.

–Tengo un par de condiciones –le dijo ella.

Spencer ni siquiera se inmutó, no movió ni un músculo. Parecía demasiado rígido, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para controlarse.

–¿Cuáles?

–No quiero que pases la noche en mi habitación, no te puedes quedar a dormir.

Spencer movió levemente la boca. No fue una sonrisa ni una mueca.

–Está bien –respondió–. ¿Qué más?

–Nada de regalos.

Spencer miró el ramo de flores que adornaba la mesa.

–¿Quieres que me deshaga de ellas? –le preguntó él.

–No. No quiero tener que explicarle a Laura por qué no siguen ahí.

Esa vez sí sonrió.

–¿Algo más?

Isabelle se cuadró de hombros y lo miró con decisión.

–Nada de besos.

–Esa condición es importante…

–No es negociable –repuso ella.

Spencer la miró durante mucho tiempo. Tenía la sensación de que estaba recordando sus besos. A ella era lo que le estaba pasando y no pudo evitar fijarse en su boca. Aunque estaba afeitado, ya tenía una incipiente barba a lo largo de su marcada mandíbula. Podía oler su loción de después del afeitado. Era un aroma muy evocador, mucho más atractivo que el de las flores que tenía sobre la mesa.

Vio que también Spencer parecía concentrado en su boca y se preguntó si estaría recordando las veces que ella le había dado placer con esa misma boca. A falta de experiencia, había actuado siguiendo sus instintos, usando sus labios y su lengua para llevarlo al borde del abismo. Le había encantado sentir que tenía tanto poder sobre él. Le había pasado lo mismo a ella. Ese hombre le había hecho sentir los orgasmos más intensos de su vida, no podía dejar de pensar en cuánto se había retorcido entre sus brazos, en cómo había gritado de placer una y otra vez.

Todos esos recuerdos tan eróticos estaban presentes entre los dos, podía notarlo por todo su cuerpo y en el aire que respiraba.

Sintió que se hinchaban sus pechos, la tela del sujetador los comprimía, haciéndole recordar de esa manera cuánto lo necesitaba, cómo ansiaba sentir sus labios y su lengua sobre ellos.

–Tengo una proposición para ti –le dijo Spencer con un brillo especial en sus ojos.

–No, nada de proposiciones.

–Deberías escuchar lo que te ofrezco antes de rechazarlo de plano, es una buena práctica empresarial. De lo contrario, puede que eches a perder el mejor trato de tu vida –le aconsejó Spencer–. Te iba a proponer que, si uno de los dos rompe la norma de los besos, pagará por ello.

–¿Cuánto? ¿Estamos hablando de dinero o del dos por ciento de las acciones?

Él levantó sorprendido una ceja.

–¿Estarías dispuesta a arriesgar tanto?

–¿Qué ibas a sugerir tú?

–Un uno por ciento.

Se quedó pensativa. Si Spencer ganaba, sería aún más fuerte con el cincuenta y dos por ciento. Pero si ganaba ella, tendrían los dos un cincuenta. Hablarían de igual a igual entonces.

Aun así, no quería ni pensar en lo pasaría si ella perdía. Por otro

lado, le preocupaban las razones por las que le habría propuesto algo así. Le recordó que era, por encima de todo, un hombre de negocios que no iba a dejar que una relación se interpusiera a la hora de conseguir un éxito en los negocios. Las flores habían sido un buen detalle, pero esa vez no iba a dejar que la conquistara tan fácilmente. Las normas que le acababa de dar eran muy importantes para ella y no iba a dejar que las rompiera.

No iba a perder, estaba decidida a no hacerlo. Esa era su oportunidad de recuperar lo que debería haber sido suyo desde el principio.

–Está bien –le dijo ella después de unos segundos en silencio–. Trato hecho.

–Parece que estás muy segura de que vas a ganar –repuso Spencer sonriendo.

–¡Por supuesto!

–¿Y si pierdes? –le preguntó Spencer.

–Eso no va a pasar –le dijo ella con más seguridad de la que sentía.

Lo conocía lo suficiente como para saber que la iba a poner a prueba, pero tenía un incentivo muy grande para ganarle la partida. Era su oportunidad de mostrarle que era fuerte y dura.

–¿Nos damos la mano para sellar el trato? –le sugirió él.

Dejó que tomara su mano y el estómago le dio un vuelco cuando sus dedos la envolvieron. El calor pasó del cuerpo de Spencer al de ella, incendiando todo su ser. Podía sentirlo recorriendo sus venas y concentrándose en la parte más íntima de su cuerpo, en la cueva secreta de su feminidad. Nunca un apretón de manos había sido un gesto tan sensual y erótico. Era como si, tocando solo su mano, estuviera acariciando su cuerpo y su alma.

No podía dejar que tuviera tanto poder sobre ella. Apartó rápidamente la mano.

–¿No sería mejor que lo hiciéramos por escrito? –le sugirió ella.

Spencer la miró a los ojos y no pudo evitar estremecerse.

–¿Acaso no confías en mí? Esto es un acuerdo entre caballeros.

Isabelle le dedicó una mirada maliciosa.

–Pero me dijiste ayer que no eras ningún caballero, ¿no lo recuerdas?

Capítulo 7

SI tú supieras», pensó Spencer.

–¿Dónde vas a comer hoy? –le preguntó él.

Isabelle parpadeó como si la hubiera desorientado cambiando tan rápidamente de tema.

–Aquí mismo. Suelo comer mientras trabajo.

–Entonces, ¿qué te parece si tenemos una comida de trabajo en mi despacho?

Ella lo miró con cautelosa.

–¿Por qué no vamos mejor a otro sitio? O podemos bajar al restaurante del hotel…

Se dio cuenta de que no quería estar a solas con él. Si había aceptado sus normas había sido porque sabía que Isabelle necesitaba un poco de tiempo para aceptar la idea de tener de nuevo algo con él. No había hecho las cosas bien en el pasado, pero eso no quería decir que no pudiera mejorar. Le gustaba estar con ella, era una compañía estimulante. Isabelle estaba llena de fuerza y energía.

–No lo sugerí porque pensé que te molestaría tener que tratar con la prensa –le dijo él–. Estoy seguro de que estarán esperándonos a la puerta para preguntarnos por nuestra relación.

Ella se mordió el labio inferior, estaba muy pensativa.

–Muy bien. En tu despacho entonces. ¿A qué hora?

No podía dejar de mirarle los labios, recordando cómo era besarlos, tenerlos contra su boca.

–¿A la una, por ejemplo?

–Muy bien –repuso ella colocándose de nuevo tras la mesa como si fuera una barricada–. ¿Querías algo más?

La miró a los ojos, tratando de ver en ella algún rastro de la joven que había conocido en Londres, la chica con una sonrisa que había conseguido desarmarlo por completo. Pensó que quizás estuviera participando voluntariamente en un juego que iba a ser demasiado peligroso. Le gustaban los riesgos, pero solo cuando sabía que podía sacar provecho.

Isabelle ya no era esa joven tímida e inocente, sino una mujer de negocios con la cabeza fría que tenía un objetivo muy claro: hacerse con más participaciones del Harrington.

Él estaba seguro de que iba a conseguir no romper las reglas. Le habían divertido las primeras normas que le había impuesto, pero

sabía que iba a ser duro no poder besarla.

Aun así, había otras maneras de besar. Recordaba demasiado bien haber besado esos turgentes pechos con los labios y la lengua. Se estremeció al recordar su piel sedosa y las marcas que solía dejarle con su áspera mandíbula. Su cuerpo se despertó con un apetito casi primitivo al recordar esos momentos. Tampoco había podido olvidar su largo y esbelto cuello ni esas manos que, cuando lo acariciaban, podían hacerle perder por completo la cabeza.

No había olvidado a esa joven, pero sabía que había cambiado. El tiempo la había endurecido y pensó que quizás la hubiera subestimado. Necesitaba pasar tiempo con ella, tiempo sin interrupciones para poder explorar esa química que tenían los dos, esa atracción tan fuerte que no podían ignorar. Le dio la impresión de que Isabelle temía perder el control de la situación y no entendía por qué. Eran dos adultos sin compromiso que se deseaban. De hecho, creía que no habían dejado de sentir esa atracción durante la última década. Isabelle insistía en asegurarle que no soñaba con formar una familia, que solo le importaba su trabajo. A él le pasaba igual, así que eran dos adultos con los mismos intereses que tenían muy claro que lo que querían de esa relación. Solo les diferenciaba que él tenía la mayoría de las acciones de la empresa. Eso no podía olvidarlo.

Estaba a cargo del hotel al que Isabelle había dedicado toda su vida. Un golpe de suerte lo había colocado en su nuevo puesto, pero esa importante victoria no estaba siendo tan dulce como había imaginado. Se había esforzado mucho para tener la oportunidad de probarse a sí mismo ante su familia, pero no había contado con tener además que lidiar con la atracción que sentía por Isabelle ni con su pasado. Había trabajado demasiado como para darle sin más sus acciones. Temía que se las vendiera a la competencia para vengarse. No sabía si podía confiar en ella, que le había dejado muy claro desde el principio que lo odiaba. Y esa ira, por mucha atracción que sintiera por él, no iba a desaparecer tan fácilmente.

Sabía que Isabelle odiaba desearlo como lo hacía y él había aceptado sus normas porque sabía que podía ganar. Estaba seguro de ello.

–He cambiado de opinión –le dijo él de repente–. En vez de comer, ¿por qué no cenamos juntos en mi suite?

Vio que se sonrojaba y su garganta se movió como si estuviera tragando saliva.

–Bue–bueno, si quieres…

La miró de arriba abajo. Llevaba un vestido que le tapaba las rodillas y una chaqueta de aspecto muy formal. Era un atuendo muy remilgado y se preguntó si se habría vestido así para evitar que su propio cuerpo la traicionara. Esa ropa escondía sus curvas. Pero, aun

así, podía sentir la pasión que hervía a fuego lento dentro de ella. Era una energía eléctrica que chocaba con la suya cada vez que sus miradas se encontraban.

–Ponte algo cómodo –le dijo.

Sus ojos marrones brillaron desafiantes.

–Me pondré lo que quiera.

–Nos vemos a las siete –le dijo Spencer lanzándole un beso desde la puerta.

Isabelle dejó escapar un largo suspiro cuando la puerta se cerró. Le ardía el cuerpo y tenía los nervios a flor de piel. No podía dejar de temblar de deseo. Temía estar cometiendo un grave error al aceptar participar con él en un juego tan peligroso. Pero creía que todo valdría al final la pena si podía recuperar parte de las acciones.

Spencer la deseaba y sabía que esa era su debilidad, la única de la que era consciente. Ese hombre era un poderoso enemigo. Desprendía una fuerza y una potencia muy masculinas, casi podía sentir la testosterona que rezumaba de él cuando estaban en la misma habitación. Por eso tenía que evitar que la besara. Ese hombre podía desarmarla por completo solo con un beso. Creía que en los besos había demasiada intimidad, demasiadas emociones. Temía entregarse a él por culpa de un inocente beso. Era algo que no le había pasado con nadie más.

Esperaba poder así controlar un poco las cosas y que no se le fuera todo de la mano.

Quería tener una relación basada en el deseo, el placer y tratarlo de igual a igual. Se lo planteaba casi como un acuerdo de negocios. Spencer la deseaba y ella a él. Creía que podía obligarse a no sentir y dejar que su cuerpo se hiciera cargo.

Alguien llamó a la puerta. Era Laura.

–¿Retiro el té?

–Sí, por favor.

La mujer colocó todo de nuevo en la bandeja mientras la miraba con el ceño fruncido.

–¿Todo bien?

–Por supuesto –repuso Isabelle forzando una tensa sonrisa.

–Es normal que ese hombre te guste al menos un poco. Es muy atractivo.

–Las apariencias no lo son todo –respondió ella sonrojándose.

–Pero vosotros tenéis además mucho en común. Los dos venís de familias dedicadas a la hostelería y ya no eres tan joven. A tu edad estaba casada y tenía tres hijos.

Isabelle la fulminó con la mirada. Empezaba a perder la paciencia

con ella.

–Estoy dedicada por completo a mi carrera, Laura. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? No todas las mujeres quieren un marido, una familia y una casa en el campo.

–Sé que a tu madre le habría encantado verte con un buen hombre. No con alguien como tu padre. A lo mejor estoy hablando demasiado, pero tienes que reconocer que no fue un buen padre. Lo que necesitas es un hombre que te adore, te apoye y esté siempre de tu lado, dispuesto a defenderte contra viento y marea.

–No creo que Spencer Chatsfield pudiera ser ese hombre. Es un mujeriego.

–Bueno, los mujeriegos se convierten en los mejores maridos –le dijo Laura–. Cuando se enamoran, lo hacen de verdad.

Lo último que podía imaginarse era que alguien como Spencer se enamorara de ella. Creía que sería absurdo soñar con algo así después de lo que le había pasado hacía diez años. Si alguien como Spencer podía enamorarse de ella, lo habría hecho entonces, no en ese momento de su vida, cuando se había convertido en una introvertida e independiente adicta al trabajo.

Fingió estar muy concentrada leyendo algo en la pantalla de su ordenador, pero no funcionó.

–Hay cierta química entre los dos, ¿no? –le preguntó Laura–. Lo sentí en cuanto entré antes.

–Tienes demasiada imaginación.

–¿Seguro?

Isabelle la miró a los ojos.

–Detesto a ese hombre –le dijo con firmeza.

–Por supuesto –repuso Laura con ojos brillantes–. No habría tanta química si no lo odiaras.

–No sabes lo que dices –susurró mirando de nuevo la pantalla del ordenador.

–Lo odias porque ha conseguido ganarte la mano, siempre fuiste muy competitiva. Supongo que eres así porque, siendo una mujer, has tenido que luchar mucho desde el principio para que te tomaran en serio. Pero no todos los hombres son como tu padre y tu hermano. El señor Chatsfield es exigente y un poco cruel, pero te respeta.

–¿Por qué dices eso? –le preguntó ella frunciendo el ceño mientras la miraba con interés.

–Está claro que es un hombre que sabe cómo disculparse –le dijo Laura señalando el ramo.

–¿Has leído la tarjeta?

–Por supuesto. Lo leo todo –confesó la mujer–. A no ser que esté marcado como «confidencial».

Apretó los labios. No quería tener que hablarle de su pasado. La

única persona que conocía el alcance de esa relación era su amiga Sophie. Ni siquiera sus hermanas lo sabían.

Pero su secretaria no era tonta y temía que acabara descubriéndolo por sí misma. No sabía cómo iban a poder mantener su relación en secreto si el personal los veía entrar y salir de sus respectivas suites. Después del artículo de esa mañana, nadie iba a creerse que estuvieran hablando de negocios durante esas reuniones. Le preocupaba lo que el personal pensara de ella, pero no sabía si esa relación empeoraría o mejoraría su reputación. Sabía que todos pensaban que era una mujer fría y distante. Pensó que quizás una aventura con el nuevo director general la hiciera parecer más humana.

–De ahora en adelante, preferiría que no leyeras nada que me envíe Spencer Chatsfield.

–Entonces, ¿es cierto lo que dice la prensa? ¿Hay algo entre los dos? –le preguntó Laura levantando sorprendida las cejas.

–¿Desde cuándo es tan importante para ti mi vida privada?

–Desde que volviste de Londres hace muchos años y te apartaste del resto del mundo –contestó su secretaria–. Cambiaste mucho entonces. Me di cuenta en cuanto te vi. Dejaste de sonreír y no querías hablar con nadie. Te encerraste en ti misma y no querías ver a nadie.

–Fue difícil volver a Nueva York después de vivir en Londres. Me costó encajar aquí de nuevo.

–Yo pensé que te había afectado mucho ver que tu padre estaba con Liliana. Recuerdo que se casaron poco después. Pero no estabas así por ellos, ¿verdad?

Estaba perdiendo la paciencia con ella.

–¿No tienes un montón de trabajo pendiente?

–Estabas así por él, ¿verdad? El señor Chatsfield fue el que te rompió el corazón.

Isabelle se levantó y se cruzó de brazos, como si estuviera tratando de protegerse.

–No quiero hablar de ello.

–Debe de haber sido muy difícil para ti no tener una madre que te apoye en estos casos –le dijo Laura con amabilidad–. Has tenido que ser fuerte por Eleanore y Olivia, mientras tu hermano hacía lo que le venía bien. ¿No crees que ya ha llegado la hora de que hagas algo solo para ti? ¿Que te diviertas? ¿Que vivas un poco?

Isabelle se mordió el labio antes de contestar.

–Es complicado.

–Siempre es complicado cuando un hombre y una mujer se desean, pero sienten que no deberían dejarse dominar por esa atracción –repuso Laura–. Pero ¿qué tiene de malo que disfrutes de una pequeña aventura ahora que eres una mujer fuerte, con más años de experiencia y más sabia? ¿Quién sabe? Puede que esta vez funcione.

No tienes nada que perder.

Pero Isabelle no estaba de acuerdo. Tenía mucho más que perder de lo que Laura pensaba.

Isabelle puso una mano temblorosa sobre su vientre mientras esperaba a Spencer, estaba de pie frente a la puerta de su suite y le parecía surrealista estar en esa situación. Los dos tenían claro que estaba allí para acostarse con él. Era todo tan aséptico y frío… Le costaba creer que hubiera aceptado hacerlo. Iba a ser solo sexo nada más.

Oyó unos pasos dentro de la suite y la puerta se abrió, pero solo un poco. En lugar de abrazarla apasionadamente como había esperado que hiciera, se quedó mirándola con el ceño fruncido.

–Lo siento, pero ¿te importaría dejarlo para otro día? –le preguntó.

Durante un segundo, se preguntó si tendría a otra mujer en la habitación. Llevaba un albornoz y su cabello estaba húmedo. Respiró profundamente mientras trataba de controlar su ira, pero vio entonces que Spencer estaba muy pálido y que parpadeaba como si le estuviera molestando la luz del pasillo.

–¿Estás bien?

–Sé que es un cliché, pero me temo que me duele la cabeza.

Pero ella sabía lo suficiente sobre dolores de cabeza para saber que lo que estaba experimentando era en realidad una migraña. Por eso le estaba molestando tanto la luz.

–¿Te has tomado algo para el dolor? –le preguntó en voz baja.

–Sí, me he tomado algo que no tardará en empezar a hacer efecto. Iba a mandarte un mensaje, pero la verdad es que casi no veo –le dijo pasándose la mano por el pelo con gesto de dolor.

–Te acompaño a la cama –repuso ella agarrando suavemente su brazo–. Lo mejor es que te acuestes en una habitación a oscuras.

Le sorprendió ver que le dejara hacerlo sin protestar. Cuando llegaron al dormitorio, abrió la cama y le ayudó a quitarse el albornoz. Se le fueron los ojos a su tonificado cuerpo y no pudo evitar recordar momentos de pasión vividos con él en el pasado.

Le costaba seguir odiándolo al verlo tan débil y vulnerable. Sintió compasión por él. Sabía que era un momento de mucho estrés para él, que su familia estaría pendiente para ver si estaba a la altura y conseguía dirigir con mano dura la cadena.

Frunció el ceño. Le costaba creer que pudiera ser tan tonta como para preocuparse por su nivel de estrés. Se suponía que debía mantener sus emociones a raya. Después de todo, ese hombre era su enemigo, alguien que le había robado todo por lo que tanto había trabajado.

Lo tapó cuidadosamente con la sábana y apagó la lámpara de la mesita. Vio que hacía una mueca de dolor al oír el interruptor. Se acercó a las ventanas y corrió las cortinas.

Después, volvió a la cama y lo observó. Spencer no había quitado de la mesita la torre de preservativos, los lazos de terciopelo ni el resto de la erótica parafernalia con la que ella misma había decorado la habitación. No pudo evitar sentir cierta vergüenza al ver esas cosas y su cuerpo, indefenso y vulnerable, bajo las sábanas.

Salió de puntillas del dormitorio y cerró suavemente la puerta.

Capítulo 8

SPENCER se despertó de un sueño muy profundo. Aún estaba algo aturdido por culpa de la medicación, pero la migraña había mejorado mucho, solo tenía ya un leve dolor. Se levantó lentamente de la cama para evitar marearse. Fue un alivio ver que ya no tenía náuseas. Fue al baño e hizo una mueca al ver su reflejo en el espejo. Llevaba sufriendo migrañas desde los veintinueve, habían empezado poco después de que descubriera que no era quien había creído que era. Afortunadamente, las crisis eran cada vez menos frecuentes, pero, cuando tenía una, lo debilitaba durante horas y le impedía hacer una vida normal. Como le había pasado la noche anterior con Isabelle.

Había estado tan mal cuando ella llegó a la suite que no recordaba mucho, solo que ella le había ayudado a meterse en la cama. Le avergonzaba que lo hubiera visto en ese estado, nunca dejaba que nadie lo hiciera. Normalmente, se limitaba a encerrarse hasta que pasara la migraña. Pero Isabelle había ido a verlo antes de que pudiera contarle que se encontraba mal y lo había sorprendido con la guardia baja.

Se lavó la cara y se cepilló los dientes. Después, salió del baño y fue a la sala de estar de la suite. Se detuvo en seco cuando vio a alguien acurrucado en uno de los sofás. Isabelle dormía con la mejilla apoyada en una de sus manos y las piernas dobladas frente a su pecho, parecía una niña. Se quedó mirándola durante unos minutos. Aún llevaba el vestido negro de la noche anterior, una elegante chaqueta y un collar de perlas. Siempre le había fascinado lo elegante que era y le hizo sonreír que hubiera elegido un conjunto tan clásico cuando los dos sabían para qué había ido a su suite la noche anterior.

Era una mujer tan bella… Sin pensar en lo que hacía, se agachó para apartar con suavidad un mechón de pelo que se había soltado del moño.

Isabelle abrió de repente los ojos y se sentó muy deprisa.

–¡Oh, no! Me quedé dormida –exclamó ella–. ¿Qué tal estás?

Vio que se sonrojaba al ver que él solo llevaba una toalla alrededor de sus caderas.

–Mucho mejor.

–Bueno, será mejor que te deje para que puedas vestirte e ir a trabajar…

–Espera –le dijo él agarrando su brazo–. ¿Qué prisa tienes? Aún es

temprano. Isabelle lo miró con algo de suspicacia. Se le había corrido el rímel durante la noche y le enterneció ver la piel algo manchada bajo sus ojos castaños. No pudo evitar que su cuerpo reaccionara con fuerza cuando vio que se mordía el labio. Deseaba tanto sentir esos dientes contra su boca… Se acercó más a ella y acarició sus labios con el pulgar. Isabelle contuvo el aliento y recordó entonces la primera vez que la besó, la sorpresa que había visto en sus ojos y la suavidad de su boca. No había olvidado el dulce sabor a vainilla en sus labios ni su tímida lengua jugando con la de él.

Algo frustrado, recordó que habían prometido que no iba a haber besos. Creía que quizás por eso sentía en ese momento que moriría si no la besaba.

Inclinó la cabeza hasta tener la boca a un lado de su esbelto cuello, justo debajo de su oreja. Sintió que Isabelle temblaba contra él, olía a gardenias o a algo muy parecido.

–¿Puedo besarte aquí? –le susurró.

Ella se estremeció de nuevo y su cuerpo se acercó más a él.

–Sí… –le dijo casi sin aliento.

Subió un poco más la boca, hasta llegar al lóbulo de su oreja.

–¿Y aquí?

–Sí… –susurró ella–. Sí…

Tomó su oreja entre los dientes con suavidad, pero con la presión suficiente para mantenerla atada a él. Sintió que se estremecía una vez más y escapaba un gemido de sus labios. Bajó de nuevo por su cuello, besando y mordisqueando su piel perfumada, escuchando cada inspiración y sintiendo cómo temblaba. Podía sentir su deseo, tan urgente y ardiente como el de él.

Le quitó la chaqueta de punto y le bajó lentamente la cremallera que tenía en la parte de atrás del vestido, dejando al descubierto su hombro para poder besarlo también. Mientras jugaba con la lengua sobre su suave piel, Isabelle no dejó de gemir, haciendo que la deseara aún más. Su cuerpo ya estaba listo y sabía que ella podía sentir su erección a través de la tela de la toalla.

Como si le hubiera leído la mente, o el cuerpo, Isabelle le quitó la toalla y dejó que cayera al suelo. Fue increíble sentir su fría y pequeña mano en su erecto miembro. Le habría bastado esa caricia para perder por completo el control, pero no podía permitir que sucediera. Trató de concentrarse en seguir desnudándola.

Le quitó el vestido, que también acabó en el suelo y le desabrochó el sujetador. Se inclinó para tocar con su boca la curva superior de sus pechos, deslizando los labios sobre su suave y pálida piel. Se mantuvo alejado de sus tensos pezones hasta que ella le rogó entre gemidos que les prestara atención. Rodeó entonces uno de sus pezones con la lengua, lamiéndolo y chupándolo mientras ella gritaba de placer y

agarraba con fuerza su cabeza.

Sin dejar de besar sus pechos, bajó las manos hasta tocar sus breves braguitas de encaje. Se estremeció al notar lo húmeda que estaba ya la tela. Se las bajó muy despacio y ella le ayudó a quitárselas, apoyando las manos en sus hombros para no perder el equilibrio.

Comenzó entonces a acariciar su sexo con uno de sus dedos, un roce muy leve que provocó que Isabelle se estremeciera de nuevo. Cuando deslizó por fin ese dedo en su interior, estuvo a punto de perder el control al ver su increíble reacción. Isabelle presionó su cuerpo contra el de él y comenzó a gemir y gritar fuera de sí mientras la acariciaba con movimientos rítmicos y firmes. Isabelle se retorció y jadeó cuando tocó su clítoris, era casi como si le sorprendiera estar sintiendo tanto placer, tantas sensaciones increíbles.

La sujetó por la cintura mientras ella trataba de calmar su aliento tras alcanzar un intenso clímax. Un bello rubor cubría sus mejillas y su escote.

Isabelle sostuvo entonces su mirada mientras llevaba una mano a su pene, ejerciendo con sus dedos una presión perfecta, como si conociera instintivamente sus necesidades. Lo acarició con el pulgar sin dejar de mirarlo con ojos traviesos y sintió que le temblaban las piernas. No le costó adivinar lo que iba a hacer. Se estremeció cuando vio que se ponía de rodillas frente a él.

–¿Puedo besarte aquí? –le preguntó ella dejando que su cálido aliento acariciara su erección.

–No tienes por qué…

No pudo terminar la frase cuando sintió que ya lo tenía en su boca. Era una sensación increíble.

Con gran esfuerzo, se apartó de ella.

–No sin preservativo –le dijo de manera entrecortada.

–Pero antes no te importaba…

–Es más seguro con protección –la interrumpió tomando su mano para llevarla al dormitorio–. Además, no vamos a echar a perder las docenas de preservativos que me compraste.

Isabelle le dedicó una tímida mirada.

–¿No me dijiste que eran demasiado pequeños?

Spencer se rio mientras tomaba uno de los paquetes y se lo daba a ella.

–Sí, es verdad. Pero ¿por qué no probamos? A lo mejor estaba equivocado.

Sus dedos temblaron mientras le colocaba la protección. No sabía si sería por timidez, por falta de práctica o porque lo deseaba tanto como él a ella. Vio que se agachaba de nuevo, pero la detuvo.

–No, quiero estar dentro de ti.

La llevó sin soltarla a la cama, viendo como le brillaban los ojos con

deseo. Se tumbó sobre ella, apoyando su peso sobre los brazos. Isabelle separó los muslos para hacerle sitio y rodeó su cuello con los brazos. Vio que se fijaba en su boca y supuso que también ella lamentaba no poder besarlo. Pero vio también incertidumbre en su mirada y pensó que quizás se estuviera arrepintiendo de haber llegado a esa situación.

–¿Todo bien? ¿Quieres esto? –le preguntó.

–Claro –repuso ella con tanta firmeza como si estuviera también tratando de convencerse a sí misma–. ¿Por qué no iba a quererlo? Solo se trata de sexo, nada más.

–Así es –respondió él mientras se deslizaba lentamente dentro de ella.

Empezó a moverse poco después, construyendo un ritmo pausado, no quería precipitarse. Era difícil controlarse cuando por fin estaba así con ella. Creía que estaba tan excitado porque llevaba dos meses sin acostarse con nadie, había estado demasiado ocupado con el trabajo y había dejado un poco de lado su vida social.

Pero algo le decía que ese nivel de excitación no tenía nada que ver con su breve periodo de celibato, sino con lo que había entre Isabelle y él, con la atracción que sentían. El deseo lo consumía y los movimientos se volvieron cada vez más duros, más profundos, más rápidos. La oyó jadear sin parar y sus gritos se mezclaban con los de él. Fue consciente en ese instante de cuánto la había echado de menos durante la última década.

Estaba tan familiarizado con su cuerpo que se sentía como si hubiera llegado por fin a casa después de una larga ausencia. Estaba en un lugar donde se sentía de verdad libre y relajado. Sabía que Isabelle lo entendía y que tenía una habilidad especial para adivinar lo que quería.

A él le pasaba lo mismo con ella. Sin dejar de moverse, deslizó una mano entre sus cuerpos, sabía lo que necesitaba Isabelle para echarse a volar. Le encantó comprobar que era tan sensible a sus caricias como lo había sido en el pasado. No tardó mucho en conseguir que gritara con desesperación, alcanzando un fuerte clímax que la hizo sacudirse con fuerza entre sus brazos. Poco después la siguió él, lo dominó un intenso orgasmo que le hizo temblar de placer.

Una dulce sensación de cansancio lo inundó de repente, recorriendo cada músculo de su cuerpo mientras se relajaba sobre ella.

–¿He ido demasiado deprisa? –le preguntó él un par de minutos después.

Isabelle se movió contra él y acarició con las manos la base de su espalda.

–No. Ha sido increíble.

Se apoyó en los codos para mirarla.

–Tú sí que has sido increíble. Ha estado mejor de lo que recordaba.

Ella se mordió el labio brevemente y se fijó después en su boca. Supuso que ella también se moría de ganas de besarlo.

–Pensé que no te acordarías, has estado con tantas mujeres desde entonces… Una década es mucho tiempo. Supongo que habrás estado con cientos…

Levantó su barbilla para que lo mirara a los ojos.

–La prensa exagera las cosas para vender más ejemplares. No han sido tantas.

–¿No ha habido nadie importante en todo ese tiempo? ¿Alguien lo suficientemente especial como para pasar con ella al menos una semana?

Sonrió al oír su pregunta.

–Bueno, hace un par de años estuve con la misma mujer durante quince días.

Vio que fruncía el ceño.

–¿Con quién?

–No recuerdo su nombre.

Le pareció que se relajaba algo, pero no del todo.

–¿Quién dio por terminada la relación? ¿Tú, verdad?

–Sí, fui yo.

–¿Por qué?

–No lo sé, me aburrió la situación –repuso él encogiéndose de hombros mientras se apartaba para deshacerse del preservativo.

Cuando volvió a la cama, Isabelle estaba sentada con las piernas dobladas y los brazos alrededor de sus rodillas. Estaba despeinada y tenía un aspecto delicioso.

–¿Qué es lo que te aburre de tus amantes? –le preguntó.

–Muchas cosas.

–¿Como qué? –insistió ella.

–¿Tienes hambre? –le preguntó él.

Isabelle frunció el ceño de nuevo.

–No me has contestado.

Spencer se levantó de la cama. No le gustaba hablar de las mujeres con las que había estado y menos aún con ella. No le enorgullecía su amplio historial, sabía que el problema lo tenía él, no esas mujeres. Había tratado de no romper sus corazones dejándoles muy claras sus intenciones desde el principio. Estaba con ellas para lidiar con una necesidad física, nada más. A veces utilizaba el trabajo para calmar ese deseo, otras veces se dejaba llevar y tenía aventuras que no solían durar más de una noche.

Pero, después de hacer el amor con Isabelle, había recordado cómo podía ser el sexo cuando dos personas estaban en sintonía. La parte física alcanzaba otro nivel, uno en el que no se daba solo la unión de

dos cuerpos, sino que había una conexión especial, casi mágica. Hasta esa noche, había supuesto que, con el tiempo, había llegado a idealizar lo bien que lo habían pasado juntos, pero había sido aún mejor de lo que recordaba.

Sentía que su cuerpo la había reconocido y había respondido a ella de una manera intuitiva que desafiaba la lógica. No entendía por qué el sexo con ella era tan satisfactorio, tan excitante que deseaba repetir una y otra vez. Acababa de estar dentro de ella y ya sentía que el deseo volvía a despertar en su interior.

Se agarró al borde del colchón mientras libraba esa batalla en su interior. No sabía si levantarse y alejarse de la tentación que era el cuerpo de Isabelle o ceder al deseo de perderse en ella.

Como si ella hubiera adivinado lo que le pasaba, pasó un dedo por su columna vertebral hasta llegar a sus nalgas. Sintió que se le acercaba y no tardó en sentir sus pechos contra los omóplatos. Fue una caricia tan erótica que se encendieron de golpe todos sus sentidos.

Se dio la vuelta y la empujó mientras se tumbaba sobre ella. Se moría por hundirse de nuevo en la húmeda calidez de su sexo.

–¿A qué hora empiezas a trabajar? –le preguntó él.

–Normalmente, a las siete.

–Muy temprano.

Isabelle acarició con un dedo su mandíbula.

–Menos mal que hemos decidido no besarnos. Así no verá nadie esas marcas rojas que tu barba solía dejarme en la cara.

Agarró su mano, le dio la vuelta y besó con ternura su palma mientras la miraba a los ojos.

–Has roto una de tus normas.

Sus ojos se encendieron.

–¡No, claro que no!

–Sí, has pasado aquí la noche.

–Pero no en tu cama –protestó ella.

–Eso no cambia nada.

–Claro que sí, no tergiverses mis reglas –le pidió ella.

–¿Por qué te quedaste?

–No era mi intención, pero esperé para asegurarme de que estabas bien y supongo que me dormí. Es un sofá muy cómodo –le dijo Isabelle sonriendo–. Lo son todos los sofás del Harrington. Los elegí personalmente. Están hechos a mano con telas importadas de Italia. ¿Lo sabías?

–Creo que en realidad lo hiciste porque, a pesar de tus normas, tenías el deseo subconsciente de pasar la noche conmigo.

Isabelle apretó los labios y se apartó de él.

–No, no es verdad –protestó ella.

–Dúchate conmigo.

–No, tengo que dar de comer a Atticus y cambiarme de ropa.

La observó mientras recogía su ropa con movimientos algo rígidos, como si estuviera incómoda.

–Quiero verte esta noche –le dijo él.

–Ya veremos, a lo mejor estoy ocupada.

Se acercó a ella al ver que estaba teniendo problemas con la cremallera de su vestido y la subió lentamente. Después, le apartó el pelo a un lado y le dio un beso en la nuca. Sintió que se estremecía contra él. Sabía que a ella también le tentaba quedarse unos minutos más.

–¿Qué te parece si esta vez voy yo a tu suite?

–No vas a poder quedarte –le recordó Isabelle.

Fue moviendo su boca por el cuello y sintió que se estremecía.

–No, claro que no. Ni siquiera me atrevería a soñar con ello.

Isabelle inclinó la cabeza mientras él seguía besándola. Un suave gemido escapó de su boca cuando llegó con los dientes al lóbulo de su oreja. También su cuerpo reaccionó al instante.

Subió las manos desde sus caderas hasta llegar a sus pechos, acariciándolos través de la ropa. Ella gimió de nuevo y apretó aún más su trasero contra él.

–Estás haciendo trampas, no es justo… –susurró ella.

–También haces trampas tú –repuso sonriendo.

Isabelle suspiró y se apartó de él, girando para mirarlo.

–Me tengo que ir, de verdad. Tengo una reunión con el personal de limpieza. Además, como sabes, tengo una gran fiesta que organizar y…

Puso un dedo en sus labios para callarla.

–Relájate, cariño. Te has vuelto una mujer muy estresada.

Ella se apartó y lo fulminó con la mirada.

–Ya te dije el otro día que no quería que me llamaras así.

–¿Otra norma más?

Isabelle apretó los labios.

–Por muchas normas que te imponga, sé que encontrarás la manera de saltártelas. Eso lo haces estupendamente. Eres como el resto de tu familia.

Spencer negó con la cabeza.

–En eso sí que te equivocas. No soy como mi familia –le dijo–. Ni siquiera pertenezco en ella.

Isabelle lo miró frunciendo el ceño.

–¿Qué quieres decir?

Suspiró al oír su pregunta. Lamentó haber bajado tanto la guardia con ella. Pero estaba viviendo un momento tan estresante y agotador… No le extrañó que hubiera tenido una migraña. Le estaba afectando mucho tener que fingir que era alguien que en realidad no

era, tener que guardar ese secreto. Pero, si quería confesarle la verdad a alguien, Isabelle era la persona menos indicada.

Antes de saber la verdad, había tenido una vida llena de privilegios y riqueza, como la de sus hermanos. Pero, después, no había podido ignorar lo diferente que habría sido su existencia si lo hubiera criado su padre biológico. Podría haber tenido una vida de pobreza y abusos, en vez de riqueza y lujo. Aunque tampoco olvidaba que su infancia no había sido feliz. Su madre siempre había sido muy distante con él y su padre, aún más. Solo después de saber la verdad había entendido por qué nunca se había sentido a gusto en esa familia. Habían pasado muchos años, pero seguía sin saber quién era ni cuál era su sitio en el mundo. El trabajo lo había salvado, había sido su única constante, algo en lo que concentrarse para no pensar. Utilizaba su puesto en la empresa para demostrar que era digno del apellido que no le correspondía legalmente.

–¿Spencer? –insistió ella con voz suave–. ¿Qué has querido decir?

La miró. Isabelle lo observaba con sus grandes ojos marrones y la boca entreabierta, esa boca que tanto anhelaba besar. Se dijo entonces que no importaba que ella supiera quién era en realidad. Olvidó de repente por qué le había parecido tan transcendental mantener esa parte de su pasado oculto y no contárselo a ella. Respiró profundamente y se lo dijo antes de que pudiera cambiar de opinión.

–No soy hijo biológico de Michael Chatsfield.

Capítulo 9

ISABELLE lo miró durante unos momentos sin comprender sus palabras.

–¿Qué?

Spencer se había alejado de ella y estaba poniéndose el albornoz. No le respondió hasta que terminó de hacerlo.

–Mi madre tuvo una aventura al principio de su matrimonio. Se supone que lo hizo para vengarse de mi padre. Y yo fui el producto de esa infidelidad.

No podía creerlo. Estaba conmocionada y no quería ni imaginarse cómo se habría sentido él al saberlo. Se preguntó cuándo lo habría descubierto y no entendía por qué no se lo había dicho antes. Le costaba imaginar que no fuera un Chatsfield al cien por cien, incluso se parecía a sus hermanos… Pero se dio cuenta entonces de que el color de su pelo era distinto y también eran diferentes sus ojos, pero eso no quería decir que no compartieran la misma sangre.

–¿Cuándo te enteraste?

–Cuando tenía veintinueve años.

–¿Veintinueve? –repitió ella casi sin aliento–. ¿Cómo lo descubriste? ¿Quién te lo dijo?

Spencer se pasó la mano por la cara y, ese momento, le pareció más viejo. Como si no tuviera solo treinta y cuatro años.

–No me lo dijo nadie. Si no hubiera oído a mis padres discutir sobre ello, a lo mejor aún no lo sabría. Me enfrenté entonces a ellos y me contaron la verdad. Bueno, solo parte de la verdad. Mi hermano Ben también lo sabe. James aún no.

Se le encogió el corazón al imaginar cómo se habría sentido al saberlo. Y supuso que aún sufría.

–Es terrible… Me imagino que sería horrible enterarse de algo así.

–Más de lo que piensas –repuso Spencer con una mirada irónica.

–¿No podría haber habido un error? A lo mejor tu madre se estaba acostando con los dos. ¿Has hecho una prueba de paternidad para estar absolutamente seguro?

–No hay dudas sobre mi verdadero padre. Mi madre lo tuvo muy claro desde el principio. Además, me encargué de que se hicieran las pruebas necesarias para confirmarlo.

–¿Quién es tu verdadero padre?

Spencer bajó la mirada con el ceño fruncido. Le dio la impresión de

que lamentaba haberle confesado la verdad.

–Nadie importante.

–Eso da igual, Spencer. Sea importante o no, es tu padre.

–Gracias por recordármelo –replicó amargamente.

Tragó saliva al ver que había conseguido hacerle daño.

–¿No es buena persona?

Spencer se acercó a una de las ventanas de la habitación. Y se quedó allí en silencio un buen rato, de espaldas a ella mientras contemplaba las vistas.

–Bebía mucho, se arruinó jugando y golpeó a su última pareja tanto que tuvo que ser hospitalizada –le contó él–. Murió mientras conducía borracho y no puedo decir que lo sienta.

Se quedó mirándolo. Vio que tenía todos los músculos muy tensos y le pareció que estaba tan solo… Era como si hubiera un muro invisible a su alrededor que nadie pudiera atravesar. Lo que acababa de decirle explicaba por qué era como era, por qué le importaba tanto tener éxito.

–¿Por qué me lo has dicho?

Se volvió a mirarla, pero su expresión no dejaba entrever lo que estaba pensando.

–Supongo que me has pillado en un momento de debilidad.

–Tú no tienes momentos de debilidad, Spencer.

Él esbozó media sonrisa al oírlo.

–Me temo que contigo sí.

Se acercó a él y acarició su brazo mientras lo miraba a los ojos.

–Gracias por confiar en mí.

Spencer levantó con cinismo una ceja.

–¿Puedo confiar en ti? ¿Cómo sé que no vas a contárselo todo a la prensa para vengarte?

Frunció el ceño y apartó la mano de su brazo.

–¿De verdad crees que haría algo así?

–No lo sé –respondió Spencer encogiéndose de hombros–. Pero creo que es un riesgo que voy a tener que tomar.

–Ten en cuenta que no solo te estaría haciendo daño a ti, sino también a tu madre, a Michael y a tus hermanos, uno de los cuales está casado con mi hermana.

Spencer se quedó observándola durante un momento.

–¿Sabes qué es lo más curioso de todo esto? –comenzó él sin esperar a que ella respondiera–. Siempre tuve la sensación de estar fuera de lugar, nunca conseguía que mis padres se sintieran orgullosos de mí, hiciera lo que hiciera, lograra lo que lograra. Me fue muy bien en el colegio y en la universidad, pero nunca conseguía su atención. Actuaban como si fuera invisible.

–Supongo que sería terrible para ti –le dijo ella–. Terrible de verdad.

Spencer sonrió con amargura.

–Bueno, supongo que podría haber sido peor si hubiera tenido que vivir con mi padre biológico. A saber entonces en qué tipo de persona me habría convertido…

Le tocó en el brazo de nuevo.

–Estoy segura de que serías igual.

Spencer puso su mano sobre la de ella y la apretó con ternura.

–¿Por qué estás siendo tan dulce conmigo?

Miró sus dos manos, la piel de Spencer era mucho más oscura que la suya. Eran diferentes y, sin embargo, más parecidos de lo que le habría gustado admitir. Los dos eran independientes, ambiciosos, disciplinados… Y los dos sentían resentimiento hacia la vida que les había tocado vivir.

–No lo sé, supongo que me he cansado de estar siempre enfadada contigo.

Spencer le apartó un mechón de pelo de la cara y lo colocó tras su oreja.

–Te aseguro que me avergüenza cómo me comporté cuando nos conocimos. En mi defensa solo puedo decir que era joven, descarado y engreído. Te deseaba y no paré hasta hacerte mía.

Estaban teniendo una conversación tan sincera y la atmósfera era de tanta intimidad que le costaba recordar por qué lo había odiado tanto. Le había emocionado que confiara en ella lo suficiente como para compartir algo tan importante. Sobre todo cuando ella podría utilizar esa información contra él.

Tenía la impresión de que la adquisición del hotel era esencial para Spencer porque necesitaba probarle a su familia de lo que era capaz aunque la sangre de los Chatsfield no corriera por sus venas.

–¿Por eso querías comprar mi hotel? ¿Para que tu familia te respetara?

–Esa fue una de las razones –repuso Spencer con algo de tristeza–. Pero también para demostrármelo a mí mismo.

–¿No podrías haber elegido otro hotel? –le preguntó con algo de resentimiento.

Spencer le pasó un dedo por la mejilla.

–Siempre me ha gustado la sofisticación y elegancia del Harrington y lo que representa.

La miraba de una manera que le hizo pensar que no hablaba del hotel, sino de ella. Pero sabía que no debía hacerse ilusiones ni cometer el error de sentir nada por él. Tenía que mantener el corazón bajo llave.

–Pero quieres cambiarlo, crees que no estamos sacando provecho de todos sus activos.

–Solo quiero maximizar y potenciar lo que ya has estado haciendo

tú –le aseguró Spencer–. Tenemos que hacer que el hotel esté muy por encima de sus competidores, por eso tenemos que llevar a cabo nuestra misión y visitarlos en secreto para poder comparar.

–Pero ¿cómo vamos a mantener nuestras identidades en secreto? Sabrán quiénes somos en cuanto nos registremos en otro hotel.

–Ya he solucionado ese problema.

–¿Cómo? –le preguntó con suspicacia.

–Alguien ha sido tan generoso como para regalarnos un bono de alojamiento con todos los gastos pagados. Solo tenemos que aparecer y ya está.

–Pero nos pedirán en recepción la tarjeta de crédito por si incurriéramos en algún gasto imprevisto como el minibar o el servicio de habitaciones. Es una práctica habitual.

–El personal de recepción no va a ser tan curioso como para mirar el nombre de mi tarjeta de crédito.

–Creo que lo harán cuando vean que es una tarjeta de platino.

–No. Ya no voy por ahí presumiendo de dinero como hacía antes.

–¿Por qué? ¿Tienes ahora la sensación de que esa riqueza no te pertenece?

Spencer no contestó y apartó la mirada.

–Bueno, será mejor que deje que te vayas a trabajar. Los dos tenemos un día muy largo por delante –le dijo después de unos segundos en silencio.

Isabelle suspiró, recogió su bolso y lo miró de nuevo. Spencer estaba de nuevo frente a los ventanales que daban a Central Park. Quería ir hacia él, pero sintió que necesitaba estar solo.

–Esta noche estoy libre si aún estás interesado –le dijo ella.

Spencer no se volvió, pero vio que sus hombros se relajaban un poco.

–Sé que voy a pasar todo el día deseando que llegue ese momento –le confesó él.

«Yo también», se dijo ella. Lo iba a desear mucho más de lo que debía.

Isabelle le dio unos toques finales a la comida que acababan de subirle de la cocina. Tenía las velas encendidas, el vino en la cubitera y las luces algo más tenues de lo habitual. Nunca había recibido a nadie en su habitación, ni siquiera habían estado allí las pocas amigas que tenía. Solía reunirse con ellas en cafés o restaurantes. Le parecía raro invitarlas a un hotel. Sabía que también era extraño que ella viviera allí, pero nunca le había tentado la idea de vivir en otro sitio. Era mucho más cómodo alojarse donde trabajaba, pero tenía que reconocer que Spencer había conseguido hacerle pensar en cómo sería

vivir fuera del hotel, tener un piso en Manhattan o una casa en los Hamptons para poder usarla cuando necesitara huir del estrés de Nueva York.

Sonó el timbre y se pasó las manos por la falda. Estaba nerviosa, había estado todo el día pensando en lo que había pasado esa mañana, en lo increíble que había sido volver a hacer el amor con él.

Sacudió la cabeza con firmeza al ver que su subconsciente le jugaba una mala pasado. No habían hecho el amor, solo había sido sexo. Nada más. No podía olvidarlo.

Abrió la puerta y se lo encontró frente a ella con algo colgando de sus dedos.

–¿Qué demonios es eso? –le preguntó sonriendo.

–Un regalo para Atticus –repuso mientras le entregaba un ratón de juguete.

Lo miró con los ojos entrecerrados.

–Acabas de romper una de las normas.

–El regalo no es para ti –repuso él–. Pensé que, ya que no puede atrapar ratones de verdad, le vendrá bien tener al menos uno de juguete.

Cerró la puerta tras él y fueron directos a la sala de estar. Atticus estaba acurrucado en el sofá.

–¿No me habías dicho que iba a tener que deshacerme de él?

Spencer acarició al gato detrás de las orejas y Atticus comenzó a ronronear de puro placer.

–Me da pena que tenga que estar encerrado en un hotel. No es el mejor sitio para un gato. Debería tener un jardín donde pudiera disfrutar del sol. ¿No les gusta eso a los gatos?

Le dio la impresión de que no se estaba refiriendo solo a Atticus.

–¿Quieres tomar algo?

–Sí, pero espera un segundo, quiero ver si le gusta el regalo a Atticus –le dijo Spencer mientras le daba cuerda al juguete y lo dejaba en el suelo.

Atticus saltó del sofá para ir tras el juguete. No tardó en darle caza, golpeándolo con sus patas mientras el falso ratón daba vueltas hasta quedarse sin cuerda.

–¿Ves? –le dijo Spencer sonriendo–. Es un asesino nato.

–Por eso está mejor aquí encerrado, así no mata a nadie –respondió ella mientras le ofrecía la copa de champán que acababa de servirle.

–¿Qué tal tu día? –le preguntó Spencer.

–Bien. ¿El tuyo?

Vio que él la miraba a los ojos con el ceño fruncido.

–¿Te arrepientes?

–¿De qué?

–De lo de esta mañana.

Trató de que su expresión fuera indescifrable, pero era difícil teniéndolo tan cerca.

–No.

–Yo tampoco –repuso Spencer acariciando su mejilla con un dedo–. Me ha gustado poder hacerlo. Me refiero a lo de contarte la verdad sobre mi padre.

–Me alegra que lo hicieras, aunque no entiendo por qué, de todas las personas a las que podías habérselo dicho, me eligieras a mí.

Spencer recorrió el contorno de su boca con el mismo dedo y sintió que se derretía de placer.

–Se supone que los amantes comparten secretos, ¿no?

No pudo evitar pensar en el secreto que tenía ella. No sabía si debía decírselo, hablarle del dolor que le había producido la pérdida del bebé, la culpa que todavía sentía, lo difícil que era ver a una mujer embarazada o a un niño pequeño… Sentía mucha envidia de esas madres.

Pero no estaba lista para decírselo, era demasiado pronto. No sabía si podía confiar en él.

–Creo que nosotros no tenemos ese tipo de relación.

Spencer tomó su barbilla para que levantara la cara hacia él.

–Podríamos tenerla.

Sintió la tentación de perderse en el mar azul de su mirada, pero sabía que no debía hacerlo, que Spencer se estaba limitando a seducirla con sus encantos para que se relajara y perdiera la apuesta. Creía que todo aquello no era más que un juego para él.

–Jamás podría funcionar –le dijo apartando la mano de Spencer–. Vives en Inglaterra y yo, aquí.

–Podrías mudarte.

–¿Y dejar todo por lo que tanto he trabajado? Eso no va a pasar, por muy buen amante que seas.

Spencer la miró frunciendo el ceño.

–No puedes estar satisfecha con esta vida. Por el amor de Dios, ¡vives en un hotel con un gato! Y hace siglos que no tienes una relación seria con alguien. ¿Cómo puedes decir que eres feliz?

–Yo no he dicho que lo fuera –repuso ella dando un paso atrás–. Pero, ¿quién lo es? No creo que tú lo seas por muchas aventuras que tengas. ¿Quién eres tú para decirme que soy infeliz?

–Tienes razón –le dijo Spencer suspirando–. Lo siento. No tengo derecho a juzgarte.

–Muy bien, voy a terminar de preparar la cena.

–Espera –le pidió él agarrando su brazo y mirándola a los ojos–. Quiero que seamos amigos además de amantes. No tenemos por qué estar continuamente echándonos en cara el pasado. ¿No podemos empezar de nuevo?

Le parecía imposible lo que le sugería, no podía simplemente retroceder el reloj y olvidar todo el daño y el dolor como si nunca hubiera sucedido.

Como si su bebé no hubiera existido nunca…

–No se puede borrar el pasado. La vida no funciona así. Al menos yo no lo veo así.

–Sé que es difícil y siento haberte hecho daño. Era demasiado orgulloso y terco para luchar por lo que teníamos. Pero anoche, cuando vi que te habías quedado conmigo, dormida en el sofá… Significó mucho para mí, ¿sabes? Supongo que por eso te conté lo de mi padre. Supe que podía confiar en ti.

Había sinceridad en su mirada y pensó que quizás le estuviera diciendo la verdad al asegurarle que quería más que una aventura. Era una idea tan tentadora… Pero temía que aplastara de nuevo sus esperanzas.

–Creo que, por ahora, deberíamos seguir las normas que te dije. No estoy lista para nada más.

Vio que había algo de tristeza en sus ojos.

–Creo que nunca he querido besar tanto a alguien como lo deseo ahora mismo.

–Adelante, no te voy a detener si quieres hacerlo.

–Crees que puedes ganar la apuesta, ¿verdad? –repuso con media sonrisa Spencer.

Contuvo la respiración al ver que se le acercaba él y su aliento se mezclaba con el de ella.

–Vamos –lo incitó ella–. Te reto a que lo hagas.

Bajó la boca hasta tenerla a un milímetro de la de ella, la besó a un lado y otro de la boca, en la mejilla y en el mentón.

–Eres la mujer más fascinante que he conocido nunca –le susurró Spencer.

–Deja esos halagos para alguien que vaya a creérselos.

Spencer se echó hacia atrás para mirarla con el ceño fruncido.

–¿Acaso crees que no lo digo en serio?

Le habría encantado creerlo. Era lo que más quería, pero ya le había hablado de esa manera en el pasado y las cosas no habían acabado nada bien entre ellos.

–Lo que creo es que se te da muy bien conseguir lo que quieres por el medio que sea. Ya sea con halagos o desplegando tus encantos. Incluso rompiendo algunas normas para salirte con la tuya.

Spencer le pasó el pulgar por el labio inferior. Era algo había hecho a menudo en el pasado, algo que la excitaba y le hacía desear mucho más. La necesidad recorría todo su cuerpo.

–No te caigo demasiado bien, ¿verdad? –le preguntó Spencer–. ¿Todavía me odias?

Isabelle bajó la mirada hacia su boca.

–Un poco.

–Pero no tanto como antes –añadió Spencer con un brillo triunfal en su mirada.

–No –reconoció ella–. Pero espero que tu ego sobreviva al ver que no voy a enamorarme de ti.

–¿Te enamoraste hace diez años?

La pregunta la dejó con la boca abierta y no supo qué decir. No quería pensar en cómo se había sentido entonces. El dolor, el sentimiento de traición y la decepción que sintió cuando Spencer le arrebató de golpe todo lo que creía haber tenido. Pero no iba a admitir hasta qué punto se había enamorado de él. Ya era bastante humillante que Spencer viera cuánto lo seguía deseando.

–Supongo que estaba un poco obsesionada contigo, fuiste mi primer amante –le dijo ella–. Pero no tardé en recuperarme en cuanto acabó todo.

Tuvo la sensación de que le había decepcionado su respuesta.

–¿Tienes todo listo para que cenemos ahora o la comida puede esperar? –le preguntó después.

–No, podemos cenar más tarde –respondió ella.

–Estupendo –susurró Spencer bajando la cabeza para besar su cuello–. Porque ahora mismo tengo otras cosas en mente que son mucho más urgentes…

Se estremeció al sentir su lengua sobre la piel y despertaron de repente sus sentidos. Su cuerpo se acercó tanto al de ella que podía sentir el calor y la potencia de su erección. Se apretó contra él, nadie la excitaba tanto como ese hombre. Era como una fuerza incontrolable dentro de su cuerpo que la consumía por completo.

Spencer dejó sus hombros para bajar las manos por sus costados hasta llegar a la cadera, atrayéndola contra su pelvis hasta que sintió la firmeza de su erección. Ella metió la mano entre los dos y lo acarició, le encantó ver cómo se estremecía de placer.

–Quiero verte desnuda –le dijo Spencer sin dejar de besarle el cuello.

Isabelle acercó su boca hasta tenerla a un milímetro de la de él, tentándolo a besarla.

–Entonces, desnúdame

Spencer le sacó la blusa de su estrecha falda y comenzó a desabrocharla poco a poco, besando la piel que iba desvelando. Cuando por fin llegó a la altura de sus pechos, estaba ya sin aliento. Chupó sus pezones a través de la tela del sujetador, provocándole un placer casi insoportable. Estaba deseando que le quitara esa prenda para poder sentir por fin su boca en la piel.

Cuando terminó con los botones, le quitó la blusa y la tiró al suelo.

Se deshizo después del sujetador y la acarició por fin con sus manos, moviendo los pulgares sobre sus pezones hasta conseguir que se tensaran por completo. Bajó entonces la boca, pero no hizo nada con ella, se limitó a atormentarla con su cálido aliento y una suave caricia de su lengua de vez en cuando.

No podía pensar en nada, estaba perdiendo la cabeza por momentos. El deseo que sentía por él la recorría con la fuerza y velocidad de una descarga eléctrica. No podía controlar la respuesta de su cuerpo, no habría podido aunque hubiera querido hacerlo. Estaba en sus manos, entregada a ese hombre y a su deseo. Apenas podía controlar los gemidos ni dejar de estremecerse entre sus brazos.

Spencer bajó la cremallera de su falda y se quedó sin aliento al sentir sus manos calientes en el trasero. No tardó en deslizarlas bajo sus braguitas y ella volvió a estremecerse de placer. Le quitó a él los pantalones y la ropa interior. Le temblaban las manos. Estaba desesperada y necesitaba sentirlo. Comenzó a acariciarlo con la mano ahuecada y con movimientos rítmicos, pero Spencer solo le permitió hacerlo durante unos segundos. Después, le quitó la mano sin decir nada. Supuso que él también estaba sin habla.

La empujó hasta que terminaron los dos en el suelo. Lo hizo con cuidado para no hacerle daño, pero con una urgencia que le dejó muy claro que también a él lo consumía la pasión.

Vio que se incorporaba un poco para sacar algo del bolsillo de su pantalón. Era un preservativo. Abrió el paquete con los dientes y se lo puso con una destreza y rapidez que le recordó cuánta experiencia tenía ese hombre.

Spencer comenzó a acariciarla íntimamente y no tardó en encontrar su clítoris. Le sorprendió la precisión con la que lo hizo. Arqueó la espalda, levantándola del suelo, en cuanto su cuerpo se estremeció con el preludio de un orgasmo que sentía ya muy cerca. Fue entonces cuando Spencer se deslizó dentro de ella con un movimiento suave, pero firme, que provocó una explosión de placer en su interior. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron y empezaron a temblar, no podía controlar los espasmos y las sensaciones que la dominaban. Unas sensaciones que iban en aumento con cada profunda embestida, dejándola sin aliento, haciendo que todo su cuerpo volara hasta unas cotas de placer desconocidas hasta ese momento.

No podía dejar de moverse y retorcerse sobre la moqueta, gritando con desesperación y aferrándose a él con fuerza cuando Spencer por fin se dejó llevar y gritó como un animal salvaje. Le encantó sentir cómo se estremecía, nunca se había sentido tan satisfecha ni tan cerca de otra persona. A los dos les estaba costando recobrar el aliento.

–Espero que la moqueta no te haya hecho daño en la piel, las rozaduras por fricción no son agradables –le dijo Spencer después de

un buen rato.

Isabelle siguió recorriendo con las yemas de los dedos su columna vertebral como si estuviera tocando el piano.

–A lo mejor no lo sabías, pero en el Harrington tenemos las mejores moquetas de lana del mercado, que además no provocan ese tipo de rozaduras.

Spencer se incorporó apoyándose en los codos y la sonrió.

–Creo que debería hacer una prueba de control de calidad –le dijo mientras la hacía rodar hasta tumbarse boca arriba con ella a horcajadas sobre sus caderas.

El pelo suelto de Isabelle cayó sobre sus pechos, acariciándolo como había hecho Spencer con sus manos hacía solo unos minutos. La miraba con tanto deseo en sus ojos que se sintió más fuerte, viva y sexy de lo que se había sentido nunca. Y eso hizo que se sintiera también muy audaz. Estaba encima de él, una postura completamente nueva para ella.

Se recogió el pelo con la mano y bajó la cabeza hasta que su boca estuvo muy cerca de su miembro viril. Le pasó la lengua por encima, muy lentamente. Tanto que oyó que Spencer maldecía entre dientes.

Subió después con los labios hasta llegar a esa zona tan sensible que tenía entre el ombligo y la base de su pene. Lamió su piel con la punta de la lengua, bajando poco a poco sin dejar de besarlo hasta estar donde lo quería. Spencer no podía dejar de retorcerse de deseo.

–Me estás matando –le susurró sin aliento.

Levantó la vista para mirarlo con los ojos entrecerrados.

–Y aún no he terminado contigo…

Spencer trató de alargar la mano hacia sus pantalones para sacar otro preservativo, pero le dio una palmadita en el brazo para que no lo hiciera y se inclinó un poco más para tomarlo por fin con su boca. Comenzó a chupar y mover los labios sobre su pene. No se detuvo hasta que un profundo y largo gemido escapó de su garganta. Sintió entonces que se tensaba todo su cuerpo. Se incorporó para terminar con sus manos y poder así observarlo cuando por fin llegara al orgasmo. Le pareció muy excitante poder ver cómo fluía su esencia a borbotones, cómo se derramaba en su mano.

–Siempre había querido hacerlo… –le dijo ella mientras le ofrecía un pañuelo de papel.

Spencer se limpió rápidamente y la miró después a los ojos. Había un brillo especial en los de él.

–Tenías razón. Tus moquetas son estupendas.

Isabelle se inclinó hacia adelante para darle un beso en el torso.

–¿Tienes hambre? –le preguntó.

–¿Has cocinado para mí?

–No, ni siquiera tengo cocina.

–Entonces, ¿siempre comes la que sirve el hotel?

–Bueno, no siempre –le contestó mientras se ponía su ropa interior–. Salgo de vez en cuando.

Spencer se incorporó para mirarla mientras se vestía.

–¿No te cansas de comer siempre lo mismo?

–No, me aseguro de que cambien el menú con regularidad.

–¿Sabes cocinar? –le preguntó Spencer levantándose y poniéndose los pantalones.

–¿Qué es esto? ¿Una entrevista para ser ama de casa o esposa? Si quieres a alguien que cocine para ti, acuéstate con un chef. Yo tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo.

Spencer se puso la camisa sin dejar de mirarla.

–¿Por qué estás así, tan a la defensiva?

–No es eso. Pero me molesta que me preguntes si cocino solo porque soy mujer.

–Pero te gustaba cocinar –le recordó él–. Me lo dijiste cuando salíamos juntos.

–Bueno, todo eso ha cambiado –le dijo ella yendo hacia el comedor–. Tengo una carrera que me importa mucho. Seguro que tú tampoco cocinas para tus amantes.

Spencer dejó escapar un largo suspiro. Parecía algo frustrado.

–¿Por qué siempre terminamos discutiendo?

–No lo sé –le dijo ella con tristeza–. Puede que sea así porque los dos queremos demostrar algo.

–A mí no tienes que demostrarme nada, Isabelle.

Ella no estaba tan segura.

Metió la comida en el microondas para calentarla. Estaba de espaldas a él, pero sintió que se le acercaba. Colocó sus fuertes manos en la cintura y la besó en el cuello. Se olvidó inmediatamente de la comida y se giró hacia él, había mucho deseo en sus ojos azules.

–No quiero discutir contigo –le aseguró ella–. Pero no puedo soportar la idea de perder todo por lo que he trabajado tan duro.

–Los dos podemos tener lo que queremos –respondió Spencer–. ¿No te das cuenta?

«¿Y qué es lo que quiero?», se dijo ella. No estaba segura. Tenía claro que deseaba que el hotel permaneciera bajo su control, pero no creía que eso pudiera ocurrir, no cuando Spencer tenía la mayoría de las acciones. Por otro lado, deseaba a ese hombre, pero no quería volver a sufrir. Estaba disfrutando de esos momentos de intimidad con él, pero no quería perderse a sí misma y olvidar quién era, sobre todo cuando temía que la relación no durara más de un par de semanas. También anhelaba tener una familia, pero no podía arriesgarse a sufrir una pérdida como la que había experimentado en el pasado.

–¿Qué es lo quieres tú? –le preguntó ella.

–A ti.

–¿Durante cuánto tiempo?

Spencer apretó con más fuerza su cintura.

–Nunca he buscado nada a largo plazo, pero la sensación que tengo contigo es diferente a lo que haya podido compartir con ninguna otra mujer. Estamos muy bien juntos, Isabelle. Muy bien.

Se preguntó si de verdad la desearía a ella o si estaría cortejándola para que no se enfrentara a él por el control del hotel. Sabía que era muy importante para Spencer probar su valía frente a su familia. Tampoco ella tenía claras sus motivaciones. Quería que el hotel siguiera siendo de los Harrington. Lo había dado todo para conseguirlo. Había renunciado a tener una vida normal por ese trabajo.

–Solo puedo darte esto –le dijo ella finalmente–. Una aventura es todo lo que quiero, nada más.

Spencer soltó su cintura y se apartó.

–Te has enfadado –agregó ella.

–¿Por qué lo dices?

–Estás frunciendo el ceño.

Spencer dejó de hacerlo en cuanto se lo dijo.

–No, no es verdad.

Isabelle suspiró y le dio la ensaladera.

–Lleva esto a la mesa, por favor. Yo llevaré el pollo cuando esté listo.

Spencer llevó la ensalada griega a la mesa del comedor. Isabelle había encendido velas, todo tenía un aspecto muy romántico, pero no podía evitar tener la sensación de que era una farsa. Esa mujer le había dejado muy claras sus intenciones. Irónicamente, eran las mismas que había tenido él en el pasado. Isabelle solo quería una aventura, nada más.

Sabía que debía alegrarse, pero se sentía distinto y una aventura no era suficiente para él. No entendía lo que le estaba pasando, pero algo había cambiado. Volver a estar con ella, tocarla y hacerle el amor como lo habían hecho había conseguido despertar en él unos sentimientos que había estado tratando de ignorar. Sentimientos que le recordaban que había estado viviendo una existencia superficial e inútil, tanto como las múltiples aventuras que solía tener.

No sabía cómo había llegado a tener ese tipo de vida.

Le había conmovido mucho que Isabelle se quedara a cuidarlo la noche anterior, cuando él había estado sufriendo por culpa de una migraña. Era algo que nadie había hecho nunca por él y le había hecho pensar en cómo sería tener una relación de verdad con alguien,

una relación en la que uno cuidaba al otro, respetándolo y dejando que creciera para alcanzar todo su potencial.

Sabía que la relación de sus padres lo había condicionado, pero él quería algo más de la vida y no entendía cómo podía haber tardado tanto tiempo en darse cuenta de ello.

Creía que por eso le había confesado a Isabelle quién era su padre biológico, había sentido que ella no lo iba a juzgar por ello, sino que iba a ayudarle a entender por qué era como era.

Dejó la ensalada en la mesa y se acercó a la estantería donde Isabelle tenía todos sus libros muy ordenados y en una fila perfecta. Todo menos uno. Estaba un poco salido de la formación, como si lo hubiera guardado deprisa. Fue a enderezarlo, pero algo le hizo sacarlo. Era una antología de poesía inglesa. Había poemas de Keats, de Wordsworth… Se puso a hojearlo, pero algo que había entre las páginas cayó al suelo. Se inclinó para recogerlo y oyó que Isabelle entraba en ese momento en el comedor. Miró el papel y se quedó sin aliento. El corazón comenzó a latirle con fuerza en el pecho.

No podía creerlo. Era la foto de una ecografía en la que se veía claramente un diminuto feto.

Se volvió para mirar a Isabelle y le dio un vuelco el corazón al ver la expresión de su cara.

–¿Qué es esto? –le preguntó con voz entrecortada.

Isabelle se acercó y le quitó la foto, sosteniéndola cerca de su pecho.

–Iba a decírtelo…

–¿Decirme el qué?

Isabelle se mordió el labio inferior y apartó la mirada.

–La ecografía es mía. Yo… Me quedé embarazada.

Sus palabras lo sacudieron por dentro. No podía creerlo.

«¿Se quedó embarazada? ¿Quién es el padre? ¿Dónde está el bebé?», se dijo él sin conseguir ordenar sus pensamientos.

Le dolió más de lo que podría haber imaginado ver que Isabelle había estado embarazada de otro hombre. Era una noticia tan impactante que le costaba aceptarlo.

–¿Cuándo? –susurró él.

Vio que tragaba saliva antes de contestar.

–Fue hace diez años.

–¿Qué? –exclamó completamente aturdido.

A Isabelle le temblaba el labio como si estuviera a punto de echarse a llorar.

–Perdí el bebé cuando estaba de cuatro meses.

Abrió la boca y la cerró de nuevo. No le salía la voz y el corazón le latía como si acabara de correr una maratón. Tenía un nudo en la garganta.

–¿Te quedaste embarazada de…? ¿Era mi hijo? ¿Por qué no me

lo…?
–No lo descubrí hasta volver a Estados Unidos –lo interrumpió Isabelle.
–¡Por el amor de Dios! ¿Por qué no me lo dijiste entonces?
Isabelle apartó la mirada sin soltar la foto, que aún sujetaba contra su pecho.
–Al principio me costó aceptarlo, me hice un montón de pruebas. Era como si estuviera viviendo una pesadilla. No quería estar embarazada –le confesó ella–. No quería estar embarazada de ti.
–Vaya, gracias –replicó muy dolido.
–No quería decir eso. Ni de ti ni de nadie. Era demasiado joven, aún echaba de menos a mi madre. No me veía capaz de convertirme yo en madre.
No podía dejar de pensar en lo que acababa de decirle. Había estado embarazada de él, había tenido en su vientre un bebé que habían hecho ellos. No había sido solo un montón de células de los dos, sino un bebé. El bebé de ellos dos.
–Pero siempre usamos preservativos… –susurró él.
–Algo debió de fallar.
Se sintió muy mal al pensar que aquello pudiera haber sido culpa suya. Y le dolía también cómo había terminado todo, cómo la había apartado de su vida como si no hubiera significado nada para él. Él sabía mejor que nadie lo importante que era asumir la responsabilidad como padre, pero ni siquiera había sabido que ella había estado embarazada.
–No sé qué decir… No sé cómo arreglar esto –le confesó él.
–No puedes hacerlo.
Se acercó a ella muy despacio.
–¿Puedo verlo? –le preguntó en voz baja.
Isabelle le entregó la foto.
–Verla –lo corrigió–. Era una niña.
Algo se encogió dentro de él al saber que había tenido una hija a la que nunca iba a conocer. Pero, durante unos meses, esa niña había existido. La miró emocionado. Era muy pequeña, pero ya había empezado a desarrollar su forma humana. Nunca se había imaginado con hijos, sobre todo después de saber que era el fruto de una relación ilegitima. Pero ver que había perdido una hija sin saberlo le dolió más de lo que podría haber imaginado.
Había sido el padre de una niña. Le ardían los ojos y parpadeó para alejar las lágrimas.
–¿Ya habías pensado en un nombre para ella? –le preguntó cuando se recuperó un poco.
–Sí, la llamaba Olive cuando hablaba con ella.
–Olive –repitió él mirando la imagen–. Me gusta. ¿Me podrías hacer

una copia?

–Sí, la tendrás mañana mismo.

–¿Quién más sabe de ella?

Isabelle se mordió de nuevo el labio.

–Solo Sophie.

–¿Solo? –preguntó frunciendo el ceño–. ¿No se lo dijiste ni siquiera a tu padre o a tus hermanas?

Isabelle negó con la cabeza.

–¿Por qué no me lo dijiste? Tenía derecho a saberlo. Deberías haberte puesto en contacto conmigo de inmediato.

–¿Para que hicieras qué? –preguntó casi llorando–. ¿Para que me convencieras de que lo mejor que podía hacer era abortar?

–¿De verdad crees que te habría presionado para hacer algo en contra de tu voluntad?

Isabelle se apartó y metió la foto de nuevo en el libro, que colocó en la estantería con los otros.

–No lo sé. Y entonces estaba aún más confusa –le dijo mirándolo de nuevo–. Cuando supe lo de la apuesta, me sentí traicionada. Pensé que lo último que querrías de mí después de aquello sería que te pusiera una demanda de paternidad y te exigiera el pago de una manutención.

Un montón de emociones se mezclaron dentro de él. Sentía culpa, vergüenza y arrepentimiento.

–Aun así, creo que deberías habérmelo dicho. De un modo u otro, te podría haber ayudado.

–Vamos, Spencer. Sé sincero. Te habrías asustado si te lo hubiera dicho, no me habrías apoyado.

–¿Cómo lo sabes? –replicó enfadado–.¿Cómo puedes saber cómo habría reaccionado cuando no me diste la oportunidad de hacerlo?

Isabelle se dio la vuelta y se quedó mirando la estantería. Vio que parecía muy tensa y le estaba dejando claro que no quería saber nada de él. Le dolió que lo tratara de esa manera, que no hubiera contado con él para algo que había estado a punto de cambiar la vida de los dos. Le parecía increíble que no se lo hubiera dicho, que hubiera mantenido el secreto durante tanto tiempo.

Pero vio entonces que le temblaban los hombros y se le hizo un nudo en la garganta. Él era el culpable de que estuviera así, el que tanto daño le había hecho. Y todo por disfrutar de unos cuantos días de placer en su cama. Después, la había dejado destrozada y sola. Ella no se lo había dicho a nadie, solo a su mejor amiga. Se dio cuenta de que no tenía derecho a estar enfadado, no tenía ni idea de todo por lo que ella debía de haber pasado.

Se acercó a ella y la hizo girar hacia él. Las lágrimas corrían por sus mejillas y le temblaban los labios. Era la primera vez que la veía llorar. Siempre había sido muy dura, fuerte y luchadora. Pero vio en

ese momento a la aterrorizada joven que había sido y se sintió aún peor.

–Lo siento –susurró secándole suavemente las lágrimas con el pulgar–. Sé que no es suficiente, pero te aseguro que lo siento mucho.

Isabelle tragó saliva y parpadeó un par de veces.

–Estaba tan asustada… No sabía qué hacer.

La abrazó contra su pecho.

–Y yo no sé qué decirte. Me siento como si te hubiera destrozado la vida.

Isabelle se echó hacia atrás para mirarlo. Tenía los ojos enrojecidos.

–Al principio estaba muy confusa, por eso tardé tanto en aceptarlo. Tenía la esperanza de que todo fuera un error. Pero, poco después, empecé a aceptarlo y a hacer planes. Ya me imaginaba con el bebé, pensaba en cómo sería tener a alguien que me necesitara y alguien a quien querer con locura. Decidí entonces que quería ser el tipo de madre que estaba dispuesta a todo por sus hijos…

Acarició su cabeza y sus mejillas con ternura.

–Me duele tanto que tuvieras que pasar por todo eso.

–Me sentí tan sola cuando… Cuando la perdí. Salí ese día del hospital sintiendo que acababa de dejar allí mi corazón. Aquel sitio estaba lleno de familias que acudían a visitar a bebés recién nacidos, a felices mamás. Fue muy duro, como si todo el mundo quisiera torturarme por haber fracasado como madre y haber perdido al bebé.

La atrajo de nuevo contra su pecho y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–No fracasaste, cariño. Fuiste una madre perfecta para ella. La quisiste e hiciste todo lo posible por protegerla.

–Siento no habértelo dicho –le confesó ella–. Tienes razón, tenías derecho a saberlo.

Acarició suavemente su pelo, tenía las emociones a flor de piel.

–No te preocupes por mí, lo que me duele es que tuvieras que pasar por tanto tú sola. Por mucho que quiera, no puedo dar marcha atrás al reloj ni deshacer lo que ocurrió.

Isabelle se apartó de él con una sonrisa muy débil.

–Lo siento, sé que la idea era cenar juntos, pero ya no tengo hambre. Estoy agotada y me gustaría acostarme ya –le dijo ella.

Se dio cuenta de que no había una invitación en sus palabras y supuso que necesitaba un tiempo a solas. Esperaba que fuera eso y no que hubiera decidido que era mejor no tener nada con él.

–¿Quieres estar sola? –le preguntó apartándole un mechón de la cara.

–Sí, lo siento.

Estaba decepcionado, pero decidió que era mejor no tratar de hacerle cambiar de opinión. Lo que acaba de saber le había afectado

mucho y también él necesitaba tiempo para procesarlo y para decidir cómo manejar las cosas a partir de ese momento.

–En vez de la cena, desayunaremos mañana juntos. Te lo traeré yo –le dijo él.

–Buena idea –repuso Isabelle con otra sonrisa triste que no llegó a sus ojos.

Isabelle cerró la puerta después de que saliera Spencer y se apoyó contra ella. Por un momento, había pensado que iba a insistir y tratar de quedarse con ella esa noche. Había visto indecisión en su mirada. Incluso había tenido la sensación de que iba a besarla, pero supuso que habría recordado a tiempo la apuesta. Le parecía increíble que Spencer hubiera estado pensando en ganarla cuando acababa de decirle que había estado a punto de ser padre hacía diez años.

Una voz en su cabeza le recordó que ella había sido quien le había pedido que se fuera, pero creía que, si de verdad le importaba, se habría quedado para consolarla.

Sabía que lo que acababa de decirle había cambiado las cosas entre ellos y que, a partir del día siguiente, Spencer la trataría como si no hubiera pasado nada entre ellos.

Pero estaba decidida a que esa vez no le rompiera el corazón, iba a estar preparada.

Capítulo 10

SPENCER pasó una noche horrible, mirando el reloj cada dos por tres y sin dejar de dar vueltas. No podía dejar de pensar en su miedo al compromiso, la sensación claustrofóbica que le hacía sentir que todos lo controlaban, el terror a no estar a la altura de la familia Chatsfield…

En ese momento, sentía que había perdido el control de su vida.

Pensó también en el bebé, en cómo sería Olive si todo hubiera ido bien, si se habría parecido a Isabelle, a él o a los dos. Se preguntó también si habría sido un buen padre para ella.

Tenía muchas dudas. No sabía qué habría hecho si ella se lo hubiera dicho. Eso era lo que más le atormentaba, pensar que a lo mejor no habría estado a la altura de las circunstancias.

A la mañana siguiente, se acercó a su habitación con la bandeja del desayuno que había encargado. No entendía por qué estaba tardando tanto en abrir la puerta. Volvió a llamar, preocupado por ella. Lamentó no haberse quedado para consolarla.

Una voz en su interior le recordó por qué no lo había hecho, porque no quería perder el dos por ciento de las acciones del hotel.

Tenía que reconocer que era muy competitivo. No quería ser el tipo de persona capaz de poner los negocios por delante de las personas, pero había trabajado muy duro para lograr esa adquisición y demostrarle su valía a su familia y también a sí mismo.

La puerta se abrió de repente e Isabelle lo miró con frialdad.

–He cambiado de opinión sobre lo de desayunar juntos –le dijo.

–¿Podemos hablar?

Isabelle apretó los labios durante unos segundos.

–Si insistes…

Se apartó para que entrara y Spencer dejó la bandeja en la mesa más cercana. Después, se acercó a ella y vio que estaba tratando de ocultar lo que sentía.

–¿Qué tal has dormido? –le preguntó.

–Bien. ¿Y tú? –repuso Isabelle.

–Fatal.

Ella no dijo nada, se limitó a mirarlo con los brazos cruzados y dureza en la mirada.

–No puedo cambiar lo que pasó, Isabelle. Nadie puede, pero ahora puedo tratar de resarcirte por todo lo que sufriste.

–¿Cómo?
Fue una palabra que sintió como un puñetazo en las entrañas.
–Podemos empezar de nuevo –le dijo–. Estamos bien juntos, mejor que bien. Debería haberme dado cuenta hace diez años, pero… Bueno, a lo mejor sí lo hice y por eso me aparté de ti. No sé si entiendes lo que trato de decir.
Isabelle levantó con orgullo la cara, era un gesto desafiante y combativo.
–¿Me habrías pedido que me casara contigo si te hubiera dicho lo del bebé? –le preguntó.
–Si eso era lo que querías…
Ella se echó a reír con amargura.
–¿Y cuánto tiempo piensas que habría durado? No estábamos hechos el uno para el otro.
–No estoy de acuerdo.
Isabelle puso los ojos en blanco y le dio la espalda.
–Tenías veinticuatro años, no estabas preparado para casarte. ¡Ni siquiera estás listo ahora!
Se acercó a ella por detrás y puso las manos en sus hombros. La hizo girar hacia él.
–Podemos empezar de nuevo –susurró–. Podemos casarnos y tener otro bebé.
Isabelle abrió la boca y vio fuego en sus ojos.
–¿Cómo puedes proponerme algo así! ¡Eres un imbécil insensible!
–¿Por qué? ¿Qué pasa?
Isabelle se apartó de él y se frotó los brazos como si su contacto la hubiera manchado.
–No quieres casarte conmigo. Solo me lo has propuesto porque te sientes culpable.
–Quiero que estemos juntos –le dijo con sinceridad–. Podemos casarnos o no, eso no me importa, pero quiero que seamos pareja.
Isabelle le lanzó una mirada de desprecio.
–Lo que quieres es mi hotel, no a mí.
Tomó sus manos y le sorprendido lo frías que estaban, como dos bloques de hielo.
–Escúchame, Isabelle. Eres tú quien me importa y no tiene nada que ver con el hotel.
–Demuéstralo –repuso ella con gesto desafiante.
–¿Qué más puedo decir para convencerte?
–Dame el dos por ciento de las acciones.
Apretó con ternura sus manos. Después, las soltó.
–No puedo hacer eso. Eso no me lo pidas.
Estaba dispuesto a todo, menos a eso. No entendía cómo podía pedírselo, había trabajado demasiado duro para conseguirlo. No podía

hacerlo.
Isabelle lo miraba con más frialdad aún.
–Entonces, creo que es mejor que te vayas, nuestra aventura ha terminado. No tengo nada más que decirte –le anunció ella.
–¿De verdad quieres que terminen así las cosas?
–Tú eliges.
–¡Maldita sea, Isabelle! Me estás pidiendo lo imposible.
–Lo que me parece a mí imposible es que creas que sigo siendo tan tonta. Creías que ibas a poder controlarme con unas cuantas caricias, bonitos regalos y sexo ardiente. Pero ¿sabes qué? Te has equivocado conmigo. No te quiero. De hecho, ni siquiera me gustas.
Apretó la mandíbula con fuerza al oír sus palabras.
–No te creo.
–Sigue engañándote a ti mismo si eso es lo que quieres –repuso Isabelle–. Me da igual.
–Hicimos un bebé juntos. ¿Eso no significa nada para ti?
–No te atrevas a nombrarla –le advirtió ella con dolor en la mirada.
Soltó de golpe el aire que había estado conteniendo. Eran tantas las emociones que luchaban dentro de él que casi no podía ni pensar. Estaba enfadado con Isabelle y también frustrado, pero se sentía tan culpable por lo que había pasado que solo quería abrazarla y no soltarla nunca.
Los sentimientos que tenía hacia ella siempre lo habían confundido. El amor era algo que siempre había evitado sentir, pero cuando ella le había dicho que no lo quería había sentido un gran vacío en su corazón. Se había acostado con él, pero solo le había entregado su cuerpo.
Igual que había hecho él durante años con cada una de sus muchas amantes.
Pero prefería no pensar en eso, en lo superficial que había sido su vida hasta ese momento. Necesitaba tiempo para pensar, habían pasado demasiadas cosas durante las últimas veinticuatro horas y tenía que procesar y entender las emociones que se habían instalado en su corazón.
–Seguiremos hablando más tarde, mientras cenamos, por ejemplo –le dijo con un poco más de tranquilidad–. Creo que los dos necesitamos tiempo para pensar qué vamos a hacer ahora.
Isabelle seguía con los brazos cruzados sobre el pecho.
–Yo ya lo he decidido.
El vacío en su interior se hizo aún más grande al ver cómo lo miraba Isabelle, pero se negó a mostrarle lo dolido que estaba.
–Bien, como quieras –susurró tomando su chaqueta y mirando a Atticus–. Te mereces algo mucho mejor que esto, amigo –agregó mientras acariciaba su cabeza.

Isabelle le dedicó una mirada venenosa.
–Era feliz hasta que apareciste.
Spencer la miró ya desde la puerta y levantó una ceja.
–¿Seguro que lo era?

Unos minutos más tarde, Isabelle entró enfada en su despacho.
–Anula todas mis reuniones –le pidió a Laura–. Voy a salir unos días de la ciudad.
–¿Quieres que llame a una residencia para mascotas?
–No. Me llevo a Atticus conmigo –respondió Isabelle.
–¿A dónde vas?
Se preguntó si sería prudente decírselo. Temía que Spencer tratara de sacarle esa información. Pero, si pasaba algo durante su ausencia, era importante que Laura pudiera contactar con ella.
–Me voy a una casa en los Hamptons. La reservé anoche por Internet y aceptan mascotas.
–Bueno, ya era hora de que te tomaras un descanso –le dijo Laura–. Te merecías estas pequeñas vacaciones. ¿Va el señor Chatsfield contigo?
Isabelle la miró con ceño fruncido.
–¿Qué? ¿Por qué iba a irme con él? ¿De dónde has sacado algo así? –le preguntó enfadada.
–Perdóname, pero pensé que os llevabais bien.
Se rio con amargura.
–Todo lo contrario. Lo odio más de lo que creía posible odiar a nadie.
–Eso es buena señal –repuso Laura–. Es una moneda de dos caras. El odio y el amor. Todo lo que necesitas es darle la vuelta y ahí está ese otro sentimiento.
Apretó los labios. Empezaba a perder la paciencia con ella.
–No me llames a no ser que sea una emergencia.
–¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?
–Una semana –contestó Isabelle–. Espero que a Chatsfield no le dé por cambiar cosas en el hotel durante mi ausencia. Conociéndolo, es capaz de instalar un burdel o algo así.
–¿Crees que huir como lo estás haciendo es la mejor manera de lidiar con él?
Cada vez estaba más enfadada.
–No estoy huyendo.
Laura la miró, pero no dijo nada.
–Muy bien, sí. Estoy huyendo –le confesó ella–. Ese hombre me confunde. No sé qué hacer con él.
–Los hombres son así. Desgraciadamente, no vienen con manual de

instrucciones.

Isabelle abrió el cajón de su escritorio y lo cerró de golpe.

–¿Sabes qué hizo? ¡Me ha pedido que me case con él! ¿Te lo puedes creer? –le dijo fuera de sí mientras buscaba el cargador de su teléfono por todo el despacho–. No me casaría con él aunque fuera el último hombre sobre la faz de la tierra.

Laura hizo una mueca con la boca como si estuviera conteniendo una sonrisa.

–No, por supuesto que no.

–¡Y no pienso ir a su estúpida fiesta! –prosiguió sin poder controlar su ira–. Me da igual que dé mucho dinero a obras de caridad, no voy a dejar que me utilice de esa manera para que la gente crea que me parece estupendo que me haya robado el hotel como lo ha hecho. ¡Ni hablar!

–No, por supuesto que no –repitió Laura.

Dejó de dar vueltas para mirar a su secretaria. Una burbuja de emoción salió de repente a la superficie y respiró profundamente para tratar de calmarse y contenerla.

–El caso es que… Hace diez años, habría dado cualquier cosa por oírle decir esas palabras –le confesó con lágrimas en los ojos–. ¿Sabes lo que más odio de él?

–Dime.

Los labios le temblaban tanto que le costaba hablar.

–Se parece tanto al tipo de hombre con el que soñaba casarme cuando era una niña… Es fuerte y ambicioso, pero también cariñoso y tierno.

–Son muy buenas razones para odiarlo –susurró Laura.

Isabelle se volvió para mirar a su secretaria antes de salir del despacho.

–Si se pregunta dónde estoy, no se lo digas.

–¿En ningún caso?

Se quedó pensativa antes de contestar.

–Solo se lo puedes decir si accede a darme el dos por ciento de las acciones. Entonces, sí.

Capítulo 11

TRES días más tarde, Spencer se quedó mirando las vistas desde la ventana de su despacho. Hacía un tiempo horrible. Muy acorde con su estado de ánimo. El hotel parecía otro sin la presencia de Isabelle. Seguía siendo elegante y lujoso, pero la atmósfera era diferente.

Igual que lo era su vida.

Ya no le asustaba la idea, había estado pensando mucho en ello durante esos días. Sabía que su vida podía parecer envidiable para muchas personas. Tenía dinero, amigos y una familia. También tenía un trabajo que le encantaba. Pero le faltaba algo.

Isabelle.

Era la única mujer que le había mostrado lo que era capaz de ser. Podía ser un amigo, un amante, un protector y un mentor para otras personas.

Y también podía ser padre.

Ya se había acostumbrado a esa palabra y a la idea. El bebé tenía un rincón especial en su corazón, quería hablarle a la gente de su pequeña hija, quería que el mundo supiera que la amaba a pesar de que no la había conocido ni iba a hacerlo.

No entendía por qué había abandonado a Isabelle de nuevo, era como si no hubiera aprendido nada durante los últimos diez años. Ella siempre lo apartaba de su lado cuando estaba sufriendo. Y sufría porque él le había hecho daño.

Sabía que iba a seguir haciéndole daño mientras continuara siendo el accionista mayoritario del hotel. Solo podía demostrarle sus sentimientos devolviéndole las acciones. Iba a causar una gran conmoción en su familia, pero ya no le importaba.

Si las cosas hubieran sido diferentes, Isabelle y él ya podrían haber tenido su propia familia. Se le encogió el corazón al pensar en esa pequeña de la ecografía.

No entendía cómo podía haber tardado tanto en darse cuenta de que amaba a Isabelle. El hecho de que hubiera roto todas sus normas con ella hacía diez años era la mejor prueba de ello. Ya había visto entonces algo en ella que conectaba con él como no lo había hecho nadie. Isabelle lo entendía porque era muy parecida a él. También ella era independiente, competitiva y ambiciosa. Isabelle se había sacrificado por el bien del hotel y él se lo había arrebatado como si fuera el trofeo de una competición.

Pero se había dado cuenta de que la vida no tenía nada que ver con competir, sino con tratar de encontrar el equilibrio perfecto para poder satisfacer las necesidades de otras personas y también las de uno mismo. Y él no había tenido sus necesidades plenamente satisfechas hasta que conoció a Isabelle. Le encantaba que fuera lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a él y luchar con pasión para defender lo que le importaba.

La amaba demasiado como para perderla una segunda vez. Sabía que su familia iba a burlarse de él, echarle en cara que fuera tan sentimental. Pero, por primera vez en su vida, se alegraba de no ser un Chatsfield.

No necesitaba sentir que pertenecía a esa familia. Era él mismo, un hombre hecho y derecho. Y creía que un hombre tenía que hacer lo que tenía que hacer.

Isabelle bajó hasta el muelle al atardecer como había hecho durante los últimos tres días. El sol brillaba en el cielo, pero ya se había levantado una brisa fresca que llegaba del mar. En la pequeña isla en la que se alojaba había unas cuantas casas de propiedad privada. La suya era la más pequeña, pero tenía las mejores vistas. Atticus estaba disfrutando mucho en el jardín que tenía en la parte de atrás. Salía todas las mañanas a pasear por el césped y se pasaba allí el día entero, normalmente durmiendo a la sombra de los árboles.

Lo envidiaba. Ella no había pegado ojo desde que llegara a la isla. Solo podía pensar en cuánto le habría gustado que Spencer estuviera allí con ella.

Aunque seguía odiándolo.

Pero al menos se sentía viva cuando estaba con él. Había hecho que deseara tener algo más en su vida que esa habitación en el hotel y algo más que algunas citas de vez en cuando. Spencer hacía que deseara tener a alguien que la besara, que le comprara regalos y flores y que la mimara. Deseaba tener a alguien a quien abrazar mientras dormía. Anhelaba sentirse querida, apreciada y segura.

Lo odiaba por hacerle desear esas cosas con las que había tratado de no soñar durante una década. Creía que no tenía derecho a irrumpir de nuevo en su vida y a hacer despertar en ella todas esas emociones que tanto le había costado enterrar. Esa vez le estaba resultando aún más difícil hacerlo, era casi imposible.

El sonido del motor de un barco le hizo levantar la cabeza hacia el mar. Se llevó la mano a la frente para protegerse los ojos del sol. Vio que era una flamante lancha fueraborda que acababa de llegar al muelle.

Un escalofrío recorrió su cuerpo mientras observaba al hombre,

moreno y alto, atando el barco a uno de los postes del muelle. Segundos después, salió de la lancha y fue hacia ella con un enorme ramo de flores en las manos. También tenía una gran caja de bombones y otra, mucho más pequeña, de terciopelo.

Se le hizo un nudo en la garganta y se preguntó si estaría soñando. Respiró profundamente y trató de mantener la calma, no quería hacer suposiciones hasta tener toda la información.

–Espero que no estés pensando en besarme porque si lo haces…

El resto de la frase la ahogó la boca de Spencer descendiendo sobre la suya. Le echó los brazos al cuello y se entregó al beso. Había tanta desesperación, fuerza y pasión en ese beso… Y había también promesas.

Las flores se cayeron al suelo y los bombones los aplastaron entre sus cuerpos. La cajita de terciopelo continuaba en la mano de Spencer, que no la soltaba mientras sostenía a Isabelle con fuerza.

Él dejó de besarla para mirarla a los ojos.

–Te quiero. No me importa si me quieres o no, pero tenía que decírtelo. Tampoco me importan las acciones. Puedes tener tantas como quieras, solo espero que me des la oportunidad de resarcirte por todo el dolor que te he causado. Dame una oportunidad, cariño –le pidió con la voz cargada de emoción–. Por favor…

Isabelle parpadeó para contener las lágrimas que llenaban sus ojos.

–¡No me puedo creer que hayas venido! No quería hacerme ilusiones, me había acostumbrado a ser infeliz, a que la vida me decepcionara. Supongo que era más fácil de esa manera.

Spencer le dio un tierno beso en la boca. Besó después sus párpados, la nariz, la barbilla y de nuevo su boca.

–Lo sé. Creo que por eso he tenido tantas aventuras y me he negado a sentar la cabeza durante la última década. He estado buscando lo que teníamos nosotros, pero no podía encontrarlo. Hasta el otro día no me di cuenta de que solo podía tenerlo contigo.

Isabelle se perdió en sus maravillosos ojos azules.

–Siento no haberte contado lo del bebé. Tienes razón, debería haberlo hecho en cuanto lo supe.

Spencer tomó su mano entre las de él y se la llevó a la boca.

–No puedo soportar la idea de que tuvieras que pasar sola por todo eso. No puedo evitar pensar que, si hubiera estado apoyándote y mimándote desde el principio, a lo mejor no habría pasado, no la habríamos perdido. Nunca me lo podré perdonar.

–No fue culpa tuya –le aseguró ella–. No fue culpa de nadie. Ahora ya lo he aceptado.

Spencer le apartó con ternura el pelo de la cara.

–También me he dado cuenta de que quería el Harrington porque pensé que así podría probarles lo que valía a mi familia. Pero, si no

soy nada sin ese hotel, ¿cómo puedo ser algo con él? Solo es un edificio, un montón de ladrillos y cemento. No puedo dejar que eso me defina como persona. Solo mi relación con los que amo y me aman define quién soy en realidad.

Isabelle sonrió de felicidad.

–Yo también he tenido el mismo problema. En vez de ver las cosas como tuyas o mías, ¿por qué no nos contentamos con que sean «nuestras», de los dos?

Spencer la abrazó con tanta fuerza que la caja de bombones también cayó al suelo.

–Las gaviotas se van a dar un banquete –dijo ella riendo.

–Hablando de banquetes, casi se me olvida… –comenzó Spencer abriendo la cajita que llevaba en la mano–. ¿Quieres casarte conmigo?

Abrió la boca al ver una maravillosa sortija de diamantes. Era un anillo clásico, elegante y sencillo. Era precioso, el que habría elegido ella.

–Es tan bonito…

Spencer se lo puso en el dedo y sostuvo la mano cerca de su corazón.

–¿Es eso un «sí»?

Isabelle sonrió.

–Sí.

La abrazó de nuevo, sosteniéndola con fuerza, como si no fuera a soltarla nunca.

–Casémonos tan pronto como sea posible –le sugirió Spencer–. Podríamos celebrar la boda en el hotel en lugar de la fiesta que has estado preparando. Aun así, seguro que podemos recaudar un montón de dinero para obras benéficas. Mucho más dinero de lo previsto. Todos pagarán encantados para ver cómo se casan dos enemigos como nosotros. ¿Qué te parece?

Le tocó la cara como si aún no pudiera creer que de verdad estuviera allí, delante de ella y diciéndole las cosas que tanto había anhelado oír.

–Me parece perfecto. Pero ¿qué te parece si pasamos aquí la luna de miel?

–¿Por qué?

–Porque a Atticus le encanta este sitio –contestó ella–. Nunca lo había visto tan feliz.

Spencer sonrió.

–Creo que deberíamos comprar una casa aquí para él. Un gato urbano como él tiene que salir de la ciudad de vez en cuando, ¿no te parece?

Isabelle se agarró a su brazo mientras caminaban hacia la casa.

–¿Sabes qué? He estado pensando en eso esto días. Este lugar es una

auténtica mina de oro. Podríamos comprar varias casas y convertirlas en bungalós de lujo. Podríamos llamarlo El Harrington de los Hamptons o El Chatsfield del Mar? ¿Qué te parece?

Spencer sonrió al ver el entusiasmo con el que le hablaba. El hermoso rostro de Isabelle estaba lleno de vida, emoción y esperanza. Una esperanza que podía sentir extendiéndose dentro de su pecho, donde había tenido un gran vacío durante demasiado tiempo.

–Creo que es una idea fabulosa –le dijo.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

